

JEAN ECHENOZ

Lago



Recientemente galardonada con el Premio Europa de Literatura en su primera convocatoria, *Lago* es una diabólica novela de espionaje que al mismo tiempo puede leerse como una sutilísima parodia del género. Franck Chopin, de profesión entomólogo y agente secreto a tiempo parcial, reparte sus intereses entre el estudio de las moscas y las mujeres de su vida. Entre estas ocupa un sitio privilegiado la bella y enigmática Susy Clair, cuyo esposo Oswald, diplomático francés, desapareció misteriosamente seis años atrás sin que el caso fuera jamás resuelto.

Vital Veber, alto dignatario extranjero que acaba de llegar a Francia, se aloja en el suntuoso Parc Palace du Lac, protegido por dos gorilas infranqueables: la pulposa Perla Pommeck y el brutal Rodion Rathenau. El coronel Seck, superior jerárquico de Chopin, le encomienda la vigilancia de Veber, sospechoso de infamias sin cuento. Seck tiene en alta estima el desempeño de Chopin, cuya especialidad consiste en colocar minúsculos micrófonos en sus moscas para sí escuchar las conversaciones de los sujetos vigilados. El miope y flemático Chopin se instala, pues, con sus artilugios en el Palace, donde los diversos hilos de la trama se atan y desatan vertiginosamente.

En resumen, una novela tan trepidante como divertida, poblada por una galería de personajes sorprendentes, que atrapa al lector en una trama seductora, sutilmente entretejida y magistralmente resuelta.

Lectulandia

Jean Echenoz

Lago

ePub r1.1

Ledo 23.06.14

Título original: *Lac*
Jean Echenoz, 1989
Traducción: Josep Escué

Editor digital: Ledo
Corrección de erratas: sibelius
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

1

El teléfono sonó dos veces, Vito sabía que no lo cogería. Se estaba poniendo la pierna antes que el pantalón, como todos los días al levantarse —de todos modos ya nunca ocurriría nada bueno por teléfono, y en cualquier caso primero era la pierna.

La prótesis no era reciente y hacía mucho tiempo que Vito Piranese le había cogido el tranquillo: por la fuerza de la costumbre, las correas se lanzaban solas hacia las hebillas cuyo hierro había marcado con un trazo negro, en el ojete adecuado, la perpendicular del cuero; bajo los timbrazos del teléfono se empalaron en el hebijón. Vito las metía por las presillas mientras sonaba el cuarto timbrazo. Al cabo de cinco o seis, razonó, la mayoría de la gente cuelga.

Cuando hubieron sonado diez, doce estridencias en la estancia exigua, un tic agitó las facciones de Vito Piranese, que se petrificaron luego en un paisaje perplejo. El teléfono se instalaba imperiosamente, ocupaba todo el espacio en el apartamento demasiado angosto para dos, los timbrazos serraban el aire cabalgándose, unidos por su eco en guiones, y cuando hubieron desfilado veinticinco Vito comprendió de dónde venía la llamada.

No pararían ya, así que Vito se tomó tiempo. Comprobó todas las ataduras del miembro artificial, pasando el dedo por debajo de las hebillas y centrando cada tira en el hueco del surco correspondiente, mientras treinta, cuarenta timbrazos se precipitaban, rebotando en el papel pintado cubierto de fotos de rubias sólidamente pechugonas. Hacia el quincuagésimo, Vito Piranese se levantó, fue sin cojear hasta el teléfono colocado en el aparador cerca del hornillo. Del cajón del mueble sacó un bolígrafo cuya punta apoyó, pronta a correr, en un bloc cuadriculado, luego se acercó el aparato al oído y dijo sí.

—¿Piranese? —preguntó una voz.

Era la misma voz de mujer de las otras veces, de una suavidad precisa que no se discute. A Vito le gustaba representarse a la dueña de aquella voz, su genio sin duda imperioso, su plástica indudablemente pariente de aquellas que había crucificado en el papel pintado, altas rubias platino con grandes bocas escarlata, dientes de marfil y pechos de bronce bajo los cuales se doblaba uno sin preocuparse ya de nada. Así pues, al oír su nombre Vito repitió sí. Soy yo, sí.

—Trece, cuarenta y siete, catorce —pronunció la voz—. ¿Repito?

—Por favor —dijo Vito.

Repitió. Era, al otro extremo de la línea, una mujer joven, alta y rubia, efectivamente, pero acorazada con un severo traje sastre. Estaba sentada tras un escritorio lleno de teléfonos de tonos variados, algunos desprovistos de teclado, otros atestados de botones. A su derecha en el hueco de un armario dormían algunas carpetas, colgadas como murciélagos, y unas mesillas a su alcance sostenían a la

izquierda teleimpresores, telecopiadoras y terminales. Al colgar, se volvió hacia un hombre de estatura también alta, de pie junto a ella con un traje azul negro, mirar ausente en un rostro de tez oscura. Desde hacía unos minutos hundía en la joven una mirada distraída, aunque afiligranada de concupiscencia. Bueno, dijo ella, ya está. Muy bien, dijo el hombre. Avise de que estoy aquí, ahora. Cogiendo otro aparato, la joven anunció al coronel Seck.

—Correcto —dijo—, lo espera.

El coronel fue hacia una puerta doble, llamó, entró sin aguardar respuesta en una estancia mucho más amplia y larga, lateralmente adornada con cuadros, retratos clásicos de altos funcionarios, y objetos exóticos en vitrinas, regalos oficiales de homólogos extranjeros. Al fondo de aquella estancia, una mesa Carlos X aguantaba los codos de un hombre endeble inclinado sobre una cuartilla de papel, con una colilla pegada a la comisura de sus labios, un ojo cerrado por el hilo de humo. No había ninguna carpeta en aquella mesa, ningún libro en parte alguna, sólo dos lápices rojo y negro y aquel cuadrado blanco.

Señalándole un sillón al coronel, el hombre le tendió luego un paquete de Gauloises amarillos sabor Maryland, que se han convertido en una marca inusual: son unos cigarrillos que no se encuentran así como así, que hay que encargar en los estancos, en definitiva que ya nadie fuma hoy día excepto él, cuyo traje gris perla algo manchado, bastante deformado, hace suponer que es una eminencia gris, alejado de las tribunas y los órganos, prohibido para el público; nadie sabe su nombre. Sin embargo, el hecho de que la Régie siga elaborando Gauloises amarillos para su uso exclusivo da una ligera idea de su poder. Encendió uno con la colilla del anterior. Gracias, dijo el coronel, tengo mis puros.

—¿Cómo vamos? —preguntó Maryland.

—Las cosas se organizan —dijo el coronel Seck—, únicamente quiero comprobar que Chopin no ha cambiado. Lo sabré dentro de una semana y luego empezaremos. Todo está en marcha.

Así pues, 13, 47 y 14. Recordar estas cifras escritas en su bloc no era nada para Vito Piranese: cuarenta y siete es el año de su nacimiento, todo el mundo se acuerda del trece y el catorce viene inmediatamente después. Memorizados, encendió aquellos datos en el fregadero, dispersó sus cenizas con el chorro del grifo y limpió con detergente los rastros amarillos y pardos adheridos al esmalte. Hecho lo cual, se puso el pantalón, miró el reloj y buscó su cartera.

Dos horas más tarde se presentaba Vito frente a la estación del Norte, rematada por una línea de altas estatuas pensativas en pleno cielo blanco, vestidas con togas, que se suponía que representaban algunas ciudades en las que la gente se pela de frío. Como un enjambre de etiquetas de hotel en un baúl trotamundos, o como vuelve llena de sellos una carta extraviada, la palabra *Norte* se hallaba grabada por todas partes en la fachada, en medio de la cual, coronando una inscripción que indicaba la fecha de construcción de la estación (1894), el reloj indicaba también la hora que era (12:36). Vito hubo de esperar un rato justo enfrente, en el bar *Au rendez-vous des Belges*.

Siguiendo las instrucciones, a las trece horas Vito subía, pues, en un autobús de la línea 47 que va de la estación al fuerte de Bicêtre, preparándose para el cambio a la altura de la decimocuarta parada. El autobús iba casi vacío cuando se sentó al fondo, a la izquierda, donde había dos asientos frente a frente, junto a la ventana, en el sentido de la marcha. En el asiento que tenía delante colocó Vito su cartera, una cartera hecha con una materia arrugada, reseca, última fase del cuero anterior al cartón. Cada vez que hubo de usar la cartera, Vito se preguntó a qué pobre animal friolero y desamado, de salud frágil y especie próxima a extinguirse, pudo haber servido antes de piel semejante materia.

El 47 subió suavemente por el bulevar Magenta, luego por el Faubourg-Saint-Martin, bajó poca gente y subía aún menos —un peluquero jubilado, una madre soltera, dos estudiantes cameruneses—. Con tiempo claro, entre el tráfico reducido, reinaba en el vehículo un tranquilo ambiente de safari fotográfico, siendo la hora ideal para observar a todo tipo de asalariados lanzados por las aceras a la caza de su sustento, desplegando a veces en ellas sus ritos amorosos. Cuando cruzaron el Sena, el astro en medio del cielo de marzo intentaba pálidamente reflejarse en él antes de que se lo bebiera.

El autobús paró al pie de la catedral y Vito se puso sus gafas negras que no justificaba en absoluto aquella luz de marzo, las puertas acogieron con un suspiro a dos nuevos usuarios, chica joven y anciano flaco. La chica, al recoger la vuelta, le dijo una frase al conductor cuya sonrisa estalló gloriosamente, magnícat en los retrovisores, mientras el anciano flaco cargado con una cartera delgada avanzaba por el pasillo, cogiéndose de las barras resbaladizas y los asideros demasiado altos. Por

detrás de sus gafas imitación Ray-Ban, Vito Piranese lo miraba acercarse: mecánico y descarnado, la bufanda y las bifocales denotaban a algún antiguo profesor de inglés de un centro privado, extremadamente cansado, incapaz ya de nada, y su cartera cosida en los albores de la enseñanza obligatoria, agotada, tampoco podía llevar ya más que cosas muy pequeñas, los ligerísimos formularios de la seguridad social o los subsidios para la vejez, las recetas o las radiografías.

Junto al pasillo, se dejó caer en el asiento frente a Piranese, puso la cartera delante, con una mano en el plexo solar y resolló. Su occipucio dio ligeramente en el respaldo al arrancar bruscamente el autobús, luego cerró los ojos, los labios algo torcidos debido al sentido contrario de la marcha.

Después de que en la parada de Banquier, frenando el autobús a la americana, el anciano abrió bruscamente los párpados, se levantó con un segundo de retraso y precipitó luego hacia la salida, Vito lo vio cruzar la avenida hacia el dispensario, con la cartera de piel de pobre animal colgada del extremo del brazo. Después encaramó sobre sus rodillas a su vieja cartera fiel cuyo cuero laico estuvo acariciando hasta la plaza de Italie, donde se hundió en el metro. Desde allí, para regresar a su casa, el trayecto era largo pero directo.

De vuelta en su apartamento cerca de Laumière, Vito Piranese estudió el contenido de la cartera. Unos folios color verde almendra mecanografiados le indicaban los nombres y apellidos (Franck, Eric, Georges Chopin), las señas (avenida de Ternes) así como las ocupaciones del individuo al que habría de vigilar siete días seguidos, consistiendo la tarea de Piranese en tomar nota de la menor modificación de dichas ocupaciones. Dos fotos mostraban a un hombre bastante delgado de cabello claro, traje claro, que aparentaba ser algo más joven que Piranese, una de ellas en color precisaba el tono del cabello amarillo y el traje amarillo claro. Se veía al susodicho Franck Chopin con las riendas de un cupé, de un carrito, sobre fondo de Baie des Anges o de Mammouth. Vito miró aquellas fotos dominado por la envidia, el tormento, la conciencia de su desgracia, pero al día siguiente, a mediodía, se hallaba sentado en un banco del Jardin des Plantes, no lejos de la puerta principal, esperando al individuo.

Piranese sentía un poco de frío, su cuerpo era seco, su perfil acerado, sus cabellos negros brillaban como una peluca y sus ojos negros como con algo de fiebre. Sentado sobre los riñones, con la pierna tesa extendida ante sí, miraba receloso el cielo, apretando los puños en los bolsillos de la chaqueta a la que faltaba un poco menos de un mes para ser del tiempo.

Con anterioridad a la que estaba practicando en aquel banco, Vito Piranese había ejercido otras profesiones, entrenador de baloncesto antes de su accidente, representante de metales no ferrosos, corredor hasta la marcha de Martine, por último retocador de fotografías. Nunca le habían ido bien las cosas, salvo una vez, como

retocador, prestando servicio a importantes personas discretas: se habían interesado por él. Había tenido dos entrevistas. Ahora, gracias a aquellas personas, que no había vuelto a ver más, Vito seguía regularmente a la gente a quien le mandaban seguir con arreglo al mismo protocolo fijado una vez para siempre, los interminables timbrazos del teléfono y las tres cifras, el autobús, el intercambio de carteras, nunca el mismo autobús, siempre las mismas carteras desde Mata-Hari. Ganando con este empleo lo justo para comer con el cine de vez en cuando, la lectura de los periódicos, las revistas de televisión, Vito dedicaba el resto de su vida a tratar de olvidar a Martine.

Claro que había aquella plaza de chófer que las mismas personas le habían prometido más o menos, pero en la que confiaba poco, debido a su pierna. Y sin mucha indulgencia observaba, pues, el cielo, con breves ojeadas en otras direcciones: a su derecha, una estatua de Emmanuel Frémier representaba una osa destrozando a un hombre en la edad de hierro; a su espalda, su coche, un Ford pequeño automático de color púrpura, se acurrucaba entre dos gigantes autocares de dos pisos azul oscuro luxemburgueses; dominando el pórtico del Museo de Historia Natural adornado con fieras y helechos, bogavantes y lagartos, un águila de piedra lanzaba una larga mirada a la estación de Austerlitz.

Cuando la puerta del museo se abrió al traje amarillo claro, Vito se levantó para preceder al hombre que iba dentro hacia la salida del parque. Al salir de su laboratorio, Chopin tendría que pasar ante el bronce de Barbedienne que representa, en *abîme*, a Emmanuel Frémier esculpiendo a la osa homicida, luego se dirigiría a su coche, un pálido cupé alemán con carrocería Karmann-Ghia. Desde dentro del pequeño Ford, Vito fotografió a Chopin subiendo a su cupé, luego maniobró para colocarse en posición de salida.

El Karmann-Ghia bordeó hacia el oeste la orilla izquierda seguido por el Ford púrpura cuya radio sólo cogía dos o tres emisoras de onda media. Intentando sintonizarla, Vito recordaba las supuestas actividades de Chopin. Estaba sereno y concentrado, aunque, ante un semáforo en rojo, cuando Chopin se disponía a cruzar el puente de Alma, una canción que le gustaba a Martine hizo subir bruscamente diez lágrimas a sus ojos, y en la otra orilla llovía aún.

3

Cuando llueve demasiado en los Champs-Élysées, los hombres que tienen tiempo buscan un rincón seco mientras esperan que escampe. Sus refugios son paradas de autobús o galerías comerciales, entradas de cine, marquesinas. Algunas firmas de automóviles de lujo se han instalado desde hace mucho tiempo en los Champs-Élysées, y en las salas de exposición están estacionados sus últimos prototipos erguidos sobre neumáticos nuevos, esculpidos monstruos en acecho, carísimos modelos que nunca podrán permitirse esos hombres que tienen tiempo bastante para girar en torno a ellos, habiéndose resguardado allí.

Opalinos en su estuche, bajo los capós espejean los motores, los doce cilindros en V, los árboles de leva hidráulicos, los carburadores de doble cuerpo verticales invertidos. Los hombres giran en silencio sin atreverse a tocarlos, si van dos o tres, comparan en voz baja las opciones bajo los parabrisas laminados; entreabriendo una audaz puerta, luego no se atreven a cerrarla. Pero en las salas de exposición se hallan también, totalmente entregados a la casa madre, jóvenes elegantes que sirven principalmente para bromear con las explosivas azafatas de entusiasmantes pestañas, y para cerrar luego con desparpajo cualquier puerta que estorba. El portazo produce un acorde perfecto, mayor y lubricado, como suenan vacías las llaves de un saxofón tenor nuevo, los hombres que giran en torno a los prototipos admiran el sonido pero no sienten simpatía por aquellos jóvenes.

Desde la puerta de Mercedes Benz se ve muy bien que la lluvia ha amainado puesto que fuera ha vuelto a salir la gente por decenas, cincuentenas de siluetas con todas las miles que se presienten alrededor, entre ellas la de Franck Chopin, vestido con su traje pálido que no se ve bajo el impermeable azul marino. Por encima suyo, en el cielo bajo que se va despejando, dos gruesas nubes de cinc pesan como odres, de las que parecen escapadas algunas pequeñas furtivas de algodón puro.

Chopin bajaba por los Champs-Élysées, venía de su domicilio con una cajita en un bolsillo del impermeable, una pequeña jaula de alambre trenzado que contenía una mosca viva. Pasada la glorieta, se desarrolla en forma de alfombra verde la zona arborícola de esta avenida, bordeada de anchas aceras prolongadas por jardines públicos. En un banco del primer jardín, una chica sentada en las rodillas de un muchacho se ríe a carcajadas no sabremos de qué; en los bancos de los siguientes, *brochettes* de interinos ingieren silenciosos yogures. Indistinto entre las siluetas, seguro que Vito Piranese no estará muy lejos. Una semana vigilando a Chopin: cada noche el teléfono chirría a la misma hora en su casa, es la rubia alta a la que Vito hace el relato detallado de la jornada de Chopin: cada vez ninguna anomalía en su actividad prevista. Es su último día de espionaje y se siente aliviado —aunque siempre pasa lo mismo, uno le toma apego al cliente—. Chopin sigue bajando hacia

la Concorde. El cielo acaba de escurrirse.

Desde la acera, algunos viajeros venidos de Wisconsin o de Schleswig-Holstein se habían arriesgado hasta el centro de la avenida: cogidos entre las riadas contrarias de vehículos, se fotografiaban en el eje del Arco, a lo lejos, que agitaba blandamente sus redes protectoras y su bandera gigante. Hacia el Elíseo irrumpió algo como un breve cortejo oficial, levantando una estela de pitidos y sirenas, instantáneo como el chaparrón y barriendo el asfalto, apartando por un momento a los peatones hacia sus orillas. Chopin lo miraba todo, las mujeres y los coches que le causan tantos apuros, pero también el cortejo oficial.

A la décima joven después de la glorieta que sube por la avenida a su encuentro, aquella a la que protege del chaparrón expirante un pañuelo acrílico polícromo cuyos motivos resumen una aventura de Tarzán, Chopin la mirará como a las otras —pero hete aquí que, apenas cruzados, sus ojos se juntan y ya no se separan, se convierten en una sola mirada que los envuelve, les da calor, dura mucho rato, Chopin está muy emocionado, el amor a primera vista, falla la respiración y se desata la presión arterial, ay se me desgarró el corazón, ay, ay, estoy muerto. Ha pasado, más deslumbrante que la más explosiva azafata de Maserati.

Habiéndose producido todo ello a la velocidad de la luz, siendo aquella mirada de altísima fuerza de percusión y penetración, Chopin permanece un segundo atontado, privado del menor raciocinio y, cuando se vuelve, ya no está ella. Conocerá, pues, a Suzy Clair en otra ocasión.

Tres días más tarde, una velada en casa de Bloch, bastante gente. Aparte de las caras pálidas del laboratorio están las esposas, algunas no están mal pero la mayor parte no valen demasiado, una gran mayoría de desconocidos para Chopin, entre ellos tres publicistas, dos radiólogos de Douai, un profesor de cultura general en Bellas Artes y dos o tres estudiantes cameruneses. Chopin, en el sofá verde, consolaba a Bloch por no haber sido elegido, tampoco este año, para el tribunal de oposiciones, cuando vio que estaba también allí, de pie cerca del yacimiento de champán, sola y vestida con un traje asimismo verde, con mucha hombrera y una cremallera en diagonal.

Al mismo tiempo resulta tan normal con el sindicato, suspiraba Bloch maltratando un filtro de Craven, acuérdate del efecto de la moción Fluchaire. Pero Chopin se había levantado, se dirigía hacia Suzy Clair sin premeditar nada, con la mente vacía y el corazón triplicado repitiéndose mecánicamente que resulta tan normal.

Aunque podía ser una entrada en materia, no evocaron, no, su mirada de los Champs-Élysées: partían de cero. Se preguntaron, pura curiosidad, cuántos amigos comunes los hacían encontrarse en casa de Bloch: ni uno. Se dijeron sus nombres, algunas nociones de su vida, algunas ideas de sus posesiones. Chopin miraba

exageradamente a Suzy Clair, paseando un momento sus ojos por sus hombros y haciéndolos revolotear por su pecho en dirección a su anular izquierdo, desprovisto de anillo aunque entre sus posesiones figuraba particularmente, le indicó ella en el acto, un marido que trabajaba en Asuntos Exteriores y atendía al nombre de Oswald. Vaya. Lo mío, dijo Chopin, son las moscas.

Como Suzy Clair se sonreía, le habló de algunas moscas que estudiaba, las pardas, rojizas, rojas, anaranjadas y moradas, las vidriosas y las ferruginosas de rodillas amarillas, ojos verdes o azul vivo, y de lo que de risible hay en sus costumbres. Y como le diera por sonreír también de su corbata bordada con un ínfimo elefante, nada más fácil para Chopin que evocar al punto las costumbres de los elefantes, los que cruzaban los Alpes o bajaban a pie por la calle Saint-Denis, aquellos cuyos colmillos se esculpían en Dieppe cuando vivía él allí siendo adolescente.

La infancia de Suzy Clair, cuando aún sólo era Suzy Moreno, era Blois. Blois ya no era ahora más que un pequeño recuerdo en blanco y negro sobreexpuesto, aunque muy joven Suzy se había convertido en princesa de la urbanización: nada se decidía sin ella en los aparcamientos, en los sótanos de los bloques, cerca del río o cerca del flipper.

Todo eso, por supuesto, no se contaba de un tirón sino por episodios sin cronología, al hilo de tres citas aquella semana. Primero el domingo en el cine, uno junto a otro inmóviles en la oscuridad barrida por colores movedizos, violines febriles. Después el jueves, en casa de él, se abrazaron enseguida admirándose, temblando con arrugitas menudas como las hay en la superficie del agua. Pero el domingo siguiente, en el jardín Shakespeare del Pré-Catelan, Suzy se puso a mirarse las uñas y dijo que tal vez tendrían que dejar de verse. Vaya. Yo, dijo Chopin, no opino igual.

No lejos, espectros azul marino, unos jardineros encorvados se afanaban al fondo del corredor de landa encargado de evocar a Macbeth. Bueno, dijo Chopin suavemente, ¿qué pasa? ¿Tu marido? Ella se encogió de hombros haciendo señas de que no. Pausa, que aprovecha un mirlo para intentar una audición. Chopin recorre a la joven, observándose de pasada en los rombitos de espejo fijados en sus orejas, da leves patadas a las bolas de brezo, empuja sombras de brujas mientras Suzy Clair le cuenta lo ocurrido con Oswald.

Oswald, cuando lo conoció Suzy, no poseía más que una moto negra a cuyo asiento trasero se había subido enseguida, luego habían corrido por toda la ciudad, casi toda la noche. El aire frío hacía brotar lágrimas de los ojos de Oswald, que rodaban a lo largo de sus sienes y se perdían entre los labios de Suzy pegada contra él. Unas copas en un bar abierto hasta muy tarde no habían disipado el sabor a sal, y unos meses después nacía su hijo Jim. Tras mudarse tres veces muy seguidas intramuros, Oswald sustituyó la moto por un break, luego cambiaron la capital por las afueras.

Era seis años antes, Jim no tenía seis meses, se habían encontrado en un bloque nuevo, en el corazón de una ciudad nueva del sureste de París. Asuntos Exteriores obligaba a Oswald a ausentarse con frecuencia, la mayoría de las veces por dos o tres días en Ginebra. Cada vez se alojaba en el mismo hotel de habitaciones intercambiables, llamaba a Suzy en cuanto llegaba, le escribía al día siguiente una postal sobre las carpetas abiertas desbordantes de estadísticas, diagramas y casillas.

En invierno, por la ventana, en la calzada definida por la máquina quitanieves, una vez escrita la postal, Oswald miraba los trolebuses de tonos apagados que circulaban con un ruido afelpado. Todo parecía callado, fónicamente aislado como si las pequeñas siluetas escolares de anoraks vivos, en la blanca acera sucia, declararan a los oídos del mundo una guerra de bolas Quies^[1]. El texto, en el reverso de las postales, era siempre breve, privado, de orden afectivo (un beso donde el martes) o informativo (la señora de la limpieza es clavada a Sophie), y el anverso representaba el lago de Ginebra en todas las estaciones, o la fachada del hotel pinchada con un alfiler en el emplazamiento de la ventana. Aquellas postales llegaban casi siempre tras el regreso de Oswald.

Durante el crudo invierno en que, doble victoria, Jim empezó a andar y a pronunciar el adverbio no, Oswald tuvo que ir con más frecuencia a orillas del lago. Durante una de sus ausencias había helado bastante para que se reventaran los canalones, las tuberías, el hielo apuntalaba las cornisas con cariátides marmóreas, franjeadas de estalactitas, y ninguna llamada telefónica, ninguna postal llegó de Ginebra aquella vez. A su regreso anunció Oswald que aquel viaje era el último, que no tendría que viajar más a Suiza. En aquella ocasión había traído para su esposa, montadas en forma de gemelos, un par de pequeñas brújulas que señalaban realmente el norte bajo el cristal abombado; mientras Suzy buscaba una blusa para ponerlas enseguida en los puños, Oswald de cara a la ventana propuso que se mudaran. Terminado el ciclo de reuniones en Ginebra, ahora tendría que ir más a menudo al ministerio, quizá resultara más simple volver a París, y además estoy un poco harto de esto. ¿Tú qué opinas?

Muy pronto tuvieron noticia de un piso cuya superficie y orientación les irían

muy bien, en el norte de París, en la línea que separa el distrito diecisiete bueno del malo. Por el lado de la calle, sus ventanas dominarían la vasta zanja por donde van y vienen los trenes de la estación Saint-Lazare, y por el del patio darían a dos fábricas, una de espejos y la otra no sabrían de qué, pero su chimenea soltaría continuamente un chorro compacto de humo muy blanco.

Así pues, a los pocos días sus plantas de interior y sus muebles se hallaban aparcados en la acera, mirándose curiosamente, inquietos por aquella marcha a lo desconocido, izados con las cajas de libros y ropa a un camión verde vagón, cuya rapidez venía representada por un gatopardo de color verde claro pintado en sus laterales. Para el traslado de las posesiones preciosas —seis cuadros, doce joyas, un juego de copas en cristal especialmente sensitivo y el gato—, la vecina de arriba llamada Jacqueline Monteil les prestó su coche, un Fiat pequeño que usaba poco: Suzy iría delante, Jim en la trasera del Fiat atado en su sillita. Oswald acudiría luego una vez ordenadas todas sus carpetas en el break.

Todo tipo de carpetas: una correa, goma o hilo, anillas o ganchos, unidas con una espiral o con pinzas, un agujero practicado al dorso de algunas permitía vaciarlas con un dedo. Alfabéticas y azules o beiges, habían ocupado tres paredes del despacho de Oswald Clair hasta el techo, a veces en doble espesor vertical. Oswald acababa de apilarlas, de A a D en la delantera del coche, y con los brazos en jarras se preguntaba ahora si serían ya las R o justo las W las que impedirían que se cerrara el vehículo. Suzy le hizo una señal con los labios al arrancar, Jim agitaba su puño cerrado en torno a una pepona lisiada de una pierna, Oswald alzó hacia ellos una mano distraída, con una sonrisa de miope ausente.

Suzy Clair creyó cruzar así los suburbios por última vez, bordeando Créteil-Soleil antes de tomar la autopista. Metros cúbicos de bosque de Vincennes desfilaron por su derecha, por su izquierda hectolitros de Sena y después de Marne, Jim se había dormido casi enseguida. Cuando Suzy se arqueaba en su asiento para vigilar a su hijo por el retrovisor, hundiéndosele un poco el cinturón entre los pechos, se acordaba de sí misma en la trasera del Aronde color burdeos-crema los domingos, cuando sus padres nerviosos salían a tomar el aire dando vueltas alrededor de Blois; calculó que hasta los cuatro o cinco años Jim no empezaría a preguntar cada cinco minutos ¿cuándo llegamos? Un sol de Austerlitz brillaba sobre la calle de Rome cuando Suzy aparcó el Fiat junto a la verja que limita la zanja ferroviaria. El camión ya estaba parado al pie de la nueva casa, los hombres del gatopardo verde iban y venían cada cual debajo de su objeto, juntándose para la ascensión de los muebles grandes.

Teniendo muy poca familia conocida, Oswald no disponía de ninguna herencia mobiliaria, y por parte de Suzy sólo un gran baúl de junco, elevado a la categoría de mesilla de noche, procedía de la carnicería de un tío: tras no haber conocido más que el ácido universo del serrín y el frío, el suelo grasiento, sin más perspectiva que

encerrar paños y cuchillos sanguinolentos a lo largo de toda su vida de objeto, aquel baúl gozaba ahora de una cálida jubilación inesperada, repleta de confortables prendas de invierno, de pieles y cachemir, de angora, ahora lo subían a hombros a las alturas de la calle de Rome. Con esta única excepción, Oswald y Suzy habían comprado, pues, todos sus muebles, a menudo diseñados en el primer tercio de siglo: la copia de un sillón de Marcel Breuer, de una estantería de Eugène Schoen o de un escritorio de René Prou, una lámpara de Edouard-Wilfrid Burquet reeditada, tales eran los gustos de los Clair.

Suzy instaló a Jim en la habitación más espaciosa, en un dispositivo móvil abrigado con mantas, en compañía de animales de peluche y objetos de goma: desde allí la criatura podía observar perfectamente todo el trabajo de los hombres. Luego dio vueltas por el piso. Cuando los robustos brazos iban a preguntarle con dulzura señora, ¿dónde ponemos eso?, les sonreía levantando las cejas, encogiéndose de hombros. Y cuando hubieron casi terminado les dejó al niño unos instantes, inclinados en arco plácido por encima del tacataca mientras ella bajaba a comprarles cerveza. Anduvo un rato por el barrio antes de encontrar una tienda árabe abierta, una muchacha jovencísima estaba en la caja, Suzy sintió ganas de besarla, luego volvió a su casa por otras calles, andaba aprisa, iba recta, miraba a todas partes estrechando el pack entre sus brazos.

Una vez apagaron su sed los gatopardos verdes y se dirigieron a su camión, saltando a los asientos y arrancando con resoplidos, Suzy ordenó dos sillas en torno a una mesa, instaló en ella a Jim con una colección de rotuladores y volvió a dar vueltas por la casa. Mientras se introducía una galleta por la nariz, Jim se puso a grabar enseguida la cera de la mesa con el extremo opuesto del rotulador verde, Suzy se acercaba a veces y le cogía el rojo para esbozar un plano, anotar una idea para una habitación o el esquema de la cocina. Después, como el niño manifestara cierta impaciencia, dispersando las piezas de un puzzle demasiado abstracto, se dio cuenta sólo entonces de que no se había quitado el abrigo, a partir de entonces empezó a mirar la hora de vez en cuando.

A pesar de que había encendido la caldera al llegar, el aire ambiente permanecía frescamente mudado, y el inicio de tibieza sonaba hueco entre las fundas, las cajas, los muebles en tránsito. Suzy se desabrochó el abrigo y luego la cazadora de Jim que llevaba subida hasta las orejas, enchufó la radio, la encendió, dejó dos segundos dos o tres emisoras, la apagó. Oscureció, encendió dos lámparas, una ordinaria y la Wagenfeld, luego se acordó del teléfono como nos acordamos de un animal perdido: el aparato, efectivamente, se agazapaba en el rincón más oscuro de una de las habitaciones, atado con el hilo a la pared como con la correa a un poste un perro abandonado, en verano.

Ya de noche, con todas las lámparas encendidas, Jim alimentado y acostado en un

croquis de su habitación, Suzy no se aparta del teléfono. Llama a todas partes, al antiguo piso sin cesar, donde nadie contesta, a Jacqueline Monteil, que no está al corriente de nada, pero también a su hermano Jo, a su amiga Blanche y hasta a un individuo que se llama Horst y que era más o menos su agente o su amante cuando posaba para fotógrafos antes de conocer a Oswald. Vacila, llama al ministerio pero no hay nadie a estas horas, sólo un conserje que no puede ni quiere saber nada. Se acuerda de uno de los colegas de Oswald cuya esposa se había emborrachado de modo increíble en la cena de clausura del congreso de Viena, llama a su casa pero el colega tampoco sabe nada, se le siente solo en su habitación, con su bata, su mujer hace una cura en Saint-Amand-les-Eaux. Es tarde, Suzy deja de telefonar, deja respirar al aparato, quizá Oswald intenta llamar por su parte.

Cuando llega su hermano Jo una hora después, Suzy vuelve sin mirarlas las páginas amarillas de una guía telefónica. Le caerá a Jo la tarea de llamar toda la noche a hospitales y comisarías en vano. Como de costumbre, Suzy duerme mal. Al día siguiente vuelve a llamar al ministerio y dice que quiere hablar con el secretario o el ayudante de Oswald, con su asistente, un colaborador, yo qué sé, alguien así. La ponen con alguien que la pone con otro, la pasean así por media docena de aparatos, dos o tres comunican continuamente. En definitiva parece que es imposible dar con alguien así en todas las líneas, pero la policía se presenta espontáneamente después de llamar Suzy al ministerio.

Los agentes no parecen muy decididos. Van a ver a Suzy, Suzy va a verlos a ellos. En los días sucesivos vuelven, ella también, la cosa se alarga, no encuentran nada. Oswald se ha evaporado sin dejar rastro, como un guijarro común que cae al océano, de noche, no hay allí nadie para atestiguar su caída imperceptible en el oleaje de las aguas negras, su chapoteo insignificante en medio del estruendo, es como si no hubiera pasado nada. Y desde entonces no pasará nada salvo la llamada de un mecánico de Villejuif, a los ocho días de la mudanza. Aquel hombre contará que le han dejado un break, la semana pasada, delante del taller, con nada dentro excepto, en la guantera, las llaves y la documentación del vehículo, en un sobre, más el dinero de una semana de pupilaje y las señas de una señora Clair, París diecisiete, y ¿qué ha de hacer con este coche ahora? Después absolutamente nada, y habrán pasado seis años.

Habiendo dejado el jardín Shakespeare cruzaron el Bois de Boulogne, el Karmann-Ghia circulaba por la sombra verde, en el radiocasete sonaba Nat King Cole y Suzy seguía hablando de Oswald. Así pues, como Chopin, era colaborador de un organismo en el que se describen fenómenos, se inducen hipótesis y se descubren leyes, sólo que Chopin se dedica a las costumbres de las moscas y Clair había sido la política de los bloques. Hombre de tacto y ciencia, Chopin estaba atento a cuanto decía Suzy de su marido, metódicamente como si se tratara de un tipo nuevo de afaníptero; escrupulosamente se agarraba a su conciencia para no preguntarse también ¿qué coño me importa a mí ese tío?

En la calle de Rome, el niño no estaba en casa, fin de semana en Blois. Suzy propuso hacer té. Luego no te hablo más de él, dijo, pero volvió de su habitación con una caja grande y plana, que abrió: pequeñas fotos de identidad flotaban en la superficie de una capa de otras fotos.

Fotos privadas, boda en la alcaldía del distrito cuarto. Suzy muestra a su padre en la imagen, hombrecillo seco de ojos velados por cuarenta y cinco años de trabajar la piel. Fotos profesionales, con motivo de una conferencia o un congreso en el extranjero, por ejemplo en el coloquio de Eisenstadt Oswald está arriba, a la derecha, entre la profesora Ilona Swarcz y el agregado militar Asher Padeh; en primera fila sonríen los delegados Veber y Ghiglion. Fotos en cierto modo mixtas, Suzy iba a menudo con su marido cuando tales coloquios se organizaban en países muy cálidos: al margen de las jornadas de Bogotá, ahí están muy apretados detrás de una mesa de restaurante, ante el objetivo de un ambulante, Suzy parpadea bajo el flash tropical que se refleja de lo lindo en un cristal de las gafas de Oswald.

Cualquiera que fuera la foto, Oswald Clair nunca parecía alegrarse de que lo cogieran dentro de sus límites, siempre se lo sentía tirar hacia el exterior del marco, arrastrado por el fuera de foco. Y al fondo de la caja plana, expedida por las autoridades canadienses con ocasión de un desplazamiento a Vancouver, una ficha de identidad bilingüe daba algunas indicaciones sobre su persona (5 pies 9 pulgadas, 139 libras; marcas, cicatrices, tatuajes, deformidades: ninguno), con la impresión simultánea de sus diez dedos (si una huella cualquiera no aparece impresa, conjeturaba una indicación azul, precítese la causa. Si ha habido amputación, se sonrojaba la misma, indíquese la fecha).

Poco después se fueron a la habitación de Suzy, no hablando ya más de Oswald, luego Suzy volvió a la cocina para preparar por fin el té. Chopin, que se había quedado en la habitación, la oía ajetrearse a lo lejos, pizzicato de los cacharros y gargarismos del agua hirviente, mirando las imágenes en las paredes, un puerto de mar de Horace Vernet, un párrafo de Saul Steinberg clavados con chinchetas encima

del escritorio. Y en la pared de enfrente, exterior día sobre tapiz sepia, cuarenta y tres maharajás posaban en 1925 con motivo del jubileo de Kapurthala. La fotografía empezaba a difundirse entonces en color: de no ser por algunos rosas pálidos y verdes pálidos primitivos, un amarillo eventual, un presunto pardo, se la hubiera creído casi aún en blanco y negro, encima de la gran cama con un cubrecama limón-fresa todo arrugado ahora, algo derretido con los abrazos de la pareja.

6

Dos días después, el sol era ejemplar: cerrando el paso a los estados depresivos, el anticiclón efectuaba un excelente trabajo. Chopin acababa de elegir una corbata sin dibujo, apenas cruzada con una rayita azul muy fina sobre el gris. Una vez anudada, disponiéndose a salir se dio una vuelta por la cocina y luego por su criadero.

Las moscas estaban instaladas en una armazón de plexiglás equipada con un termostato, un termómetro y un indicador higrométrico. Dentro de aquella armazón, un cubo de vidrio contenía las ninfas echadas en una capa de serrín, y en el otro cubo de tela metálica fina se cruzaban los vuelos de los insectos nacidos. Dos de ellos precisamente se habían cogido simpatía, para Chopin era siempre interesante observar con lupa un breve coito antes de echarle a la pareja un trocito de corteza de tocino.

Disponía de todo el tiempo, sin tener que dar cuentas de su trabajo al museo, obligado apenas a redactar dos o tres artículos al año. Ningún horario, pues no había ninguna mujer en su vida, estando siempre indeciso: Carole sería siempre demasiado lo que Marianne nunca sería bastante. En el ascensor una mano más decidida que Chopin había escrito *Nacera te quiero* con grandes letras rojas febriles, cerca de los botones numerados de modo que la interesada no pudiera verlo, no llevaba firma, pero sin duda Nacera tendría su idea. Chopin pulsó el botón de abajo. La planta baja: la verja del ascensor, tres escalones, la vidriera, el portal bordeado de buzones y la puerta exterior.

El correo: generalmente un folleto, una factura, con menos frecuencia una carta manuscrita. Y casi todos los días dos o tres prospectos dirigidos a su nombre cuando Chopin por distracción se ha hundido en un fichero, se ha cogido en la telaraña de un listado. La mayoría de los inquilinos arrojan esas hojas sin mirarlas en el gran cubo común, otros les echan una simple ojeada. Por la fuerza de la costumbre, y por principio, mientras hace jugar el papel entre los dedos como una tela, Chopin las lee todas.

Además de una postal y el catálogo de una librería especializada de Zurich, los anuncios del día se refieren a un club de solteros, un fontanero, el tercero, procedente de una agencia de viajes, sugiere para el buen tiempo un crucero adriático, de Otranto a Venecia con escala en Rímini. Rímini revelada, dice el prospecto. Joder, piensa Chopin.

Una niñita acaba de abrir con esfuerzo la puerta de la casa, cruza el portal, se precipita por la escalera, sus pisadas reproducen los saltos ágiles de un mono joven en un baobab pero Chopin no ha oído nada: sigue mirando el prospecto. Lo dobla dos veces y lo mete en un bolsillo de su chaqueta, coloca el correo en el otro bolsillo y se vuelve hacia el ascensor, *Nacera te quiero*, ha subido otra vez a su casa.

Ha desdoblado el prospecto sobre su escritorio, bajo la lámpara encendida aunque el cielo se cuele entero por los cristales. Ha ido a buscar alcohol y algodón al cuarto de baño, luego en un cajón una hoja de cúter y dos plaquitas de vidrio que ha limpiado con alcohol, sentado ante su mesa con cuidado. Ahora, inclinado sobre el prospecto, aumenta con la lupa el nombre de Rímini, acercándose al punto puesto sobre la i central.

Calculando el mejor ángulo para arrancar aquel punto de su soporte, Chopin desliza el filo de la hoja por el signo tipográfico que se suelta, que se despega y cae de Rímini a una de las plaquitas de vidrio; Chopin lo aprisiona con la otra placa, las junta con celo. Luego se levanta y va a buscar la ampliadora, guardada en su caja en el armario del recibidor, por el suelo al pie del aspirador, entre las maletas vacías y las pilas de revistas, en medio de veintiséis zapatos desocupados. La ampliadora tiene mucho polvo, desde hace bastante tiempo no ha tenido nada que llevarse a la lente. Chopin la limpia y se pone a trabajar.

Una vez revelado, ampliado, proyectado el micropunto con un proyector de diapositivas, su contenido consistía en una serie de letras desprovistas de sentido inmediato, ordenadas por series de cuatro, adornadas con algún que otro cuadrado negro. Chopin leyó varias veces el conjunto, buscando en su memoria dos o tres claves elementales, muy pronto dio con la solución. El texto no estaba excesivamente cifrado: accedió a él mediante la técnica de la sustitución con doble clave, con ayuda de la tabla cuadrada de Vigenère: «No ha perdido el tranquillo», declaraba el micropunto, «está bien». Iba firmado por el coronel Seck y añadía un aviso de cita para dentro de una hora en el jardín Luis XVI.

Dejando que la puertecilla del jardín se cerrara sola, Chopin se dirigía, pues, una hora más tarde hacia la capilla expiatoria que ocupa su centro. En el umbral del edificio, un guarda claudicante vestido con un uniforme cultural azul le tendió un nuevo impreso que describía aquel monumento desalentador, cubo-templo de pequeña cúpula que anuncia un peristilo dórico. Chopin lo leyó igual que los otros bajando la escalera al final de la cual, de pie ante el altar de mármol oscuro, parecía recogerse un hombre de sesenta años de dientes muy blancos, vestido de azul oscuro. Hacía mucho tiempo, dijo el coronel Seck.

—Tres años —precisó Chopin—. Nunca nos habíamos visto aquí, ¿verdad?

—Es discreto este monumento —dijo el coronel Seck—, nunca hay nadie. Es tan deprimente..., la gente no está loca. ¿Dispone de algún tiempo ahora?

—Eso depende —dijo Chopin.

—Estupendo —tradujo el coronel—, es posible que lo necesite pronto.

—Pero creía... —dijo Chopin sin esperanza.

—Lo sé —reconoció el coronel—, ya lo sé.

Subieron a la superficie, el guarda de la capilla vigilaba en lo alto de la escalera.

Aceleró hacia Seck en diagonal, desdeñando a Chopin, moviendo humildes hombros y alzando las pupilas bajo la visera:

—Mi coronel —dijo—, ¿se acuerda usted de Roquette?

—Francamente —dijo Seck—, ese nombre no me suena de nada, de momento.

—Roquette, mi coronel, Blida, la noche del 3, el ataque por sorpresa de los rebeldes y luego Roquette, mi coronel, un tipo sanguíneo. Saxofonista en el número 4 de Ingenieros. ¿No se acuerda? Busca algo, está fastidiado. Tiene ganas de rehacer su vida como yo.

—Bueno, ya veré qué puedo hacer —dijo Seck—. Que me prepare una notita, puede mandarla a estas señas.

Se sacó del interior de la chaqueta una tarjeta minúscula, con breves muecas como si se arrancara un pelo superfluo. El guarda se le había acercado aún más, con iris confidenciales. ¿Qué hacer, mi coronel, sopló en un aparte por las narices, qué hacer con usted por el país? Le avisarán, Fernández, masculló Seck tendiéndole con impaciencia la tarjeta, le tendrán al corriente. Ahora sea amable, rompa filas.

Cogiendo a Chopin de una manga y llevándolo hacia la salida del jardín, le expuso la gran preocupación que suponía el tener que cuidar de la jubilación de aquellos hombres demasiado mayores, demasiado heridos para batirse aún: claro que no estoy obligado a encargarme yo mismo, hay un organismo para eso, asistentes sociales muy buenas, pero todo va más rápido cuando pasa por mis manos. Ellos lo saben.

Calló hasta la verja que abrió, manteniéndola abierta, parándose en el umbral del jardín para hablar de nuevo, como se acaba diciendo lo esencial a un invitado al despedirlo, en el rellano, mientras espera el ascensor:

—Tendrá todas las instrucciones dentro de unos días. Si hubiera algún problema, puede ponerse en contacto conmigo siempre por la cabina de la calle Lafayette, ya sabe, en la esquina con la calle Bleue.

Por un momento inclinó la frente hacia sus largos zapatos negros muy brillantes, considerándose como en su propio pedestal, luego chasqueó los dedos en el vacío; al instante un taxi verde frenó a su altura, se metió en él, cerró la puerta antes de articular su destino. El coche verde y el coronel dejaron el mundo sensible por el oeste del bulevar Haussmann, Chopin se puso en marcha en el sentido opuesto. Una chica pelirroja muy mona cruzaba el bulevar con una mochila al hombro, ah, no, es un bebé, curioso, luego un café vacío se ofrecía en la calle Lavoisier. El encargado parecía un juez sin causa detrás de la barra. Chopin escogió un asiento junto a la luna.

—Un café —anunció—, corto. Y un vaso de agua.

Estas palabras produjeron un eco en el local vacío, luego volvió el silencio, regularmente roto por la voz sintética de un flipper que recordaba su presencia profiriendo la misma fórmula cada cinco minutos. Bienvenido, doctor Bong.

Chopin observó la superficie del café, fijamente como la de una pantalla, proyectándose en ella un fragmento de su primer encuentro con el coronel Seck, su reclutamiento en otros términos. En aquella época cruzaba un pequeño Sahel y las proposiciones del coronel no caían mal, ricas en color, con bordes dorados y finamente esmaltadas con un asomo de chantaje: serían un conveniente oasis, había aceptado. Enseguida le habían inculcado el empleo del micropunto, del papel carbón blanco, el arte de burlar espías, los buzones muertos y demás gilipolleces. Le advierto que si hago esto es temporalmente, había precisado en cierto momento, cosa de un año o dos, no lo olvide. Hace muy bien, había exclamado el coronel, un año o dos, es exactamente lo que hay que decirse. Además, los mejores de entre nosotros, dicho sea entre nosotros, al principio, es lo que hemos dicho. Bienvenido, doctor Bong.

Chopin se bebió de un trago aquel excelente recuerdo, luego se relajó en su silla, revolviendo en los bolsillos encontró el correo de la mañana que abrió con el mango de la cucharilla. El librero de Zurich le enviaba una lista de obras entomológicas agotadas de las que poseía algunos ejemplares, dichas moscas, al final se sabría todo sobre ellas, no se sabría qué más decir, quizá era lo que estaba ocurriendo, por cierto, lo que explicaría por qué disponía Chopin de todo su tiempo, pegado como ellas a la gran cristalera. Quedaba la postal, una de cuyas caras representaba el océano en calma. Te esperaré el miércoles por la noche en casa, decía la otra cara. Suzy.

El miércoles por la noche acudió, pues, a su casa, era la primera vez que iba de noche. Suzy no tenía nada para beber salvo un resto de licor de sorgo traído por un amigo de China y pegajoso como caramelo viejo. Bebieron, con todo, dos o tres copitas y el jueves por la mañana, antes de abrir un ojo ya están moviéndose aún uno contra otro, se auscultan, se exploran en todos sus detalles, llanos y relieves, barrancos y cuestas suaves, cambios de dirección y calles sin salida, todo eso podría no tener fin pero acaba de sonar el despertador.

Se han tomado el tiempo de besarse un poco aún y luego Suzy se ha levantado. Chopin ha mirado cómo se inclinaba hacia una especie de kimono japonés: su espalda muy blanca salpicada de pecas dibuja el negativo de una noche de verano, una constelación en el hombro con la estrella polar en la curva de la cadera. Luego ha salido de la habitación para ir a cuidarse de Jim, cuya sirena de doce tonos de un arma intergaláctica demuestra que lleva un rato despierto.

Como la cama va enfriándose, Chopin se levanta a su vez, se viste mirando por la ventana del patio. El taller de espejos aún no está abierto pero la chimenea de la otra fábrica vomita ya su chorro espeso, inagotable, inmaculado, como perpetuamente encargado de anunciar la elección de un nuevo pontífice, un habemus papam ad libitum. Dos coches están aparcados al fondo del patio, en su capó brillante se reflejan las fachadas alargándose con el cielo. Tras la puerta cerrada resuena el entrechocar de tazas de desayuno.

Acaba de abrocharse la ropa cuando entra Suzy en la habitación, totalmente vestida hasta con sus pendientes espejeantes, sus labios demasiado rojos sonrían deprisa y corriendo. Indicándole a Chopin que el café está preparado, busca en un cajón sus gemelos ginebrinos que se pone en los puños y que luego le enseña de un vuelo sonriendo de nuevo: palpitantes, cuando Suzy lleva prisa, las agujas imantadas enloquecen con la misma violencia que en las proximidades del polo magnético. Vuelve a salir como ha entrado, dejando la puerta abierta, precipitándose hacia el fondo de una jungla con su equipo de brújulas y espejos. Chopin completa el nudo de su corbata antes de dejar la habitación.

Vestido con un chándal color verde manzana en el que se leen a lo largo del muslo las palabras *Carolina moon* en amarillo, el joven Jim Clair estaba instalado solo en la cocina ante una solución de cereales y un paquete de galletas de chocolate. Devolvió su saludo a Chopin, le mostró la cafetera y se sumió de nuevo en un Super Picsou Géant. El teléfono sonaba en la sala de estar, se oyó a Suzy cogerlo, Chopin bebía un poco de café mirando a su alrededor: en un sillón permanecía un gato absolutamente tranquilo, como muerto.

Suzy respondía detenidamente al teléfono, su busto inclinado se enmarcó de

pronto en el vano de la puerta, retenido por la espiral del hilo del aparato, con una mano puesta en el micrófono del mismo:

—Jim, son las ocho —sopló con fuerza—, prepárate por favor.

—Sí, sí —dijo Jim.

—Ya voy, Franck —añadió ella.

—Vale —sonrió Chopin.

—Qué —preguntó Jim inesperadamente—, ¿le gusta mi madre?

La cucharilla de Chopin giraba sola en su taza, intentó extraerla mientras pensaba en aquella pregunta.

—Los niños no hablan en la mesa —se limitó a sugerir.

—Las leyes han cambiado —recordó el joven Jim.

Después de marcharse Chopin a la avenida de Ternes, Suzy había acompañado a su hijo a la escuela. A medida que se acercaban, la densidad de niños aumentaba en las aceras. En tono distante, saludaba Jim a unos, consultándolo algunos en voz baja al pasar, con tres palabras, sobre algo de piscina o dictado, alzando hacia Suzy una mirada circunspecta; Jim decidía. Su madre saludaba también a las otras madres, a las jóvenes y guapas de sonrisas conquistadoras, pero sonreía también a las resignadas.

Dio una gran vuelta por la plaza Malesherbes hasta el parque Monceau para regresar a casa. Mientras andaba revolvía en su bolso entre las llaves y la documentación, los pañuelos de papel, un cuadernillo con una foto de Jim a los cinco años, un calcetín de lana azul del mismo Jim a los dos años que servía para guardar la calderilla, un frasco homeopático, dos tiritas multiextensibles, una horquilla, una pinza inoxidable, un lápiz de labios. Del bolso sacó sus auriculares ultraligeros, que una varilla le ajustaba a los oídos como una pata de araña, luego eligió uno de los casetes que llevaba en el fondo del bolso, un quinteto en do mayor del que sólo oyó el scherzo. Entre aquellas cintas hay también un curso Berlitz de ruso, la voz de su astrólogo que desarrolla el tema de Suzy para los dos años futuros, *Their satanic majesties request* y *Let it bleed*, así como las bandas sonoras habladas de tres o cuatro películas. Cogió una al azar, oyó dos o tres réplicas («¿Coñac? ¿Como aperitivo? ¿Por qué no?»). Luego volvió andante sostenuto al quinteto en do.

Ante el parque Monceau no le apeteció franquear el oro de las verjas hacia el orden del césped. Ahora volvía a casa, unos obreros mayores que salían del taller transportaban largos espejos sin mirarse en ellos, sin querer interesarse en el reflejo de su persona, de su trabajo y lo que cuelga. En la zanja de la calle de Rome la automotora de Dieppe se cruzaba con un tren coral que iba a Brest.

Limpió un poco la casa, la cocina, luego las habitaciones y por capilaridad todo, mirando apenas si Chopin no se habría olvidado o incluso dejado, adrede, algún objeto, pero no, no había nada. Hacia las once se sentó ante la mesa de su habitación y se puso a trabajar: era la redacción de un catálogo de accesorios para señoras de

lujo; trabajo fácil y bien pagado, la máquina escribía casi sola, y cada timbre que marcaba el final de una línea formaba parte del nacimiento de un billete de banco mofletudo. Breves y seguidos, dos timbrazos en la puerta cabalgaron los cascabeles de la máquina. Después de bajar la música ligera de la radio, Suzy se levantó para ir a abrir.

El visitante era un joven bien formado bajo un cabello corto a cepillo, un sello en cada auricular, una cadenita de oro alrededor del cuello. Inundado por un after-shave muy verde, sonreía, respirando salud, como si saliera de la ducha, con los ojos medio entornados por una pompa de jabón que se había quedado dentro. Pase, Frédéric, sonrió Suzy con moderación, luego se volvió a la habitación grande, dejando que aquel visitante cerrara él mismo la puerta de entrada. Caramba, exclamaba este interiormente siguiéndola, desde luego las mejores piernas del París aéreo. Cruzándolas, después de sentarse, Suzy le señaló una silla y el visitante se acomodó desviando los ojos.

—Creo que tengo algo —dijo aquel joven Frédéric—. Se lo había dicho, creo, tengo un amigo que tiene acceso, quiero decir que podría explicarle él mismo lo que puede ser, de aquí a unos días.

—¿Cuándo? —quiso saber Suzy.

Dos días después por la mañana, Chopin estaba en su casa, como siempre no muy lejos de la ventana, ocioso como a menudo por la mañana temprano, solo como la mayor parte del tiempo.

Solo: sucesivamente Carole y Marianne habían vivido aquí, para marcharse bastante desanimadas al cabo de unos días o unas semanas, regresando después, volviendo a marcharse luego con regularidad. Chopin no hacía nunca nada para que se fueran o regresaran, dejando la puerta abierta en ambos sentidos. Carole hacía fotos de moda y Marianne presentaba películas en la televisión, así cuando desaparecían de su casa Chopin recibía a veces noticias indirectas de ellas. Todo las oponía aunque una vez, con tres días de intervalo, las dos le habían propuesto apuntarse con ellas, gracias a las tarifas ventajosas de sus comités de empresa, a una sala de musculación.

Chopin se cortaba las uñas mirando el tiempo, que se había vuelto gris, a través de los cristales. Luego había ido a la cocina a coger un plátano, tirando, después de cada bocado, unos milímetros de las cuatro o cinco pieles atigradas que cubrían, pétalos mustios, su puño cerrado en la base de la fruta, desprendiendo cuidadosamente los filamentos desmenuzables con sabor a cartón que corren por su superficie como meridianos, en una palabra pelando el plátano como lo pelará eternamente el antropoide. En la jaula de las moscas echó uno de los filamentos.

El saludo del coronel Seck se presentó sobre las once, cuando se abren los buzones. No era Rímini sino el Mississippi quien ocultaba un nuevo micropunto que citaba a Chopin en el número 22 de un pasaje disimulado del distrito dieciséis. Para acudir allí hubo de aplicar el procedimiento clásico de disuasión de espionaje por medio del zigzag, y era una vez más y como siempre la misma comedia: aquí salto de un taxi ante una boca de metro, luego de otro taxi ante otro metro, cojo el convoy en el último momento, y brinco al andén justo antes de cerrarse las puertas y cruzo y vuelvo a cruzar la casa de doble entrada, luego la otra, y cojo otro taxi que me deja a cincuenta metros del pasaje disimulado al que llego sudoroso, jadeante y convencido de que todo eso no sirve para nada. Y veo que el 22, construido hacia 1960, es un edificio con balcones de vidrio ahumado como los hay menos en París que en las ciudades de provincias, muy especialmente en los balnearios, y a cuya propiedad ansían acceder los jubilados.

El coronel recibió a Chopin en un piso deshabitado. El vestíbulo amplio estaba vacío con excepción de un perchero de tipo loro del que sólo colgaba por su asa un cubo de esmalte vacío. Chopin siguió a su coronel de cabecera por un pasillo a mitad del cual unos ruidos de fontaneros discretos atravesaban una puerta cerrada. En las paredes del pasillo, delimitando los emplazamientos de las imágenes desaparecidas,

seguían clavadas aún las chinchetas de los antiguos ocupantes, y unas frescas láminas apoyadas en los zócalos debían de pertenecer a los siguientes. Detenido en el mes de agosto pasado, sólo quedaba el calendario publicitario de un sushi-bar de la calle Washington que representaba dos conejos blancos en un campo de nieve y daba las señas (Nishishinjuku Shinjuku-ku) de otro sushi-bar de Tokio.

Seck abrió la puerta de una sala de estar en la que dos sillones de despacho estaban frente a frente, con una cartera de piel marrón brillante al pie de uno de ellos. En una pared, entre inútiles chinchetas clavadas todavía allí, colgaba solitariamente un marco nuevo que contenía formas blancas y verdes. El coronel señaló uno de los sillones a Chopin mientras se dirigía a la puerta vidriera prolongada por un balcón: fantasmas de plantas se acurrucaban al fondo de jardineras descoloridas, en un nido de humus deshidratado. La frente del coronel pesó sobre el cristal, sus ojos observaban la inexistente circulación de los vehículos en el pasaje, una luz de polvo pálido caía sobre él.

—Hay días en que echo de menos el sol —dijo—. El sol y los trópicos, todo eso. El sexo y los trópicos. No se imagina lo que me aburro a veces.

Abrió los brazos con aire desolado y fue a sentarse en silencio; Chopin recordaba que en tales circunstancias no le correspondía hablar primero.

—Pues tengo un pequeño problema de observación, usted ya me entiende —dijo al fin el coronel—. En este momento no tengo a nadie a mano que pueda encargarse de ello, de modo que he pensado en usted. Se lo voy a explicar.

Era lo siguiente: una reunión de responsables economistas, que comprendía diversas delegaciones de Oriente y Occidente, acababa de clausurarse en Viena. Uno de los especialistas no había regresado enseguida a su país de origen, concediéndose unos días de descanso en la región parisina. El coronel hizo una pausa y se inclinó hacia la cartera de la que sacó dos libros. Tendió una de aquellas obras a Chopin, un volumen bastante delgado encuadernado, impreso en un papel amarillento que despedía un fuerte olor industrial y metido en una sobrecubierta de un verde estanque que llevaba el título del libro y el nombre de su autor: *Perspectivas del coloquio de Arkhangelsk*, por Vital Veber. Un retrato de este se hallaba reproducido en la solapa: en el centro de un rectángulo oscuro emergía un rostro algo borroso, sin duda un detalle ampliado de una fotografía de grupo. Sus rasgos no se distinguían mejor que los del condenado a través del ventanuco de un calabozo oscuro, los del apuntador al fondo de su concha.

—Un individuo importante —gruñó el coronel Seck—. Ex primer secretario de distrito, secretario general del plan, ponente del comité de superficie, ya se da cuenta de la categoría.

Los ruidos de la fontanería acababan de aumentar bruscamente, por lo que se levantó con aire disgustado.

—Ya vuelvo —previó—, puede echarle un vistazo a ese otro mientras tanto.

Chopin cogió el otro tomo, en todo parecido al primero salvo en el título (*Las lecciones del congreso de Anchorage*), el matiz beige descolorido de la sobrecubierta y dos ínfimos retoques a la foto del autor. Empezó a hojear las dos obras prestando oídos a los ruidos de voces que le llegaban por el pasillo, procedentes sin duda de la cocina: sorda y disgustada, la del coronel Seck parecía topar con otros dos órganos, femeninos y llenos de realismo, de sentido común y aplomo burlón. Un gran silencio cerró el intercambio, luego volvió el coronel, con el semblante hermético.

—Esas obras no se acaban nunca —refunfuñó—. Pido algo sencillo, pero parece que no hay manera. Esa caldera es nueva, es prácticamente nueva, por qué demonios lo han de cambiar todo.

Se exaltaba, Chopin seguía estudiando el retrato de Vital Veber: cara antiguamente afilada de universitario, sin duda, luego gradualmente engordada por las dignidades, arrugada por las preocupaciones propias de todo secretario general.

—Bueno —se calmó el coronel—. Él es el tío. ¿Le conviene?

—No mucho —respondió Chopin—. Pero supongo que no tengo otra opción.

—Eso, quéjese —dijo el coronel—. Francamente no es mucho lo que le pido. ¿Qué le supone? Ni siquiera media jornada, apenas un cuarto de jornada, y aún. Ni eso.

—Vale, vale —dijo Chopin.

—Sería una gran ayuda —desarrolló el otro con ternura—, estaría bien. Además no es complicado, lo cual también está bien. Veber va a pasar una semana en un hotel, un buen hotel, cerca de París. Es un sitio bonito, en un parque, a orillas de un lago, es alegre. Se trataría simplemente de pasar esa semana con él.

Chopin no respondió, tratando en vano de identificar el contenido del marco colgado cerca de la puerta vidriera, al otro extremo de la estancia: cinco rectángulos blancos sobre un fondo verde billar.

—No quiero obligarlo, que conste —prosiguió su oficial de cabecera—, pero bueno. Como le he dicho, he pensado en usted. Pienso en usted a menudo, Chopin, le tengo afecto, aunque no lo parezca. ¿Se ríe?

—No, no —dijo Chopin—, no me río en absoluto.

—En fin —se puso serio el coronel—, sería cuestión de ver un poco qué hace ese tío, la gente a quien ve, todo eso. Quizá habría que ver también si alguien más lo intenta ver al mismo tiempo que nosotros. ¿Eh?

—Eso es —dijo Chopin—. Algo así como con Abitbol.

El recuerdo de Abitbol animó al militar.

—Exactamente —recalcó con satisfacción—, lo mismo que con Abitbol. En principio, Veber viaja con su asistente, su secretario, no lo sé muy bien. ¿Qué más podría decirle?

Cuatro mazazos sonaron sin avisar en el pasillo, haciendo temblar los cristales y pegar un brinco al coronel. ¿Qué puñetas pueden estar haciendo?, murmuró.

—Me pregunto qué coño hacen —expuso dirigiéndose a Chopin—. Me habían hecho un presupuesto. Estaba muy bien aquel presupuesto. Pero ahora ya no entiendo nada, eso no tiene pinta de nada.

—¿Es suyo el piso?

—Venga a ver —dijo el coronel levantándose—. Con mi sueldo nunca hubiera podido permitírmelo, ¿verdad? Fíjese: lo he pagado así.

Llevó a Chopin ante el marco verde y blanco. Sobre fondo de fieltro, bajo cristal antirreflectante, se hallaban dispuestos en forma de abanico cinco naipes que formaban escalera de color —siete y ocho, nueve y diez de corazones graciosamente desplegados a cada lado del valet del mismo color, como sirenas alrededor de Esther Williams.

—Agosto de 1985, Beaulieu-sur-Mer —precisó el coronel—, un millón trescientos mil francos. Habré tenido esa suerte. He podido comprarme esta casa, no es muy grande, pero bueno, ya la estoy revendiendo, más otras cositas, un terreno, allá en mi tierra. ¿De qué hablábamos?

—Veber —recordó Chopin—. El hotel.

—Sí, el hotel. Estaría bien que en el hotel pudiera servirse otra vez de su sistema. ¿Sabe usted?

—¿Mi sistema?

—Sus moscas, hombre. ¿Se acuerda?

—Está de broma —dijo Chopin—, eso está completamente superado. Son técnicas del tiempo del general Walters. Hoy día se hacen cosas mucho mejores.

Decepcionado, el coronel afirmó que, si no le fallaba la memoria, la técnica de las moscas había producido, sin embargo, excelentes resultados, por ejemplo con Abitbol precisamente, pero Chopin recalcó que aquella técnica era muy limitada. Que una mosca sólo dura un tiempo. Que una vida de mosca no es sino un aleteo.

—Probémoslo de todos modos —insistió el coronel—. Probémoslo.

Un estruendo sísmico de herramienta acababa de producirse en la cocina, por lo que el coronel no pudo por menos de ir a inspeccionar las obras mientras acompañaba a Chopin, que echó un vistazo por encima del hombro. Las dos fontaneras eran bajas y macizas, sus abultados carrillos tendían a colgar y, salpicados de yeso, sus cabellos grasientos colgaban. Además, no parecían tener buen genio, una desenrollando el hilo de cobre entre sus dedos amocillados y la otra hundiendo una pared con una taladradora con dos brocas de recambio entre los dientes —iguales a las trabajadoras realistas socialistas, sonreían sin embargo, su cuerpo entero sonreía victoriosamente bajo el mono hinchado a tope.

—Pero ¿qué pasa ahora? —se irritó el coronel—. ¿Qué es ese agujero? No me

parece que ese agujero figurara en el presupuesto. ¿Qué pinta ese nuevo agujero?

—Interruptor automático de la caldera —definió la taladradora—. Es la seguridad. Del mismo modo que habría que deshollar de vez en cuando la tubería, ¿eh?

—Pero antes no había eso —se lamentó el oficial—, funcionaba muy bien sin eso. Además el cable —imaginó—, hará falta un cable para ese interruptor. Un cable que se verá. Será un asco.

—Se lo vamos a empotrar —aseguró la otra con jovialidad—. Venga, venga, que se lo vamos a empotrar.

El coronel se encogió de un hombro y se apartó violentamente de las obreras, murmurando gilipollas en cuanto se alejaron un poco. En el vestíbulo, con voz distraída comunicó que se verían más tarde para las últimas instrucciones, en otra parte. Aquí ya estaba visto que era demasiado complicado de momento. En fin, gracias por venir, de todos modos. Gracias.

Ese mismo día, a la hora a la que Chopin desnuda sus plátanos, el joven Frédéric se dirige de nuevo a la calle de Rome. Más recién afeitado aún que la antevíspera, con el estrave de su after-shave más afilado aún, Frédéric corta con eficacia el aire. Después de llamar dos veces, Suzy va a abrirle, descalza, ceñida en un amplio albornoz de rizo rojo, una mano en el pomo de la puerta, aguantando con la otra una toalla beige sobre sus cabellos.

Ha hecho pasar al joven y luego se ha refugiado en el cuarto de baño renegando distraídamente contra él. Se ha puesto un gran jersey color arena, un calzón negro y unas botas de ante gris-rosa, y ha colgado unos aros verdes de gran diámetro de sus orejas. Cuando ha vuelto a la cocina reinaba allí el silencio: Jim se había aislado del mundo y sus tufos de loción detrás de un Pif Super Comique. Tras unos intentos vanos de contacto con él, Frédéric se había acogido a la televisión muda: mostrando esquemas, agitaba sus labios una meteoróloga pelirroja.

Es urgente, dijo el joven en cuanto volvió Suzy. Luego, dijo ella bajito con un ademán discreto mirando oblicuamente a Jim, luego. Echaba corn-flakes en el tazón del niño que de pronto saltó de su silla reconociendo los créditos de un concurso televisivo que encontraba gracioso. No, Jim, protestó Suzy, no nos dará tiempo. Es muy corto, es muy corto, aseguró Jim subiendo brusca y desmesuradamente el volumen, Y ¿CUÁL ES LA PROFESIÓN DE TUS PAPÁS, FABIENNE? PUES, MI PAPÁ ES CONTRAMAESTRE Y MI MAMÁ SUS LABORES. ESTUPENDO, FABIENNE, ES MAGNÍFICO, Y VEAMOS LA PRIMERA PREGUNTA, Suzy tuvo que echarse a gritar no, no, bájalo, ¿quiere una manzana, Frédéric?, van muy bien por la mañana. Iba a aceptar, pero ella miraba ya a otro lado, colocando las tazas en una bandeja. Va a ser la hora, dijo, vístete, ve a vestirme rápido. ¿Puedo ayudarla?, sugirió Frédéric en medio del barullo. Te he dicho que apagues la tele, ordenó Suzy enérgica. ¡AY, FABIENNE! ¡CUÁNTO LO SIENTO!

—Bueno —le dijo a Frédéric media hora más tarde—, al fin y al cabo, no era tan urgente.

Volvían de acompañar a Jim, andaban más despacio que a la ida. Pasada la riada general hacia las oficinas, los talleres y las escuelas, las calles estaban más tranquilas, todo recobraba su aliento antes del próximo pistoletazo de salida; los barrenderos quitaban el polvo del asfalto, con desenvoltura, sin matarse.

—Es que tengo que ver luego a mi amigo —dijo Frédéric—, el chico del que le hablé el jueves, y quería avisarla. Tengo que mantenerla al corriente.

—Tengo pocas esperanzas —dijo ella con voz distraída—, no sé.

—Ya podría interesarse un poco más —se sublevó tímidamente Frédéric—, se trata de su marido, a fin de cuentas.

Se le formó una sonrisa neutra en el vacío, sin relieve.

—Yo que hago esto por usted —añadió Frédéric subiendo un tono—, yo que hago esto precisamente porque es usted. ¿Conoce a muchos hombres que se pasen la vida buscando al marido de la mujer de su vida?

Habían llegado frente a la casa y Frédéric bajaba la cabeza con expresión enfurruñada. Suzy le sonrió con más viveza, en tres dimensiones amenas. Es usted muy bueno, dijo acercando brevemente sus labios a una mejilla del joven, y una de las anillas verdes colgadas de sus orejas resonó como un gong contra la nariz de Frédéric, como el rayo en medio del cielo puro, y al instante siguiente ya no estaba ella, había desaparecido bajo el efecto de aquel beso.

El Parc Palace du Lac se halla en medio de una arboleda a orillas de una amplia extensión de agua dulce, por la que a veces una embarcación plana pasea a los huéspedes. Este establecimiento, de unas veinte habitaciones y suites pone a disposición de sus clientes un restaurante, dos bares, tres salas de conferencias, así como un servicio de lavandería y limpieza en seco. Los salarios de un personal muy cualificado de cocineros, mozos de equipajes, telefonistas, doncellas y demás botones justifican el precio de la noche. Fuera del circuito de los hoteles habituales, el Parc Palace es una residencia tranquila y retirada, a menudo frecuentada por clientes de incógnito, en cualquier caso demasiado ricos y poderosos para ser conocidos por el gran público. El hotel no figura en ninguna guía.

El secretario general Vital Veber, por su parte, se halla en un coche Peugeot automático, que acaba de tomar la avenida privada que conduce al Parc Palace du Lac. Este hombre de unos sesenta años se desplaza con su codificador, dos maletines de expedientes, tres maletas de ropa así como un aparato transmisor de onda corta. La compañía de una comisión de expertos, financieros, urbanistas, economistas, juristas y otros investigadores ocupa cada uno de sus días y más de una de sus noches. Siempre alejado de las manifestaciones oficiales, Vital Veber es un hombre tranquilo y reservado, amable con sus colaboradores demasiado escrupulosos y demasiado fieles de todos modos para ser tratados con brusquedad. Su nombre no figura en el *Who's Who*.

Lejos de los apparatchiks, lejos de los paparazzi, el secretario general se disponía a gozar de unos días de merecido descanso. Su avión, un biturbopropulsor Fairchild 227, había aterrizado a primera hora de la mañana en el aeropuerto de Orly. El codificador había retirado el coche en la oficina de alquiler y habían salido, yendo el propio Veber al volante del Peugeot. Circulaba despacio, ya que había perdido la costumbre de conducir y no había adquirido nunca la de los vehículos automáticos. A cuatrocientos metros detrás del Peugeot avanzaba a la misma velocidad un Renault de igual cilindrada, que transportaba a dos jóvenes agentes de seguridad llamados Perla Pommeck y Rodion Rathenau, cortos cabellos rubios y vivos ojos grises, traje y traje sastre flexibles y dos horas de preparación física diaria. Era una mañana fresca de suburbios lejanos, el aire vivo era ligero como una lechuga, seco y límpido como vino blanco, recortaba nítidamente las fachadas y se posaba suavemente en los tejados.

En un momento dado el Peugeot se detuvo ante un paso a nivel cerrado: con el morro de su capó junto a la barrera bicolor, bajo la cruz de semáforos intermitentes, sus dos ocupantes vieron desfilar los vagones, cruzando las miradas furtivas de los viajeros bajo el triple claxon de la locomotora, dos agudos separados por un grave en

la octava.

Vital Veber pulsó el botón de abertura de su cristal para hacer entrar el sonido en el coche, distorsionado por el movimiento del tren, luego sacó el codo fuera, observando dos perros solos en el mundo que se olfateaban sin habilidad en su segmento de acera, girando sobre sí mismos enfebrecidos, no consiguiendo naturalmente montarse uno a otro al mismo tiempo. Veber no podía abstraerse de aquel espectáculo sobre el que se abstuvo de atraer la atención del codificador, absorto en un mapa de carreteras extendido como una manta sobre sus rodillas. En lugar de ello, observó que el paisaje no había cambiado tanto desde 1955. Es verdad, dijo el codificador. No lo han tocado mucho.

Desaparecida la cola del tren, las barreras despejaban la carretera, el Peugeot recorrió aún tres kilómetros antes de torcer hacia la entrada del hotel. Ningún cartel revelaba la existencia del Parc Palace du Lac, invisible desde la comarcal. Una verja sofisticada hecha con tirabuzones de acero se hallaba enmarcada por dos pilares de mármol impersonales, graves y pulcros como mayordomos, uno de ellos decorado con el botón del interfono. El codificador bajó del coche para pulsarlo.

—Veber —dijo en él—. Tenemos la reserva nueve.

La verja a su vez dejó libre el acceso al camino estrecho que iba serpenteando bajo las hayas y los fresnos, por entre los cubos de boj y los cuadrados de césped. En medio de aquel verdor empezaron a cruzarse de vez en cuando con algún hombre a pie que llevaba un palo de golf, una raqueta, pasaron junto a las pistas de tenis, vieron a lo lejos las cuerdas, luego el terreno de croquet, el juego de ajedrez gigante, pronto se distinguía por fin el ancho cuerpo viejo color rosa del Parc Palace, encogido sobre sí mismo y ligeramente encorvado, tranquilizador como un multimillonario bueno.

—Está bien —dijo Veber—, vamos a estar bien. ¿No le parece bien?

El codificador movió la cabeza, hinchando los labios en señal de asentimiento mesurado.

—El expediente noreste —prosiguió Veber—, ¿cree que podremos resolverlo pronto?

—El análisis no es nada —respondió el otro—: cosa de un día o dos. Lo que va a llevarnos tiempo será ver si concuerda con el informe de Ratine.

—Es que está además el comité de superficie —observó el secretario general—. Está eso. Y están además todas las enmiendas del buró.

—Guardémoslo para el final —sugirió el codificador—. Mejor examinar las enmiendas del comité en último lugar. No olvide que hay que empezar por ajustarlo todo a esas nuevas normas Boyadjian-Goldfarb. Ahora se razona con este código.

—¡Santo Dios! —se alarmó Veber—, Boyadjian-Goldfarb, me había olvidado por completo. ¿Conoce usted esas nuevas normas?

—Goldfarb me ha facilitado el protocolo —dijo con calma el codificador—.

Globalmente debería poder reconstruir el sistema.

—Perfecto —concluyó Veber tirando del freno de mano.

Bajaron del Peugeot; los mozos ya estaban vaciando el maletero con celeridad, luego el encargado de los coches hizo desvanecerse el vehículo en dirección a los garajes, más allá de una barrera de olmos. Vital Veber precedió a su codificador en un escalón por la escalera a cuyo pie se habían apostado discretamente Perla Pommeck y Rodion Rathenau, con rostros impasibles y ojeadas circulares.

Desde la entrada del hotel, aquella escalera se deslizaba en suave pendiente como una ola moribunda bebida por la gravilla, bordeada de balaustres a la altura del brazo que se curvaban a partir de las primeras gradas para ceñir en su cúspide una larga terraza amueblada con butacas blancas y veladores blancos bajo parasoles azules. En el centro de la terraza, ombligo del Parc Palace, protegidas por un alero de vidrio en forma de abanico, cuatro altas puertas ojivales y acristaladas avanzaban hacia el mundo para abrirse al vestíbulo del hotel. Y al pie de la cúpula de cristales, arqueado bajo un chaqué de cóctel de color gris hierro entre dos hileras de grooms rojos, el director del Parc Palace du Lac esperaba a los nuevos huéspedes.

Cada suite constaba de un salón, un dormitorio, un vestidor más grande de lo corriente y un cuarto de baño para familia numerosa. Desde las habitaciones del secretario general se abría, como estaba previsto, una vista despejada sobre la terraza, la gravilla y el césped. Por la tarde fue a visitar a su codificador en cuyo alojamiento, por el contrario, unos árboles muy cercanos ocultaban las ventanas; a través del filtro de su follaje se adivinaba apenas, más allá del campo de golf, la superficie del lago; en su vestidor las paredes eran ciegas y toda la luz procedía de una lámpara.

—Mejor nos instalamos aquí para trabajar —sugirió Veber—, ¿no le molesta? Con una o dos lámparas más estaría muy bien. De todos modos no empezaremos antes de mañana. Hasta esta noche.

Único problema durante la cena, los nombres de los platos eran algo abstractos, el secretario general dudaba entre el Amaneramiento de faisán bizco sobre lecho de ruiponce y el Tul de róbalo Saint-Evremond al jerez. Preguntó al codificador y luego al maître d'hôtel, pero como sus hipótesis no eliminaban su inquietud, decidió aquella primera noche acogerse al nombre más corto, un plato llamado Revoltillo de negreta Bobigny:

—En cuanto al vino, haga como le parezca. Además, esté tranquilo, no vamos a trabajar todo el tiempo. Primero resolvemos lo del noreste, es lo único urgente. Luego, ya habrá visto que hay un campo de golf aquí. ¿Juega?

—No mucho —reconoció el codificador.

—Personalmente cinco bajo el par —dijo con gusto Veber—. Puedo dedicarle un momento, si le apetece, entre tres o cuatro hoyos. Supongo que no deseará alejarse del hotel, yo tampoco. Sólo he de hacer una o dos cositas en París durante la semana,

y aún, que si no, no me muevo de aquí. Se está tan tranquilo...

Sacándose del bolsillo un impreso que encontró en la habitación y que detallaba los servicios del Parc Palace du Lac, leyó en voz alta las características del ajedrez gigante que habían visto por la mañana al llegar: cada cuadro tenía las dimensiones de cuatro tableros estándar y todas las piezas —reyes y reinas de tamaño natural, peones formato preadolescente— estaban montadas sobre cojinetes de bolas; se anunciaban, para la temporada próxima, caballos articulados. No han inventado nada, observó bostezando Veber, lo hay más o menos igual en Baden Baden.

A la hora en que, bien calentitos en su hotel, van a acostarse los secretarios generales, Chopin descubrió el nuevo prospecto al llegar a casa, Nacera sigo queriéndote.

Muy pronto, como es habitual, Chopin deja de experimentar tanto placer en buscar el micropunto en el texto del prospecto, en despegarlo, revelarlo, ampliarlo y luego descifrarlo; hasta del espionaje se cansa uno muy pronto. Es que en esa profesión hay ratos pesados, obligaciones: por ejemplo, habría que matar cuatro horas aún antes de acudir a la nueva convocatoria del coronel, bastante lejos en los suburbios.

Entretanto, delante del televisor, Chopin hizo desfilar un rato los programas mientras cenaba un sandwich de pollo: una cantante morena, un cantante rubio, animales de Ruanda, saltos con pértiga y dos series televisivas. Tengo un margen de decisión independiente de toda autoridad, advertía el androide principal de una de las series. ¡Cuidado!, se azoraba en la otra un extra prognato. ¡La orden de matar al monstruo está anulada! Chopin volvió a la cantante vestida con un leve conjunto negro, enguantada con mitones —detrás de ella su orquesta, tres jóvenes lúcidos y relajados, sonreía con todo el marfil de sus teclados.

Luego se dio un baño larguísimo, mientras se sucedían otras cantantes en la radio. Inmóvil en el hueco de la bañera, cuello cortado sólo su cabeza sobresalía del líquido entre los filamentos de espuma y las burbujas, los cabellos caídos llenos de champú que flotaban apenas visibles entre dos aguas, Chopin examinaba su cuerpo refractado en el bloque turbio, hacía recuento de sus diferentes estigmas, sus cicatrices bárbaras de delicadas costuras, efectos de la cirugía, los accidentes, los golpes: las situaba y las fechaba, desde su cuchillada en la rodilla (Baccarat, 1957) hasta la rigidez de un metacarpo (Cantón, 1980), y luego los cardenales, pero no siempre se sabe de dónde vienen los fugaces cardenales. Mientras, añadía de vez en cuando agua caliente, sin dejar de escuchar a todas las variedades de cantantes de la radio, las opacas y las vehementes, las infantiles y las curadas de espanto. Cuando hubieron cantado todas, cuando no quedó ni una, Chopin salió de la bañera.

Sentado en el brazo de un sillón hacia la una de la madrugada, armado con su tijera de uñas, descosía las marcas de sus prendas de vestir como le habían enseñado a hacer en los viejos buenos tiempos. Vestido, hacia las dos hojeaba una revista recibida poco antes, leyendo su sumario, dos o tres resúmenes, así como la columna de ecos que describía las actividades de las sociedades culturales; en la bibliografía de un estudio longitudinal referido a nueve generaciones de dípteros antifrisón, se citaba uno de los primeros artículos de su carrera, dedicado a la mosca de los fregaderos^[2].

Y hacia las tres lloviznaba cuando Chopin salió de París por la puerta de Orleáns.

Su coche se instaló en el carril de la izquierda de la autopista, adelantando toda una teoría de semirremolques vacíos, luego se salió por un ramal bordeado de letreros que anunciaban el mercado de interés nacional. Siguió luego la valla de tela metálica del mercado, acribillada de cámaras encargadas de informar a su torre central del tráfico de vehículos. En la cola de espera del peaje de entrada, el Karmann-Ghia parecía un enano entre el doble juego de neumáticos de los semirremolques; bajo otras baterías de cámaras, unos carteles recordaban en lenguas árabe y portuguesa la prohibición de las transacciones de detalle en el recinto del mercado de interés nacional. Pasado el peaje, torciendo ante el pabellón de las flores cortadas, Chopin recorrió las construcciones macizas que contienen todo cuanto se come en la Europa del Oeste.

Un oscuro bulevar de seis carriles, punteado de farolas heladas, envolvía la vasta zona comercial, cruzada por avenidas y calles cortadas en ángulo recto. Según se acercaba al centro, Chopin empezó a distinguir entre los edificios furtivos croquis previsibles: hombres vestidos de blanco ensangrentado se pasan medio buey, quince peces muertos por nada muerden el polvo a la entrada de la pescadería, un conductor doma solo a una serpiente de cien metros de vagones.

Punto de la cita con el coronel Seck, el pabellón de los despojos se construyó separado de los otros, discretamente relegado al otro lado del bulevar circular. Alto como una basílica tipo y espacioso como un campo de fútbol australiano, es un volumen cerrado en cada extremo por espesas placas de materia plástica blanda y translúcida que se empuja para entrar: allí se trata lo que queda una vez quitada la carne y reciclado el esqueleto, lo que se aprovecha entre la carne y el hueso, allí se trafican el cartílago y la víscera, allí profesa un brain trust de entendidos en tripas que sondean los corazones y los riñones.

Cerca de la entrada opuesta al bulevar, por la parte de los talleres de rotura, una hilera de altos cubos metálicos rebosaba de huesos amarillos y blancos bajo las palideces armonizadas de las farolas. Chopin reconoció allí, aparcado en el seno de una sombra en la esquina de la calle de la Luz, el Opel azul negro del coronel; la línea de cubos se reflejaba en su parabrisas en cinemascopé.

Chopin fue a pararse junto al Opel, quitó el contacto y aguardó. Seguía lloviznando. Pasaron tres minutos al mismo tiempo que tres carretillas elevadoras que alzaban diversos productos cárnicos, luego una silueta fue a vaciar un lote de bóvedas craneanas en uno de los contenedores. Una vez regresó al pabellón, no hubo más movimiento en los alrededores hasta que Chopin vio entreabrirse la portezuela azul. Abrió entonces la suya sigilosamente y la lluvia lo alcanzó apenas, sus pies tocaron apenas el suelo pegajoso, de un brinco se encontró en el asiento delantero derecho del enorme Opel.

El olor dentro del habitáculo era la armonía perfecta del ron de las islas con la madera de las islas y los residuos de habano, del Aramis de Hermès con la arábica;

flotaba una suave música anglosajona sobre la espuma susurrada del aire acondicionado.

—Me gusta este sitio —dijo el coronel Seck—, está animado toda la noche, es profesional, está bien. Tome algo, sírvase. Un puro.

Hundiendo la mano bajo el radiocasete, abrió un oblongo cajón de palisandro que contenía una botella, un termo niquelado, tres frascos y cuatro vasitos metálicos echados en sus envolturas de fieltro. Un poco de café, dijo Chopin, gracias.

—Veber ha llegado esta mañana —anunció el coronel—. El hotel no está muy lejos de aquí, ya verá.

Siguieron unas precisiones relativas a los horarios y medios de comunicación usados por el secretario general. No sé el número de su habitación, lamentó el oficial de cabecera, pero cuento con alguien sobre el terreno, él se lo dirá. Otras dos personas han llegado al mismo tiempo que él, naturalmente, era de esperar. Un fulano con una chica muy entrenados, ya ve a qué me refiero.

La música anglosajona acababa de interrumpirse y el coronel buscaba otra pulsando el dial del radiocasete, cruzándose con todo tipo de músicas que no le satisfacían aunque también con voces bajas lanzadas al éter, disc-jockeys cabalgando el vacío y cuyas inflexiones tensas revelaban la inquietud de hablar solos sin alcanzar a nadie.

—¿Quién es el fulano que tiene sobre el terreno? —quiso saber Chopin.

—Mouezy-Eon —dijo el coronel—. ¿No se acuerda de él? Siempre estará cerca si necesita que le echen una mano. Aunque tampoco le garantizo nada. Mouezy-Eon está acabado. Se cansa.

Seck siguió buscando una música que le gustara sin dejar de hablar. Chopin echó dos gotas de ron en lo que le quedaba de café, luego miró al frente: fuera seguía lloviendo ligeramente, las gotitas se fijaban inmóviles en los cristales, dispersas, necesitaban unirse unas cuantas, sindicarse en una gruesa gota para resbalar alegremente juntas por el parabrisas, en cuyo reverso, dentro del coche, las gotitas de vaho se asociaban con el mismo objetivo. A veces, dos gotas de distinta naturaleza bajaban al mismo tiempo, abrazadas a cada lado del cristal y pareciendo serrarlo. Era interesante, sí.

—Radio de la hostia —espetó el coronel explorando la guantera—. En fin, se da cuenta del cuadro. Quiero saber qué puñeta hace Veber en la zona. Espabílese.

—Mis poderes son limitados —recordó Chopin.

Seck acababa de encontrar un casete que hundió en el aparato.

—Lo sé —dijo—, ¿pero no cree usted que con sus moscas...?

—Ya se lo he dicho —repitió Chopin—, el problema es siempre el mismo. Mueren demasiado pronto cuando se las interviene, ¿entiende? Tendrían que poder durar más tiempo.

—¿No se las podría fortalecer? —aventuró el coronel apuntando a Chopin con la colilla de su puro—. ¿Darles algo?

Desdeñando esta sugerencia, Chopin dijo que lo ideal sería utilizar ejemplares más voluminosos, por supuesto. Estos resisten más. Pero cuanto más abultan, más indiscretos resultan, es el inconveniente con estos bichos. Desde el momento en que se trata de una mosca, enseguida entran ganas de matar. El casete se había puesto en marcha desgranando un popurrí de obras de Engelbert Hemperdinck y Roger Whittaker, una delicia para el gusto del coronel Seck. Su pie golpeaba suavemente el pedal del freno.

—En cualquier caso —prosiguió Chopin—, no puedo creer que no dispongan de algo más perfeccionado. Con todo lo que se hace hoy día.

—Hay otras cosas —dijo el coronel—, las hay. Pero me han cogido desprevenido. Si no, podría disponer de todo, figúrese. Todos los microcañones, los sistemas a distancia, todas las maletas que hacen la tira de cosas, claro que lo tenemos. Pero de momento el servicio está saturado; los colegas lo han cogido todo.

Detrás de ellos, el tráfico de camiones se había multiplicado desde hacía un rato, las idas y venidas de los compradores y vendedores, minoristas y mayoristas, eran un hormiguelo alrededor de los pabellones; y delante de ellos se intensificaba sensiblemente el vaivén de los huesos. El coronel echó una ojeada al Patek-Philippe y hundió su colilla en el cenicero:

—Las cuatro menos diez, será cosa de irse. El pescado no tardará en llegar y habrá demasiada gente aquí. Seamos discretos. ¿Empieza mañana?

En la autopista de regreso circulaban más camiones pesados, caravana casi ininterrumpida que formaba una especie de salvaje convoy militar, desfile mercenario de toldos desaparejados lanzado hacia algún botín de guerra alimentaria, pero luego, en París, estaba bastante desierto. Y a lo largo de las avenidas petrificadas, el motor del cupé resonaba quejumbroso en las fachadas de piedra como gime un hombre solo entre sus cuatro paredes desnudas.

Suzy, por supuesto, no estaba loca de pequeña, simplemente bautizaba a los órganos de su cuerpo: su estómago se llamaba entonces Simon, su hígado Judas, sus pulmones Pierre y Jean. Su corazón cambiaba de identidad a su antojo, habiendo tomado primero a la edad de catorce años la de un tal Robert que había sido el primero en besarla. Suzy había querido mucho a Robert, no era muy hablador, pero desde luego era el chico más guapo de la urbanización. Antes de que lograra besarla de verdad, durante semanas se habían cogido de la mano horas y horas apoyados uno junto a otro en la pared al lado de los garajes, sin hablarse, mirando a los otros que reían de lo lindo haciendo zumbir sus motocicletas hinchadas con éter, luego se acompañaban indefinidamente a través de la urbanización, desde el pie de una torre a otra. Después de Robert, la sucesión de nombres atribuidos al corazón de Suzy ya era algo confusa, se acordaba del hermano de la inglesa con quien se escribía, luego del hijo de un oficial de gendarmería, bastante morenos en general, entre ellos un monitor de natación algo blandengue, pero muy, muy divertido. Gérard.

Cumplidos los veinte años, lejos de Blois, algunas historias más largas habían puesto en escena particularmente a dos pintores, Charles Esterellas y Eliseo Schwartz, artistas cuyos retratos de Suzy Oswald, al hilo de sus cambios de domicilio, no sabía nunca dónde colgar. El de Esterellas, con fondo de altos hornos, encontraba bastante pronto sitio en el vestíbulo, pero la cosa se complicaba con la obra de Schwartz, un desnudo en la ducha que Oswald se negaba a exponer en el salón, lo mismo que en el dormitorio o en el cuarto de baño, naturalmente. Suzy vista así por sus antiguos amantes, a la vista de todo el mundo, y ante los ojos de Oswald, era algo que parecía un poco gordo al matrimonio Clair, que se arreglaba, sin embargo, para no deshacerse de ellos. El desnudo en la ducha pasaba, pues, algún tiempo en un rincón, de cara a la pared, luego lo instalaban mejor en el fondo del ropero, donde a los pocos meses iba a reunírsele de todos modos el alto horno.

Al mudarse a la calle de Rome, Suzy había metido todos los cuadros, sin desempaquetarlos siquiera, en el fondo del nuevo ropero, y durante los seis meses siguientes a la desaparición de Oswald no había colgado nada de las paredes. Luego, muy progresivamente, fueron apareciendo una postal, un dibujo de Jim, apoyados contra unos libros o en la chimenea, las dos reproducciones de su cuarto y la foto de los maharajás clavada con chinchetas encima del escritorio.

Hacia las diez se había instalado ante su mesa de trabajo, un par de caballetes de hierro que sostenían una gruesa placa de vidrio en la que había objetos igualmente transparentes —el ladrillo de vidrio del cenicero, el agua mineral en su envase de plástico— así como otros más opacos: el papel blanco, la máquina negra y el transistor rojo por el que, en aquel momento, Gerry Mulligan soplabla aire fresco.

Suzy trabajaba rápida y sin corregir nada. A través de las ventanas cerradas, el ruido de la ciudad le llegaba como la sordina de un monstruoso piano repetitivo: la mano izquierda del artista, mediante acordes continuos, evocaba el zumbido grave de los rumores mientras que la derecha improvisaba sobre los motivos tintineantes y veloces, agudos y precisos, suministrados por los golpes de parachoques o los cláxones en la calle de Rome, las roturas de cristales en el taller de espejos. Timbre del teléfono sobre todo ello.

—Soy yo otra vez —dijo Frédéric—. ¿Puedo pasar? Estoy con un amigo, cerca de su casa. No estaremos mucho rato.

Abrir y cerrar la ventana, y ya estaban allí. El amigo de Frédéric era un joven alto, muy flaco y tímido, con una cabeza de alazán peinada a cepillo complejo, cola en la nuca y en la frente tres mechones escalonados y ondulados; su corte de cabello debía de constituir un capítulo aparte en su presupuesto.

—Le presento a Lucien —dijo Frédéric—; ha sido una suerte increíble. Cuéntalo, Lucien.

Evitando mirar a Suzy a la cara, se puso a hablar: su voz alta, algo mellada, parecía producida por golpes de glotis oxidada, y su relato pululaba de pausas penosas, comas y puntos y comas durante los cuales tragaba un poco de saliva haciendo muecas, con un doloroso chirrido de sifón y largas idas y venidas de la nuez de Adán. Acabado su discurso, aspiró por la nariz ayudándose con la base del pulgar, punto final discreto, antes de examinar en silencio uno de sus pies. Suzy lo observaba con curiosidad.

Pero, dígame, preguntó suavemente, ¿cómo puede saber todo eso? Lucien miró con espanto, torció la boca, y se volvió hacia Frédéric. No puede decírselo, aseguró Frédéric paternalmente. Cosas confidenciales que ha sabido por casualidad, por su trabajo. Si se supiera que cuenta esto podría perder su trabajo. Incluso con su cabello. Pero no vamos a estorbarla más tiempo.

Suzy se levantó de su butaca un segundo más tarde que ellos, mirando brevemente a su alrededor, como si fuera a bajar de un tren, para estar segura de no olvidar nada. Los dos jóvenes habían salido de la estancia, la esperaban ya al final del pasillo, con otro segundo de retraso se unió a ellos para abrirles, y detrás de la puerta estaba Chopin, el índice levantado, pronto a llamar. Suzy cerró los ojos. ¿Pasa algo?, preguntó Chopin.

Se apartó, dejando pasar a los jóvenes que lo saludaron, se despidieron con corrección y se alejaron hablando en voz baja. Suzy vio que Lucien se volvía hacia ella justo antes de llegar el ascensor. Luego no parecía estar muy atenta, cuando Chopin le anunció que tenía que ausentarse unos días, una semana como mucho, una obligación: profesionalmente se veía forzado a asistir, en Marsella, a un seminario dedicado a distintos parásitos, chinche de las camas, polilla de la ropa, piojo del

cuerpo. Le dio por bromear sobre la sexualidad aberrante de la chinche de las camas, que alcanza la felicidad genital perforando a su pareja en el curso del acto, pero tampoco parecía muy seguro de sí. ¿Pasa algo?

Callaban, de pie en medio del salón, Chopin estrechaba a Suzy, hundidos los ojos en sus cabellos, sin atreverse del todo a preguntar qué pasaba, quiénes eran aquellos jóvenes individuos con los que acababa de cruzarse. Los ojos de Suzy estaban abiertos, fijos en una cosa cualquiera, translúcida, blanca, invisible para el común de los mortales por encima del hombro de Chopin. Sin embargo, casi inmediatamente después se hallaron en la habitación de Suzy, quitándose rápidamente la ropa como en una playa cuando desde el agua viva nos llaman y corremos, las sábanas se enrollan en olas, y nos zambullimos, flotamos y nadamos mucho rato, braza mariposa y braza de pecho, luego agotados volvemos, caemos en la arena entre los nudos de toallas, silenciosos y empapados permanecemos tendidos llenos de arena y sal, y luego de sudor, ardemos, se nos cierran los párpados bajo el dosel del cielo reluciente, bajo el dosel de la cama.

El martes por la mañana, maleta y maletín en mano, Franck Chopin se presentó en el vestíbulo del Parc Palace du Lac. Mientras el recepcionista comprobaba la reserva, Chopin fotografió con la mirada las llaves de las habitaciones colgadas del tablero para fijar su retrato robot.

Reservada por la secretaria del coronel a nombre de Bernard Blanchard, la habitación adjudicada a Chopin asociaba elementos de hostelería francesa tradicional (parquet brillante, muebles antiguos, grueso edredón) y de confort ultramoderno tradicional (ducha pulsátil con modulador de chorro, persianas y cortinas con mando a distancia, circuito de vídeo de películas pornográficas blandas). El papel pintado de las paredes representaba un motivo de flores discretamente tricolores, repetido en la tapicería de los sillones y el cubrecama.

Haciendo resollar el edredón, Chopin colocó su maleta en la cama, la abrió, sacó su neceser: entre las púas del peine cogió uno de sus cabellos que dejó pegado en la puerta del armario después de guardar en él su maletín. Luego estuvo un ratito delante de la ventana desde donde se distinguía bien la superficie del lago, espejo moteado de embarcaciones ligeras, antes de bajar de nuevo a la planta baja. Por asociación de ideas, Chopin echó una breve ojeada a sus sienes en el espejo del ascensor —algunas noticias del frente de la caída del cabello.

Alrededor de diez clientes se hallaban a aquella hora en la terraza, en las butacas blancas repletas de cojines vivos. En medio descansaban, repantigados, dos o tres nababs cuyo rostro cobrizo de ultravioleta denotaba la holgura, la usura, acompañados de secretarias tetudas y esposas con vapores. Aparte, cerca de las balaustradas, se crispaba una bella dama de mirar extraviado, muy nerviosa y muy bien vestida, que otra dama más vieja y más fea consolaba. Más cerca de las escaleras había también una pareja ilegítima acompañada de un setter especialmente pegajoso, interpuesto siempre como una mala conciencia: para tocarse y besarse tenían que evitar constantemente a aquel perro, apartar a aquel perro, abrirse paso por el no-perro. Bajando los brazos, los amantes acabaron levantándose para alejarse por el parque, acompañados por el animal incansable que saltaba entre ellos, haciendo cabriolas por entre los chopos. Habiendo permanecido cerca de las puertas del hotel, bajo el abanico de cristal, Chopin los siguió con la mirada.

Al pie de la terraza, sentado en su silla de tijera, un acuarelista de edad madura manchaba con pequeñas pinceladas un papel de marquilla fijado en un trípode. Uno de los bandazos del setter estuvo a punto de tirar el caballete, por lo que el amante exasperado se puso a amenazar discretamente con la perrera a aquel animal que no dejaba de seguirlos, que les aguaba la estancia. Chopin abandonó la entrada del Parc Palace, cruzó la terraza y bajó las escaleras en la misma dirección.

El acuarelista, visto de cerca, no parecía mucho más viejo que los nababs repantigados, pero el efecto de la edad había sido mucho mayor en él, mucho más gris. Vestido de beige, pintaba, su mirar cansado se posaba alternativamente en su modelo y en su obra, con un brillo de asombro desolado, como alguien que se levantara de un knock-out. Ahora, inmóvil, mantenía suspendido el pincel. Chopin se detuvo detrás de él: en un estilo aplicado, la acuarela representaba la fachada del hotel con sus altas puertas acristaladas, sus hileras de ventanas cerradas cuyo detalle suponía horas de trabajo. Sin duda instalado desde por la mañana muy temprano, el artista no debía de haberse perdido ninguna de las idas y venidas de los huéspedes que muchas veces aflojaban el paso a su altura, echaban un vistazo crítico a la obra y luego una mirada de control a la fachada antes de alejarse.

Chopin no se alejó. Pasaron diez segundos justos y el otro se animó: mojando con agilidad el pincel en el color, en pocos trazos hizo que se abriera una ventana del primer piso, en su cristal, por un momento, hasta zigzagueó un reflejo de luz. Luego apareció en el vano un personaje furtivo, móvil, muy rápidamente trazado, breve intrusión del dibujo animado en la naturaleza muerta, y que desapareció casi al instante en un redondel negro como hacen Loopy the Loop y Woody Woodpecker al final del episodio (*That's all, folks!*). Justo el tiempo de cambiar de color y con tres nuevos trazos la ventana se cerró, la fachada recobró su calma de acuarela y nada había pasado. Chopin dejó transcurrir otros diez segundos y luego subió al hotel sin dirigir ni una mirada a la ventana en la que acababa de agitarse, bajo los dedos volubles de Mouezy-Eon, la efigie de Vital Veber. Ahora a trabajar.

El cabello amarillo no había cambiado de sitio en el surco del armario, del que Chopin sacó su maletín. El interior de aquel equipaje estaba dividido en compartimentos: así, doce moscas vivas y jóvenes revoloteaban en un receptáculo de tela metálica, otras tantas larvas yacían al fondo de otro de plexiglás. Diversos alveolos contenían finas herramientas puntiagudas, algunos tubos y frascos, lotes de componentes electrónicos ínfimos, y tres compartimentos más amplios contenían un receptor HF con magnetófono incorporado, un microscopio, así como una lámpara escialítica frontal. Después de lavarse las manos, Chopin sacó el material, pasó revista a las moscas y eligió tres ejemplares robustos.

Lo difícil era coger el insecto pero una vez agarrado, volcado y sujeto bajo el objetivo del microscopio, con los músculos motores de sus alas y patas inhibidos por presión mesotorácica, le resultaba facilísimo a Chopin implantarle un micrófono en el metasterno, bien centrado entre los balancines —no era más complicado que instalar el radar, treinta años antes, por la tarde al salir de la escuela, en un modelo reducido de Messerschmidt o Spitfire a escala 1/72.

Una vez intervenidas, las moscas volvieron a su jaula pesadamente, a sacudidas, rebotes, claramente atontadas por el trauma operatorio. Después de permanecer

quietas un buen rato para acostumbrarse a aquel nuevo lastre, dos de ellas acabaron despegando de nuevo, reeducándose, con breves vuelos curvos, reconstruyendo luego poco a poco su acostumbrado recorrido quebrado por el aire. La tercera no se levantó; tras intentar en ella algunas estimulaciones, miniaturas de masajes cardíacos, Chopin recuperó el micro de su cadáver antes de aislar a los dos ejemplares más resistentes, esta vez cada una en su celda individual para evitar que acoplándose estropearan el sistema. Después buscó direcciones de floristas en la guía telefónica, y la más próxima estaba en Valenton. Del mismo modo que veía a veces las películas de la televisión únicamente para contemplar a Marianne, que las presentaba, Chopin se procuró, en una tiendecita de periódicos de la entrada de Valenton, una revista de modas en la que Carole publicaba sus fotos. Pero ¿a cuál querría realmente, a Marianne, helada tan pronto abandona los focos del estudio, o a Carole que así que deja los suyos levanta su copa profiriendo Champán? ¿Podría con una de ellas muy pegada a él intentar visitar a sus padres, a los que llevaba veinte años sin ver? No, no, no.

Tardó dos horas en ir y volver de Valenton. Al salir de la floristería, adquirió asimismo en una papelería un rollo de cinta adhesiva azul, luego almorzó un Paris-beurre en la barra de un café que hacía esquina, hojeando la revista junto a un individuo joven y una chica alta teñida que consideraban según decían la vida tras la muerte: la reencarnación, resumía el individuo, por algo será. Solo, al fondo del local, un sordomudo monologaba en su lenguaje cifrado, moviendo discretamente los dedos por debajo del velador. Diestro en los códigos más corrientes, Chopin entendió que el hombre machacaba un problema conyugal, luego el del cobro de un subsidio, complicado con una cuestión de atrasos.

Al regresar al hotel, Chopin se encerró dos horas más en su cuarto para completar su dispositivo, luego bajó a dar una vuelta. Estaba a punto de caer la tarde, ya se empezaban a pedir las primeras copas en el bar, en cuyo fondo, ante un platillo de cacahuets y dos botellitas de agua mineral Vittel, estaban sentados los guardaespaldas del secretario general. Chopin los identificó como tales instantáneamente.

La guarda de una espalda de secretario general no era por supuesto la primera misión de Perla Pommeck ni de Rodion Rathenau. No eran unos principiantes. Rubia, de cejas muy oscuras, salida de un biotopo acomodado, Perla se había pasado los diecisiete primeros años de su vida en las playas elegantes de diferentes mares interiores. Plebiscitada miss Sebastopol en agosto de 1980, había sido reclutada a partir del mes de octubre siguiente por los servicios especiales que la formaron, al principio, para la corrupción de mandamases de embajadas. Sus dotes de vampiresa resultaron imperfectas, por lo que la reconvirtieron un año más tarde a las técnicas de protección directa mediante un entrenamiento intensivo acompañado de anabolizantes. Su lenguaje era bastante crudo.

Rathenau, por su parte, debe su carrera a la compensación de un hándicap infantil. Nacido prematuramente, víctima muy pronto de una avitaminosis severa, tan raquítrico y frágil que en la escuela lo llamaban amablemente B 12, al llegar a la adolescencia juró desarrollar desmedidamente su musculatura. Masajistas y monitores deportistas fueron desde entonces sus únicos maestros, hasta que adquirió una morfología de acero. Por desgracia, una vez integrado en el mundo del espionaje, sus jefes no juzgaron necesario modificar su antiguo mote, estimando, con la mayor desesperación por parte de Rodion, que B 12 constituía un nombre de código del todo adecuado al estilo de la institución.

Después de evitarlos, Chopin salió del Parc Palace y dio una vuelta al edificio hacia el campo de golf, cruzando el green en dirección al lago. Dos embarcaciones ocupaban una ensenada minúscula delimitada por cinco metros de muelle: un fuera borda enano, raíz cuadrada de lancha motora, y un pequeño transbordador bordeado de barandillas de cuerda con bancos fijados a la cubierta bajo un toldo de lona rayada. Más allá, reflejados en el agua del lago, los aviones grises y blancos del aeropuerto cercano se sucedían en el cielo, cada uno por su pasillo sin interrupción.

Chopin pasó allí un cuarto de hora escaso, luego antes de regresar a su cuarto se volvió de cara al hotel: unos chopos ocultaban el dorso del edificio hasta el segundo piso, por encima del cual localizó la ventana de su cuarto. Y en el primero, en la sala de trabajo acondicionada la víspera en la suite del codificador, Vital Veber acababa de cerrar el voluminoso expediente noreste.

—Basta por hoy —suspiró—, ya está bien. No puedo más. ¿Le apetece venir a tomar algo en mi suite?

El codificador dio su opinión mientras recogía los documentos dispersos, luego cruzaron la planta hacia la suite de Veber, que se dejó caer enseguida en un sillón mientras el otro preparaba los vasos. Con los ojos cerrados, el secretario general parecía realmente cansado, su cuerpo entero pesaba sobre los brazos del sillón,

mantenía entre dos dedos la base de su nariz. Alguien llamó a la puerta.

—Sea amable, vaya a ver quién es —dijo Veber sin abrir los párpados.

Era un botones rojo y oro oculto tras un enorme ramo de flores, una aleluya de gladiolos púrpura envueltos en un estuche de celofán hermético y bolsiforme, que cerraba una ancha cinta con un lazo complicado; las trenzas y espirales de la cinta caían formando tirabuzones como bucles, temblorcillos de rúbrica ampulosa. Veber abrió un ojo y preguntó ¿qué es eso?, ¿para quién es?

—Para el señor Veber —dijo el botones.

—¿No lleva tarjeta?

El codificador lo había cogido, lo hacía girar diciendo no, no hay tarjeta.

—Devuélvalo —dijo Veber con voz cansada—. O no, deje, ya me encargaré yo. Así me relajaré. Vamos a ponerlo allí, eso. Pero haría falta un jarro o algo parecido.

El botones volvió con un jarro, un cono truncado de cristal muy sencillo que fue a llenar al grifo de la bañera mientras Veber deshacía el envoltorio, liberando a las dos enviadas especiales de Chopin que empezaron a libar enseguida la banda sonora. Con las manos atrás, el codificador seguía la operación. ¿Ha visto la mosca?, dijo. ¿La qué?, preguntó distraídamente Veber extendiendo los gladiolos en haz, no, no. Luego colocó el ramo en el jarro y lo estabilizó con amortiguadores de asparagus. Dos pisos más arriba, con un par de auriculares fijados en los oídos, Chopin se alegraba de saber que le gustaban las flores.

Al marcharse el codificador, el secretario general se acabó su vaso y se aseó un poco antes de ponerse un batín cruzado, ceñido con un cordón y forrado con muletón, sobre un pañuelo anudado en forma de chorrera. Dio unas vueltas por la habitación, arqueando el cuerpo, las manos en los bolsillos del batín. Estos estaban cosidos un poco altos y los codos le sobresalían a ambos lados del busto abombado como alas atrofiadas, alones de pingüino. Chopin, de momento, no grababa nada interesante: ruidos de cuentagotas y cepillo de dientes, suspiro, interjecciones breves.

Vital Veber se detuvo cerca de la ventana y la abrió, tal como lo había representado unas horas antes Mouezy-Eon, a quien, por lo demás, vio, sin prestarle mucha atención: el acuarelista no se había movido de su sitio al pie de la terraza, reproduciendo obstinadamente el hotel hasta con los últimos resplandores del día. Chopin oyó el ligero crujido de la ventana, y poco después los sonidos ambientales totalmente distintos —soplos del viento, canto de los pájaros, silencio de la altura— vinieron a confirmar sus temores: evadidas de la habitación de Veber en cuanto abrió la ventana, las moscas retransmitían ahora en directo desde el parque. Renegando quedamente entre dientes, Chopin se quitó los auriculares, guardó el material y bajó al bar a tomar una copa como todo el mundo.

Al fondo del vestíbulo y justo antes de la entrada del bar se extendía un espacio sin vocación precisa, que debió de llamarse salón de fumar en otros tiempos. Allí se

hallaban expuestos una docena de cuadros, obras de autores distintos y que representaban todos el Parc Palace du Lac, en conjunto o en detalle: la fachada pero también el jardín de invierno, un fragmento de terraza, un lienzo de pared. Entre todos Chopin reconoció rápidamente, por su hacer escrupuloso, una obra inédita de Mouezy-Eon; el marco era totalmente nuevo, la pintura apenas estaba seca, no hacía mucho que estaba allí. Una ventana sombreada, en la parte posterior del edificio, había movilizó muy especialmente la inspiración del artista. Chopin la grabó en su memoria antes de trasladarse a la sala del bar.

Una pianista madura oficiaba allí, rizada con permanente milimétricamente, teñida y lacada con spray. Yacimiento opulento de perlas y dientes artificiales, desgranaba el estribillo de *September song* al entrar él. Dos de los nababs que había visto por la mañana en la terraza bebían Pimm's en la barra con sus secretarias, y al fondo de la sala seguía estando Rodion Rathenau, pegado al mismo asiento, engordándose con cacahuets y rociándolos con agua mineral sin gas. Chopin se colocó no lejos de los nababs, cogiendo algunas briznas de su conversación (¡Anda! ¿Conque ha dejado al norteamericano?) y observando detalladamente el mobiliario de cuero y maderas enceradas. En las paredes, unos grabados antiguos representaban caballos ingleses, media sangre tarbeses y trotadores Orloff, y al otro lado de la barra todo era accesorios brillantados, patinados, barnizados, que los barmans immaculados manipulaban sacerdotalmente. Resultaba descansado, la música era descansada. Chopin pidió un Bronx.

Al llegar al cuarto Pimm's era ya hora de ir a cenar. Las copas se habían vaciado de su contenido, el bar del suyo, ahora había que preparar un primer informe para el coronel Seck.

Una hora más tarde, el Karmann-Ghia aparcaba pues en la esquina de las calles Lafayette y Bleue, delante de una cabina telefónica. Es un barrio de oficinas principalmente: allí la vida nocturna no existe casi, hay pocas luces en las ventanas pasadas las ocho y pocos transeúntes, salvo algunos turistas europeos bebidos y contentos de volver por fin al hotel. Chopin entró en la cabina. A través de sus paredes de cristal inspeccionó los dos sentidos de la calle Lafayette, como para asegurarse de que nadie iba a verlo descolgar el aparato. Sólo que no descolgó: formó únicamente con la mirada el número de Suzy Clair en el disco de llamada. Sacando del bolsillo el rollo de cinta adhesiva azul, cortó rápidamente un cuadrado que pegó bajo el cuerpo del aparato antes de salir de la cabina.

A cien metros de allí se halla una pequeña sala de cine donde reponían *Planeta prohibido*, película que gustaba a Chopin y había sido rodada en 1956 por Fred Mac Leod Wilcox; le quedaba justo el tiempo de comer algo antes de la sesión de las diez. En una cervecería próxima se tomó una Bass con un par de salchichas cuya piel recia, sintética como nailon, producía chirridos inquietantes al rasgarse bajo los dientes.

Chopin volvió, pues, a ver *Planeta prohibido*, en la que se ve en particular la desintegración de un tigre en pleno salto, gracioso con el tecnicolor recién inventado. Al salir de la sala, dio un rodeo por la cabina telefónica antes del volver al coche. Buscando con la yema de los dedos por debajo de la máquina localizó el cuadrado de cinta adhesiva, más liso y tibio que el metal. Lo despegó con la punta de la uña y luego lo observó: su color se había transformado. Acuse de recibo del cuadrado azul según el código habitual, el tono amarillo de este le indicaba que el coronel acudiría a la cita, aquella noche, en el mismo lugar y a la misma hora que la última vez.

Durante el regreso, Chopin conservó el cuadrado amarillo distraídamente pegado en la yema del dedo, así, restregándolo como una piel muerta o un viejo esparadrapo. Y en su habitación del Parc Palace, al ir a inspeccionarlas, se encontró con que otras dos moscas estaban difuntas. Las larvas no estaban de momento bastante maduras, por lo que no dejaría de plantearse el problema del relevo.

Una vez aparcado, tres horas más tarde, ante el pabellón de los despojos, Chopin no aguardó esta vez a que le entreabrieran la puerta del Opel: montó directamente en él. Pero en lugar del coronel Seck se hallaba al volante otro hombre, hojeando pacientemente una revista de deporte cerebral: Chopin reconoció enseguida al excombatiente Fernández, trasladado de la capilla expiatoria al coche del oficial. Con la sustitución del quepis por una gorra, su uniforme de guarda constituía una librea de chófer muy correcta, la paciencia es atributo de ambas profesiones. El radiocasete estaba funcionando.

—El coronel ha salido un momento —dijo Fernández mostrando el pabellón—, está ahí. No tardará.

—Bueno —dijo Chopin—, lo esperaremos.

Como la otra noche, de vez en cuando pasaban hombres que iban a vaciar los cráneos partidos, los esqueletos desmembrados en los altos contenedores: a fin de cuentas, como antes, Fernández vigilaba huesos.

—Conque —dijo Chopin—, ¿se acabó el jardín Luis XVI?

—Un antiguo compañero que buscaba algo —explicó Fernández—. El coronel ha consentido en hacer un gesto, es muy bueno, me ha tomado con él. Ahora el compañero me sustituye allá.

A aquellas horas la radio sólo transmitía, en voz baja, algunas confidencias de oyentes desesperados: al otro extremo del teléfono, la animadora de voz ronca era una madre para ellos, y parecía siempre a punto de susurrarles consejos asquerosos. Bueno, dijo Chopin, voy a ver qué hace. Salió del coche y se dirigió a la entrada del pabellón.

Pasada la separación de plástico impermeable estallaba bruscamente el tumulto infernal de las tripas: decenas de hombres de caras rojas y blancas, vestidos de blanco y negro, se interpelaban cortando músculos y seccionando tendones, esculpiendo vísceras mientras proferían cifras alrededor de sus mesas abarrotadas de barreños de hígados, bolsas de corazones disponibles, seminarios de sesos y multitud de pies, alineaciones de lenguas sacadas de lo invisible, pulmones a punta pala y riñones a porrillo, quintales de mollejas, toneladas de bofes, millones de bazos y billones de mejillas rojas estampilladas con un sello verde. Chopin buscó con la mirada la alta figura oscura del coronel Seck en medio de aquella muchedumbre, luego empezó a cruzar el edificio longitudinalmente.

Vistos de cerca, los triperos no parecían febriles, ni siquiera daban la impresión de trabajar demasiado, hablan apaciblemente de los órganos entre ellos, se muestran los que exponen, los evalúan, los comparan, los desplazan, de vez en cuando alguien coge uno y lo parte en dos, para ver. A veces pasa uno y pronuncia una cifra, se guiña

un ojo y se cierra el trato, así son de imperceptibles los negocios instantáneos.

Al final del pabellón, salían violentas ondas de choque de los talleres de tortura de cráneos, distribuidos por una breve red de corredores. Allí encontró Chopin al coronel Seck discutiendo con un empleado oriundo de Malí en la entrada de su taller, cerca de un alto cubo de líquido humeante. El coronel parecía muy en forma, a gusto con el tráfico de los cráneos sin sesos. Le presento al señor Touré, dijo, que se dedica a partir cráneos, acabamos de conocernos. Su interlocutor sonreía, vestido de negro con altas botas blancas, su cota de malla brillaba con reflejos dorados en su pecho. La mano de pianista boxeador que le tendió a Chopin llevaba también un guante de hierro.

El coronel Seck explicó que vaciar las cabezas de cordero de sus sesos era la profesión del señor Touré, que tenía precisamente la intención de enseñarnos el trabajo, las herramientas, en definitiva cómo operar, pero desgraciadamente en este momento tenemos cosas que hacer, lamentó el coronel. Volveremos.

—¿Qué? —preguntó en cuanto salieron del pabellón.

—Poca cosa —reconoció Chopin—. El sonido no era muy claro y, de todos modos, Veber ha abierto la ventana, han salido enseguida, naturalmente. —El coronel hizo una mueca—. Se lo había dicho, ¿eh?, se lo había advertido. En fin, procuraré introducir otras mañana, pero creo que está muchas veces en la otra suite, en la del codificador. Ya sé dónde está, por Mouezy-Eon.

—¡Ah, sí —dijo el coronel—, Mouezy-Eon! ¿Ha visto su pintura?

—A la fuerza —dijo Chopin.

—Está bien lo que hace —juzgó el coronel—, ¿no? Una delicia, en mi opinión. Un verdadero talento. ¿Sabe que también esculpe?

—No —dijo Chopin.

—Llevo años aconsejándole que haga una exposición, pero es tremendo, no quiere. Bueno, no digo una galería de buenas a primeras, por supuesto, pero por ejemplo un restaurante, no sé, un centro comercial por el que pase alguna gente para empezar. Incluso en los bancos, en mi agencia de Wagram lo han hecho para un pastelista. En fin, peor para él. ¿No quiere que demos una vuelta?

Anduvieron un rato por un borde de la avenida circular, a lo largo de la cual unos cafés-restaurantes enteramente acristalados muestran a cualquier hora su contenido, desde todos los ángulos, como en un acuario. Sin oírla, se ve a la gente reír, pedir, exclamar como si estuviera cortado el sonido, o como un drive-in tridimensional que proyectara una película muda ante hileras de furgones vacíos y camiones pesados ciegos. Dos edificios altos dominan la zona, la fábrica de hielo y la torre administrativa que se adivinaba apenas en la niebla nocturna por la parte de la entrada norte. Todas las plantas de la torre estaban a oscuras salvo la última: permanencia de bigote sobre colilla, un agente de civil vigila a todas horas igualmente, en sus propias

pantallas, las salidas del mercado de interés nacional así como sus cruces y sus puntos sensibles, no siendo los menos importantes los sótanos y las salas de las cajas fuertes de los veinticuatro bancos alineados a sus pies.

Mientras andaba, el coronel buscaba en sus bolsillos: tras la pantalla nacarada del pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta surgió la silueta perfil Shrapnel de un Montecristo n.º 2 cuya extremidad hizo saltar con un golpe de su llavero con pinza. Lo humedeció observando nostálgicamente el cielo hendido por un vuelo París-Niamey, luego se sentó para encenderlo en el estribo de un quince toneladas.

—Volvemos a nuestro asunto —dijo exhalando un largo estrato—, parece ser que Veber va a recibir una visita. Quizá mañana por la noche. Si pudiera echar un vistazo...

—¿Se sabe quién es?

—No muy bien. Una mujer, creo.

—Normal que haga ir a chicas —juzgó Chopin—, al fin y al cabo está de vacaciones.

El coronel meneó la cabeza mientras seguía fumando. Chopin, de pie, miraba al quince toneladas. Precisamente la cabina de aquel camión rebosaba de chicas: fotos, dibujos, banderines, estatuillas y calcomanías de tías formidables, cubiertas en el peor de los casos con un bikini. La que estaba pintada en la puerta encima del coronel, vestida sólo con botas ceñidas y una chaquetilla con flecos, cabalgaba en el sentido de la marcha una motocicleta Electroglide y el viento de la carrera le abría la chaquetilla: pechos únicos y labios eternos, seguro que sería a una chica como esa a la que recibiría Veber. Siendo secretario general, no cuesta nada procurarse tan irreales criaturas.

—¿Merece la pena grabar en tales condiciones? —observó Chopin—. ¿Hay algo más convencional que una cinta de sexo?

—No sé —dijo el coronel levantándose—, no se sabe nunca. Suelte de todos modos uno o dos bichos, para ver qué pasa.

Reemprendieron la marcha. Dejando el sector de las carnes y luego el de las frutas y hortalizas, dieron la vuelta a almacenes más pequeños que abundaban en alimentos variados, pabellones de carácter general en los que el comercio mediano se dejaba tentar por el pequeño. Descubrieron al fondo de uno el uniforme de Fernández negociando discretamente la compra de un foie-gras de oca; el coronel gruñó, se lanzó sobre su nuevo chófer y le arrebató el órgano amonestándolo violentamente. Las voces de su coronel de cabecera preocupaba a Chopin.

—Podríamos ser más discretos, ¿no cree?

Volvieron a los coches, cinco metros delante, avanzaba Fernández, enfurruñado, con la cabeza hundida entre los hombros.

—No tenga miedo, no hay peligro —sonrió el coronel Seck haciendo saltar el

foie-gras en el hueco de su amplia mano—, aquí estamos tranquilos, como papá dentro de mamá.

—No hablo por mí —precisó Chopin—, sino por usted. Podrían conocerlo, pueden reconocerlo.

—¿Dice eso porque soy negro? —supuso el coronel.

Chopin se encogió de un tercio de hombro.

—Nos vemos el jueves —anunció el oficial—, el jueves a mediodía, Mouezy-Eon le hará saber dónde. Si antes, problema, celo azul cabina calle Bleue. ¿De acuerdo? ¿De qué año es su coche? Se ven pocos así.

Después de marcharse el Opel, Chopin inspeccionó uno de los contenedores abarrotados de huesos amarillentos ribeteados de jirones rojos y blancos coalescentes: acorazados azul ultramar, esmeralda o humo según su arma, escuadrones de moscas carnívoras patrullaban allí sin cesar. Chopin se inclinó, estuvo inmóvil seis segundos sin respirar, y viva, como un calambre, su mano derecha hendió el aire impuro y seis segundos más tarde abría con la izquierda la puerta del Karmann-Ghia. Ya en su puño cerrado sentía el picor por dentro, le tamborileaban los nuevos elementos en la palma y en la sutura de los dedos. La guantera contenía siempre una jaulita de gasa de latón. Chopin hizo entrar en ella a las moscas contándolas, una tras otra como en un corral: siete de golpe. No estaba mal.

Tamizada por los visillos de punto de Tulle y los cristales a prueba de balas, la luz entraba afectuosamente en el despacho de Maryland. Con los ojos brillantes, el rostro agotado por la falta de sueño, el coronel Seck relataba su noche.

—En fin, lo veré el jueves —concluyó—. Todavía no he decidido dónde exactamente. No lejos de aquel hotel, siempre por la misma zona.

Acababa de aparecer un conserje, trayendo un opulento piscolabis en la bandeja corlada que colocó en una mesa baja entre ambos. Maryland atrapó, en el acto, tres fresitas precoces que se zampó groseramente de un bocado. El coronel se interrumpió, observando sin indulgencia el hilo rosado que se escurría por una de las comisuras de su interlocutor. Siempre cuidadoso de su aspecto, reprobaba tanto aquellos modos bastos como la presencia crónica de manchas de ceniza, o de algo peor, en el traje gris siempre demasiado arrugado del alto funcionario. En su lugar, él no haría esas cosas.

—Quizá el gran cementerio de al lado —prosiguió—; está bastante tranquilo los días laborales.

—Usted verá —engulló Maryland—. ¿Está realmente seguro de ese tipo?

—Hombre —dijo Seck calibrando el huevo en revoltillo—, es cierto que no ha servido mucho. Pero eso no es grave, no es malo y, en definitiva, está allí más que nada para quedar bien.

El teléfono sonó muy discretamente, Maryland lo cogió, dijo que del Japón ni hablar, luego aplastó su Gauoise amarillo antes de untarse un bollo con mantequilla. ¿Qué sabe hacer exactamente?, insistió.

—Un sinfín de cosillas —aseguró el coronel—, se quedaría asombrado. Es un científico, pero no crea usted, de lo más mañoso al mismo tiempo. No puede imaginarse lo hábil que es con los dedos.

Después de vaciar el té con leche con gesto brusco, que ocasionó un nuevo reguerito beige por la otra comisura, Maryland fijó en el coronel una mirada dura:

—¿Y sigue pensando en marcharse usted, así, al término de la operación?

—Siempre he sido leal al servicio —recordó el coronel—, ya lo sabe. Lo cual no obsta para que tenga mis convicciones, como igualmente sabe. Por supuesto que me voy. De todos modos es bueno para la operación, así lo esencial pasará desapercibido. Además, allá, al menos, me resultará más fácil ir a África siempre que quiera.

Maryland desarrolló una mímica escéptica mientras extendía una barbaridad de mermelada en el pan.

—Allá usted. Con tal que no salgamos perdiendo.

—Todo irá bien —dijo el coronel Seck—, cuente conmigo.

Y sobre las doce el coronel salió del ministerio, los ojos le escocían un poco aún,

pero se sentía fuerte, seguro y dueño de sí mismo. Le complace definitivamente la idea de marcharse. Lo único es que querría ganar o perder un poco de dinero al menos antes de mudar de aires. Entonces sube en su coche y le da la orden a Fernández, que no puede con su alma, de llevarlo a la calle de Heliópolis, hacia el salón verde de un club de juego privado. Es uno que, noche y día, frecuenta mucha gente, hombres morenos de esmoquin ceñido y cabello lustroso peinado hacia atrás, mujeres rubias de mirar remoto y profundo con la espalda escotada, los clientes muestran siempre una gravedad total, sólo sonrío excepcionalmente y con ferocidad algún que otro miembro del personal, excluidos los croupiers.

Pasados los cortinajes de terciopelo, el coronel bordeó dos grupitos de jugadores de dados; al otro lado del bar jugaban al ferrocarril, al bacará, más lejos zumbaba una ruleta en un rincón, y luego la bola en un rincón mayor. Habiendo elegido su mesa en el salón verde, formada por el tenor Fred Vauvenargues y Karlheinz Schumann, seductor y jugador profesional de renombre, con un rico industrial químico del departamento Bouches-du-Rhône en el papel de primo, pidió una copa de champán y un juego nuevo. Le tocaba dar a Vauvenargues.

Me gusta dudar sobre la suerte de las cartas, pensó el coronel Seck, igual que me gusta volverlas, como me gusta abatirlas. Pero dejó allí su contento: el artista lírico acababa de darle una variedad de juego bastante estéril sin ninguna pareja, lo mínimo que podía hacer era concentrarse, encima de su cabeza un letrero recordaba a los SEÑORES jugadores de póquer que se ruega SILENCIO.

Entretanto Chopin se dedicaba a su nueva provisión de moscas, seleccionando las más aptas por el vigor de sus aletazos —identificados como señal de alegría, ya en 1822, por el abate Pioger— e implantándoles un pequeño micrófono.

A última hora de la mañana, estaban vacías las plantas del hotel, recorridas únicamente por las camareras de piso, sus voces sonaban fuertes en el desorden húmedo de las habitaciones empañadas aún con emanaciones de jabón, betún y alientos. Las ventilaban, borraban la intimidad de las camas en desorden, a lo largo de los pasillos empujaban su carrito de ropa en brigadas de tres, limpiando en cadena varias habitaciones a un tiempo, encargándose una de las sábanas, otra de los sanitarios y llevando la tercera de su correa, como un perrito, el aspirador.

Las de la primera planta iban a emprender la zona que comprendía la suite de Veber, y Chopin, que las seguía de lejos, retrocedió vivamente al divisar a Perla Pommeck apostada a un extremo de la galería, de la que Rathenau debía vigilar la otra punta. Oculto en una rinconada, invisible para la pareja de gorilas, siguió observando la técnica de las mujeres, gesto por gesto y pieza por pieza, tratando de localizar en la pila de sábanas las que le tocarían a la cama de Veber, lo bastante próximo a ellas para oír igualmente sus palabras.

—Tiene cara William —exponía en particular la del aspirador—, quiere dejar de ser mozo de almacén. Dice: no quiero seguir siendo mozo de almacén.

—William es inestable, Véro, lo sabes muy bien —diagnosticó la voz de su compañera amplificadas desde el fondo de la bañera.

Véro hizo una mueca y puso en marcha su artefacto; Chopin se fue, sabiendo ya lo que quería.

Pasó cerca de una hora en una tumbona a la orilla del lago. En la margen opuesta, que es un parque deportivo, distinguió figuras de pescadores que esperaban la brema y la perca negra, aunque el agua parecía más bien un líquido sintético, demasiado limpio y demasiado frío para estar habitado; un viento terral hacía correr por su superficie placas cambiantes como juega un dedo sobre el terciopelo. Cortando diametralmente la superficie del agua, apareció el pequeño transbordador que hacía su travesía dos veces al día: algunos huéspedes del Parc Palace estaban instalados bajo el toldo de rayas rojas y blancas, y en el primer banco, de cara a ellos, un acordeonista dejaba huir racimos de triples corcheas que se cernían a la pata coja sobre la extensión del lago, bailando de puntillas en las crestas de las olas. Subiéndose unas en otras según el recorrido aleatorio del viento, las notas no llegaban necesariamente a Chopin en el orden previsto por la partitura.

Llegada la noche, después de la cena, trabó conocimiento con el doctor Belsunce, hombre estrábico y vivo, que tenía en el bar su botella con su nombre. Su holgado

traje azul verdoso y su corbata de pajarita azul marino que colgaba igualmente parecían haber sido robados en los vestuarios de orquestas de baile rivales, y el distintivo verde de su ojal no conmemoraba nada que conociera Chopin. Tras sus gafas de montura gruesa, sólo el ojo derecho muy afilado, severo o guasón según los casos, permanecía fijo en su interlocutor, mientras que el izquierdo iba a acomodarse a otra parte, impregnado de una expresión de paciencia cándida, confiada, ausente, como una esposa distraída que no escuchara nunca lo que el doctor decía.

Dietista en el alma, internista por necesidad, antes Belsunce era un huésped ocasional del Parc Palace. Después había prestado algunos servicios, secado corizas, reducido esguinces, ordenado dietas y prescrito sustancias inscritas en el cuadro B. Observando que su carisma adelgazante actuaba ventajosamente sobre las opulentas huéspedes de opulentas rentas, la dirección del hotel había acabado ofreciéndole la plaza de médico titular del establecimiento, habilitando para consulta la habitación contigua a la suya. El doctor visitaba allí por las tardes, dedicando las mañanas a perfeccionar un nuevo tipo de natación en la piscina del Parc Palace. Y por la noche, en el bar, vaciaba su botella en compañía de sus orondas pacientes embebidas de Alexandra.

Chopin le hizo compañía un rato al doctor, mientras este le contaba un poco su vida, alineados en la barra los cuatro codos. La pianista marchita de la hora del té había sido sustituida por un organista de su edad, cuyo peluquín rojizo resbalaba un poco, siempre hacia el mismo lado, en los movimientos apasionados, y una de sus lentillas caía también a veces en el teclado del órgano Hammond: sin perder el tiempo, buscaba su lentilla entre dos teclas negras, escupía rápidamente en ella y se la volvía a pegar en la córnea.

De vuelta en su habitación, Chopin sacó sus insectos y todo su material, poniéndose luego a fabricar dos jaulitas esféricas de alambre y cartulina: eran del tamaño de dos canicas de ágata y se cerraban por simple presión, cuando se aflojaba esta se abrían. Para sentirse un poco menos solo había encendido el televisor, seleccionando un tranquilo documental dedicado a las mariposas de la China meridional. Estas, por lo visto, lo pasaban en grande: el comentario daba a entender que no hay mejor destino que ser bómbrice en Formosa. Absorto en lo suyo, Chopin no atendía realmente a la emisión, dejando que las moscas enjauladas las miraran solas, como los tíos en la cárcel miran a las chicas de las playas de California.

A la mañana siguiente, Chopin se encontró en el mismo sitio que la víspera a la misma hora, siguiendo los pasos de las camareras de piso, alegrándose de poder recoger de labios de Véro algunas noticias recientes de William (Yo le digo: William, si vieras el tono en que me hablas). Mientras limpiaba las últimas habitaciones antes del pasillo protegido por los guardaespaldas, se acercó discretamente al carrito de la ropa, calculó con rapidez y deslizó sus jaulitas entre los pliegues de las sábanas

destinadas al secretario general. Inmediatamente después regresó a su habitación, se hizo traer una bandeja de comida y se puso los auriculares: de vuelta en la suya tras una mañana de trabajo con el codificador, Vital Veber se había hecho subir también algo que le apeteciera, pepinillos gordinflones en un platillo, embutidos en una fuente cubierta y col caliente, rábano negro y soda.

El secretario general comía distraídamente manteniéndose muy erguido, como si considerara algún objetivo elevado. Desde su silla miraba la lluvia, fuera, que caía ahora en el parque. Sacudía, con aire ausente, una migajita rubia caída en su manga, una mosquita gris posada en la morcilla. Suspendida por encima de él en un elemento de la lámpara, una mosca de mayor tamaño de tórax azul cobalto vigilaba con todos sus ocelos que no maltratara demasiado a su compañera, replegada ahora tras el pastrami.

Movidos por un instinto de ingeniero de sonido, ambos insectos se habían repartido el trabajo, captando el azul el ambiente general de la estancia, mientras que el gris se había colocado lo más cerca posible de Veber de quien Chopin, de todos modos, no percibía muchos datos pertinentes: masticación, deglución, algún hipo, un chasquido de lengua que sonaba parecido a un disyuntor o algunas palabras inconscientemente articuladas según los movimientos de su pensamiento, así como los movimientos del mar hace asomar a veces por un instante al aire libre una línea de arrecifes —palabras musitadas, remachadas en una lengua desconocida para Chopin, remoto idioma de infancia en una vasta provincia helada.

Después siguió el silencio del café, acompañado de chapoteos de succión, luego unos minutos de silencio digestivo, y por último, después de que un ruido de pasos indicara que Veber se dirigía a su dormitorio, el silencio de la siesta cortado por desgarradores ronquidos. Chopin aflojó el leve grillete de los auriculares en sus oídos y lo puso a horcajadas en el respaldo de una silla. Dejando funcionar el magnetófono por si acaso, se acostó también en su cama, tras echar un vistazo por la ventana: el viento, la lluvia hacían hervir el lago a lo lejos.

Se despertaron en el mismo momento, se pusieron a la tarea al mismo tiempo: rumores de papeles hojeados sin una sola palabra durante dos horas, Vital Veber trabajaba. Arrellanado en un sillón con las piernas cruzadas en su brazo, Chopin lo oía trabajar. Una vez sonó el teléfono en el cuarto del secretario general, que lo cogió, dijo sí, ahora mismo, de acuerdo; poco después llamaban a su puerta. Chopin subió el sonido al oír otra voz, sin duda la del codificador que hablaba de un expediente, de la falta en dicho expediente de una síntesis o de la falta de síntesis del expediente —no se oía muy claro, las moscas debían de prolongar su propia siesta en un rincón alejado.

—Es posible —dijo Veber agitando un nuevo papel—. Pruebe con esto, tal vez.

—Bueno —dijo la voz—, voy a ver.

Pausa: por unos instantes Chopin sólo siguió oyendo la lluvia que se abatía sin regularidad, apagando la voz sorda del codificador, con borrascas bruscas que alternaban con breves períodos de calma, como vaciada de un saco por alguien allá arriba; por el ritmo de su caída era fácil representarse el movimiento de los brazos que agitaban el saco. No, dijo por último Veber, esta noche cenó abajo. Chopin movió la cabeza.

A las ocho en punto en medio del comedor vacío, el doctor Belsunce estaba sentado solo ante un plato redondo que contenía un filete de buey muy poco hecho, con el cuadrado de su periódico doblado al lado. Su ojo vivo descifraba las noticias mientras el izquierdo guardaba mansamente la carne. Tan pronto como uno de ellos vio a Chopin, Belsunce hizo una señal de invitación, mostrando un cubierto libre frente a él. Chopin se acercó echando una ojeada circular al comedor cuya pared del fondo, acristalada, daba a una terraza donde se podía comer al aire libre en verano.

—Voy a tener que cenar más tarde —se disculpó—, tengo que hacer. Lo siento. Quizá mañana, si quiere. ¿Está bueno?

—La salsa no dice nada —juzgó el doctor—. De todos modos, a mí, todo lo que sea carne roja...

Después de despedirse, Chopin estuvo un rato en el vestíbulo. Cerca de las puertas un botones ayudaba a una voluminosa clienta a ponerse su abrigo de pieles: aunque de puntillas, procedía con agilidad y tino, como si montara una tienda de campaña a la vez que fajara a un niño. Y en el salón de fumar estaban expuestas algunas obras nuevas, la mayoría retratos de desconocidas, pintados por desconocidos. Indudablemente en el estilo de Mouezy-Eon, sólo una de las acuarelas representaba un lugar inanimado, naturaleza tanto más muerta cuanto que figuraba una alineación de sepulturas: podía leerse en la más impresionante el nombre del rey Zog I de Albania. Chopin movió de nuevo la cabeza y salió de allí: la monumental señora acababa de hallar por fin la entrada de la última manga del abrigo de visón, su mano salía por el otro extremo, milagrosamente crispada sobre un billete de banco con gran alegría del botones.

Una hora más tarde el comedor se había llenado. Discretamente apostado cerca de la puerta doble, Chopin hizo el inventario de los comensales: en dos días la mayor parte se le habían hecho familiares salvo uno al que sólo conocía de oídas. Pero no obstante lo identificó: sentado al fondo de la sala, de espaldas al ventanal acristalado, el secretario general se le mostraba de frente.

Veber tenía efectivamente la misma cara que en la contraportada de sus libros, pero la expresión de su rostro era menos trágica, menos histórica, trivializada por las sonrisas y la conversación ligera. Y sonreía muchísimo, lo menos que se puede hacer cuando se desea conquistar a una chica sentada frente a uno, vestida con una blusa amarilla que la ceñía mucho, y a la que Chopin, desde donde estaba, sólo veía de

espaldas. Los hombros torneados de la chica de amarillo permanecían inmóviles, visiblemente reaccionaba muy poco al discurso conquistador de su vecino, secretario general o no. Es lo que pasa, razonó Chopin, esos tíos se permiten unas fulanas tan caras que no se ríen, les salen con el cuento de la altivez indiferente: ardientes iglús, parecen inasequibles y así ejercen magistralmente su arte.

Quizá no fuera necesario enterarse más del asunto, pero qué no haría él para complacer al coronel. Chopin abandonó su puesto de observación, cruzó el vestíbulo, salió. Fuera corrió bajo la lluvia, renegando y dando la vuelta hacia la terraza desocupada, desde su penumbra podría observar el comedor por el otro lado. Se acercó al ventanal acristalado sin poder distinguir enseguida la cara de la joven: la ancha espalda de Veber ocultaba el objeto de su transacción, su posesión de una noche.

Cuando un movimiento se lo hizo descubrir por fin, Chopin se quedó yerto, de pronto se le enfrió todo el cuerpo: Suzy, la mismísima Suzy Clair, Moreno de soltera, estaba sentada frente al secretario general. Chopin permaneció helado unos segundos, con la mente también helada mientras chorreaba sobre él la lluvia. Luego se acordó de respirar, de recapacitar, de preguntarse qué hace ahí, qué historia es esta, y para empezar qué hace con ese pingajo amarillo imposible, qué es ese pingajo amarillo que nunca he visto.

Petrificado bajo la lluvia oscura, Chopin los vigiló hasta los postres forjando hipótesis. Veber hablaba casi siempre, Suzy se expresaba poco, sólo sonrió fríamente una vez. Parecía, en definitiva, que se trataba de una conversación seria, sin aparente estrategia de seducción; pero una vez se hubieron levantado de la mesa y salido del comedor en dirección al vestíbulo, resultaba inquietante que esperaran juntos el mismo ascensor.

Chopin cogió el siguiente ascensor, y en el pasillo corría hacia su cuarto donde rápidamente se secó los cabellos antes de ponerse los auriculares. Sentado al borde de la cama, emitió un gruñido de aprobación al comprobar que Veber estaba solo. Nada demasiado interesante: agua corriente y sonidos fisiológicos; acercándose con audacia al vaso de enjuagarse los dientes, la mosca gris realizó un primerísimo plano del cuentagotas. Veber lanzó un gran suspiro al sentarse en el borde de la cama — como en la cárcel suspiran los presos, una vez apagada la televisión, grabando una marca más en el yeso de la pared— y luego unos roces textiles precedieron al clic de la lámpara.

A la mañana siguiente, Chopin no salió de su habitación, temiendo encontrarse con Suzy, esperando sobre todo explicarse su presencia escuchando a Veber. Haciendo funcionar continuamente el magnetófono, se quedó en la cama, con los ojos fijos en el techo, los oídos en la habitación del secretario general, sin más gesto que cambiar de cinta cada hora y disimular su material cuando el mozo le traía café. Echado boca arriba, Chopin contaba los ramilletes tricolores que se repetían por el papel pintado, las butacas y las cortinas, los almohadones y el cubrecama, por todas partes; tres veces los contó sin llegar al mismo resultado.

Tras veinticuatro horas de misión, la primera en morir de las dos moscas fue la pequeña gris que se encargaba de hostigar a Veber, siempre en primera línea, y por tanto más irritante, más amenazada por los accesos de mal humor y sobre todo por el porrazo con el periódico, arma singularmente temida en Francia por toda la especie desde 1631. Irreflexiva pese a los siglos de experiencia, la pequeña gris se halló superlativamente expuesta al acudir a refugiarse a la ventana, a campo abierto, puro blanco cándido sobre fondo transparente. Apostada en su rama de la araña, la gruesa azul encargada del micro de ambiente asistió inerte a la muerte de su compañera, inmolada por Veber en el cristal frío con la ayuda de un suplemento económico doblado en sentido longitudinal.

Después de que la mosca ambiental falleciera a su vez, de un paro cardíaco al comienzo de la tarde, los micros, en principio, debían seguir funcionando durante unas horas. Pero la situación de uno, cogido al pie de la ventana entre la pared y el cubrerradiador, no permitiría una buena transmisión, y, sin saberlo, de un taconazo,

Veber pulverizó el otro, caído entre la alta lana desde la vertical de la araña en espera de ser aspirado por Véro.

Condenado al paro técnico y harto de contar los ramilletes de la pared, Chopin buscó en su maleta el borrador de un artículo empezado sobre el estilpón, díptero de un milímetro que aparece en junio por las inmediaciones de los ríos. Pasaba sus apuntes a limpio cuando tenía un rato, se puso a trabajar sin mucha convicción: como se atascaba siempre en la frase siguiente, se levantaba para echarse un momento, volvía al trabajo y volvía a levantarse enseguida para ir a coger un vaso de agua, una cerveza en el minibar, meando de paso en el lavabo, poniendo la televisión para quitarla en el acto, echando un vistazo por la ventana en dirección al lago: divisando a Suzy.

Iba sola junto al lago, con un libro en la mano, vestida aún con aquella blusa amarilla y una falda negra que son también los colores del estilpón. Los gemelos de Chopin eran lo bastante potentes para poder distinguir el borde de la falda, que temblaba bajo el aire de entretiempo, pero no para descifrar el título del libro. Cuando Suzy hubo desaparecido por el embarcadero, llamó a recepción, desde donde le informaron de que la señora Clair ocupaba la suite 44 desde la víspera, pero que de momento había salido. Como los micrófonos habían dejado de transmitirle informaciones de todos modos sin interés, resultaba doblemente inútil quedarse más tiempo. Además ya era hora de ir.

El Karmann-Ghia cruzaba después una red suburbana indistinta: ya no del todo carreteras, ni aún realmente calles. El ladrillo y el hormigón, la piedra rústica y el zinc definían allí talleres oscuros, panaderías desiertas, chaletitos desesperados. Contiguos a empresas de sanitarios, lotes de lavabos y pilas de bañeras ocupaban antiguos huertos obreros. Entre los núcleos donde se acumulan los grandes hipermercados y los servicios, Chopin no siempre discernía las soluciones de continuidad de las aglomeraciones.

La entrada monumental del cementerio de Thiais da a una amplia encrucijada complicada de laterales de dirección única, rodeada de solares en obras y estaciones de servicio, descampados y aparcamientos de vehículos industriales. Y el cementerio es un rectángulo llano de cien hectáreas que acoge sobre todo las cenizas de económicamente débiles. Se hallan igualmente en él las víctimas de varias catástrofes aéreas, siendo las tumbas de los pasajeros distintas de las de la tripulación, así como los últimos condenados a muerte, enterradas las cabezas separadas de sus cuerpos.

Cargados de restos mecánicos, dos semirremolques de Casse-Auto maniobraban lentamente frente a la verja. En cuanto dejaron el paso libre, Chopin penetró en la necrópolis, tiró por la avenida del Este que siguió durante un kilómetro hasta la zona 89. Bajo los árboles que la bordeaban, aparcó su coche detrás del Opel del coronel.

Solo en medio de la zona, este parecía recogerse ante el mausoleo de Zog I,

composición de pilares que enmarcan una estela grabada con el emblema real, un volátil bicéfalo. Chopin se le acercó inspeccionando los alrededores: nadie. Sólo algunos otros volátiles vivos lo veían llegar con recelo, unos encaramados en tumbas descuidadas, otros extrayendo nerviosamente los gusanos del humus rico —y entre esas aves ni un gorrión, ni una paloma, tan profusos en la región, ni siquiera un mirlo de pico demasiado vivo, nada más que cuervos y cornejas todos negros; a veces una urraca en el aire, de medio luto.

—¿Qué hay de aquella mujer? —preguntó el coronel Seck.

—Nada —dijo Chopin—, una puta como pensábamos.

—Me dará la cinta, ¿eh? —dijo el coronel en tono desenvuelto.

—No hay problema —exclamó Chopin, que poseía en su casa montones de cintas de todo tipo.

Luego pormenorizó lo que se oía cuando Veber estaba solo: nada muy útil, a decir verdad. Aparte de alguna que otra tosecilla, el televisor a la hora de las noticias y el ruido de las páginas de suplementos económicos, realmente pocos hechos. Y catapultada de un sueño en plena noche, una sola vez, de poco podía servir una larga frase extranjera.

—Me dará también esa cinta. Intentaremos analizar al menos. ¿Y el codificador?

Nada, repitió Chopin, pura insignificancia. No omitió citar las idas y venidas de los guardaespaldas, pero no dijo ni una palabra de Suzy cuya presencia, a su entender, no importaba en absoluto a los funcionarios del servicio de información.

Antes de dar con la salida, se perdió por la parte de la fosa común, barbecho sin decorado, exceptuando tres claveles de plástico, prendidos directamente en el suelo, y luego, por el sector de donaciones de cuerpos a la ciencia, que sólo estaba indicado por una placa de mármol: varios laboratorios agradecían tres hectáreas de voluntarios despojos. Encontró la avenida central. Estaba anocheciendo. Regresó al Parc Palace du Lac.

Después de una ducha seguida de la cena que se había mandado subir, Chopin echó una ojeada a las moscas supervivientes pero no estaba para nada. De modo que enchufó el televisor que estuvo viendo durante cerca de tres horas forzándose a no perderse nada, sin dejarse distraer por ninguna idea; concentrándose bien en una aventura de Mannix, se llega a captar todo, en definitiva, incluso resulta bastante fácil cuando pone uno algo de su parte. Pasando de un canal a otro reconoció luego el comienzo de *Some came running*: un autocar cruza el campo, llevando a algunos pasajeros, entre ellos a Frank Sinatra, dormido en su asiento con un uniforme del ejército de tierra. El autocar para en una pequeña población, el conductor se vuelve hacia Sinatra y grita: «*Hey, soldier! Soldier!*». Falta poco para las doce, Chopin parecía tranquilo hasta ahora pero se levanta de un salto, quita el sonido del televisor, agarra el teléfono y pregunta por la suite 44. Al otro extremo de la línea descuelgan en el acto.

Soy yo, dice Chopin, y como Suzy no contesta enseguida repite que es él, Franck. Sin duda exclamará ¿eres tú?, pero ¿dónde estás?, ¿cómo sabes que yo? Es lo que dice en efecto, pero en voz baja.

—Estoy aquí mismo —responde Chopin—, en el piso de abajo, ya te lo explicaré. Tengo que verte.

—No —murmura Suzy vivamente—, no puede ser. Pero ¿cómo sabes que estoy aquí?

—Ya te lo explicaré —repite Chopin—, voy a ir a verte.

—De ningún modo —corta ella—, no, por favor.

—Voy enseguida —precisa Chopin.

—No abriré.

—Yo sí —dice Chopin—, yo abriré.

Cuelga y se levanta enseguida, busca en el maletín un enorme llavero con un centenar de llaves maestras que repasa rápidamente, recordando el retrato robot de las llaves colgadas del tablero de la recepción, inmediatamente encuentra su homóloga y sale de la habitación mientras Shirley McLaine baja del autocar, con el abrigo debajo del brazo, y echa a correr tras Frank Sinatra.

A lo largo del pasillo hasta la escalera, las puertas alineadas parecían armarios vacíos. Chopin empezó a subir los peldaños cubiertos con una gruesa alfombra, en el silencio denso que aumentaba una música apagada, lejana, procedente sin duda del bar y casi indistinta en el hueco de la escalera, sobreentendida como la luz nocturna de un pasillo de hospital; subiendo los escalones de dos en dos Chopin percibía el ruido de su cuerpo como una orquesta en marcha, el bombo del corazón, los platillos claveteados de la respiración y las maracas de las articulaciones. Cuando llegó frente

al 44, hizo una pausa, tuvo un instante de miedo o de escrúpulos antes de buscar la llave maestra en el bolsillo, luego abrió silenciosamente la puerta, entró, volvió a cerrar.

A primera vista estaba oscuro, deshabitado, no brillaba ninguna lámpara, tan sólo un televisor encendido daba un poco de claridad móvil. Unos perfiles de sillones esbeltos enmarcaban una mesa baja, un gran espejo en la pared repetía sus sombras. Después de habituar sus ojos, Chopin comprendió que la 44 era una suite en forma de codo, situada en el ángulo de la fachada y formada por dos habitaciones en ángulo recto. El televisor se hallaba en el ángulo, vuelto hacia la otra estancia invisible desde la entrada; en su pantalla, Sinatra vestido de paisano se instalaba con Shirley McLaine en casa de Dean Martin donde los tres empezaban a beber de mala manera.

Chopin se apartó de la puerta quedamente, tratando de no tropezar con los muebles, yendo hacia el televisor en el momento en que Dean Martin se metía en la bañera sin quitarse el sombrero. Una vez ante el aparato se volvió hacia la otra estancia, enteramente ocupada por una gran cama blanca. Te había dicho que no vinieras, recordó con mucha calma Suzy en la penumbra.

Chopin no distinguía casi nada de ella al fondo de la cama, sus ojos que reflejaban la pantalla, su brazo desnudo sobre la sábana. Mientras se acercaba, murmuró no, tienes que irte, y, viendo que seguía acercándose, tendió hacia él el mando a distancia, con la mano cerrada en torno a él como si fuera un arma. Pero Chopin avanzaba aún bajo el rayo del aparatito, indestructible como los monstruos impermeables al láser más potente, en las películas de Fred Mac Leod Wilcox. Cuando Suzy se echó a reír flojito, mientras bajaba la guardia, Chopin se inclinó sobre ella y puso los dedos en su hombro, en su nuca, ella abrió los brazos y luego las sábanas.

Hasta el final de la película permanecieron uno contra otro, abrazándose sin hablarse, salvo cuando Chopin quiso saber otra vez qué historia es esta, qué es lo que pasa, y Suzy le dijo te lo explicaré mañana, todo. Mañana. Ahora tienes que irte. Se besaban por última vez cuando *Some came running* terminó en un cementerio más ameno que el de Thiais; Chopin se levantó mientras desfilaban los títulos de crédito de la película. Al pasar de nuevo ante el televisor se cruzó con Marianne, toda sonrisas, en la pantalla, que anunciaba para la semana siguiente la proyección de *Undercurrent* en el marco de la retrospectiva actual. Le deseaba muy buenas noches.

Se halló en el pasillo oscuro, pero una vez cerrada la puerta, no tuvo tiempo de andar un metro cuando una manaza vigorosa lo cogió del hombro y lo empujó sólidamente contra el papel pintado, mientras le hundían entre los omóplatos un pequeño cilindro hueco.

—Venga —le sopló al oído la voz de Rathenau—, es como en el cine. De pie contra la pared y las manos en la cabeza.

Habiendo obedecido, Chopin notó que se le acercaba un olor a colonia como un espectro e inmediatamente después un breve pinchazo en el hueso del brazo. Era una sensación benigna y muy poco dolorosa, pero a los tres segundos imagen y sonido se fundieron y Chopin cayó en coma. Bienvenido, doctor Bong.

Chopin volvió en sí echado de lado, en el fondo del maletero de un coche en marcha, en la postura de un hombre de rodillas desplomado. Un alambre tendido a su espalda, uniendo las esposas que trababan sus tobillos y sus muñecas, sólo permitía a los dedos de manos y pies así como a los músculos faciales moverse muy débilmente; y el dolor ligero resultante de la inyección, no lejos del codo, que le recordaba el que provoca el pequeño tábano cegador (*Chrysops pictus*), objeto de una contribución suya señalada en su tiempo^[3], no era nada comparado con la comezón. Pegada a su boca de oreja a oreja, una ancha tira de esparadrapo le impedía quejarse de aquella situación.

Concluyó que aquel coche era un break, cuyo maletero se hallaba separado del habitáculo por un enrejado simple y sólido, del tipo que instalan en el suyo los propietarios de perros agresivos. Desde donde estaba no podía ver al conductor del break ni a sus otros ocupantes eventuales. Aparte de los cuatro tiempos del motor no oía más que una radio en sordina, apenas perceptible en la delantera del vehículo.

Como la menor extensión amenazaba con cortar más profundamente sus muñecas y tobillos, Chopin se dobló sobre sí mismo con objeto de aflojar un poco sus ataduras. Inclinando la nuca, notó por un instante algunos efluvios del perfume de Suzy en su ropa, desvanecidos en el acto bajo los olores clásicos a gasolina, polvo y tabaco frío, con un ligero recuerdo de coche nuevo en el fondo. Apoyada la mejilla en el felpudo áspero, entre las demás cosas distintas a él en aquel maletero reconoció, en primer término, las habituales de ese tipo de recinto: cuerdas y trapos grasientos, gato, pulpo y lata de aceite 10W50. Por una fracción de cristal encima de él amanecía en un sector de cielo abierto.

Debían de circular por una autopista, dada la regularidad del recorrido y las variaciones particulares del revestimiento, perceptibles en los cambios de sonido de los neumáticos: roces suavísimos, temblores ligeros, a veces la nota aguda de un órgano se mantenía durante kilómetros, a veces las ranuras provocaban golpecitos regulares, como si el motor estuviera aquejado de microscópicos síncope. Por el triángulo de cielo Chopin vio un avión, pájaros, techos de camiones adelantados.

Era en efecto la autopista del Sur que recorrían en dirección a París. Rathenau se salió de ella a la altura de Villejuif, tomando la Route Stratégique y dando la vuelta a un gran hipermercado de un rosa vivo antes de volver hacia la autopista para meterse por una estrecha calle inanimada paralela a ella. A mitad de aquella calle, tras unos bloques de boj dispuestos en *zigzag*, se alzaba un edificio residencial de tres plantas bordeado por un estrecho corredor vegetal, amueblado con mesas y sillas de jardín negras de hollín, vigiladas por un angelote incorruptible. Nadie debía de salir nunca allí a tomar el aire bajo el cielo infectado de gases, en medio del estruendo de la

autopista a la que daban, sin consideración, las ventanas de la casa.

Rathenau paró el motor del coche en el garaje del sótano: silencio en la penumbra, bajo el sudor de las bombillas amarillentas. Abrieron el maletero del break y Chopin olió de nuevo la colonia de Perla que se inclinó hacia él para quitar el alambre, abrir las esposas de sus tobillos, antes de que Rathenau lo cogiera de los hombros para sacarlo del vehículo. Al fondo del garaje, puntuada por un trazo de neón, una puerta metálica daba a una escalera con marcas de encofrado. Sólidamente custodiado por sus raptos, Chopin empezó a subir los peldaños sembrados de granos color rojo vivo de matarratas, con los ojos desorbitados sobre el esparadrapo.

No se cruzaron con nadie hasta la primera planta, luego Rathenau abrió prestamente una puerta que daba a un piso con intenso perfume a cerrado, lo cruzaron a paso ligero dirigiéndose a un cuarto que olía más francamente a rancio. En él encerraron a Chopin tras liberar sus muñecas, dejando que se desollara él mismo los labios al arrancarse el esparadrapo. Hecho lo cual, inspeccionó la estancia.

Estaba equipada con lo mínimo: un colchón bajo una manta, el esqueleto de espuma de una butaca, un lavabo sin espejo en un rincón con un cubo de plástico azul debajo para hacer sus necesidades. Probable consecuencia de un escape en las proximidades de aquel acuífero, el papel pintado se caía a jirones, sus tiras sujetas con un poco de cola colgaban a lo largo de la pared como mangas acuchilladas, descubriendo sus márgenes moteados con un moho color de humo. No había el menor objeto duro, agudo, cortante, nada permitía atacar los cristales dobles de la ventana, gruesos como los de una limusina presidencial y que ofrecían como única perspectiva el dorso de una pantalla acústica encargada de ocultar el tráfico de la autopista.

Por varias puertas de París salen así autopistas bordeadas por todo tipo de pantallas acústicas muy distintas unas de otras. Algunas ondulan como planchas mutantes, otras despliegan arcos tubulares, a veces una de ellas sugiere un recuerdo de bloque de pisos amenizado con plantas trepadoras. Cubiertas con aleros, llenas de asperezas o contrafuertes, esas obras de ingeniería se encarnan en materiales variados, metal, hormigón, plástico, alicatado o espejo, terracota o madera ignífuga. Diversamente inclinadas respecto a los carriles, algunas son también translúcidas o casi transparentes o bien, como esta, están provistas de ojos de buey acristalados de un metro escaso de diámetro. Entre esta pantalla y la fachada de la casa se extendía en la sombra un angosto rectángulo de malas hierbas vivaces, de un verde vagón sintético y reluciente.

Chopin se alejó de la ventana y se sentó en la butaca, luego se tendió en el colchón. El dolor de los tobillos se disipaba menos rápido que el de las muñecas. No había desaparecido del todo hacia mediodía cuando entró Perla Pommeck, con mirar altivo, sin decir palabra, dejando una bandeja en el suelo cerca de la puerta antes de

volverse a marchar enseguida. Cerró con llave y regresó a la estancia más amplia del piso, en medio de la cual se concentraba Rathenau en el examen de un tablero de ajedrez de viaje.

—¿Juegas o qué? —se impacientó Perla—. ¿Te decides? ¿A qué esperas para sacrificar este peón?

—Estaba pensando —dijo Rathenau—. Sé buena y déjame pensar, por favor.

Perla suspiró, inspiró, se dejó caer de bruces al modo de un árbol serrado en el suelo polvoriento del salón antes de iniciar una serie de extensiones braquiales. Rathenau meditaba, la barbilla en una mano, la otra mano suspendida sobre el peón muerto de inquietud. Perla, entretanto, respiraba contando en voz alta.

—Veintinueve, treinta —concluyó—. Con las de esta mañana son ochenta. Qué, ¿conservas o no tu puto peón?

—Bueno —concedió Rathenau—, de todos modos no puedo hacer nada más.

—Estupendo —dijo Perla, saltando de pie y deslizando luego su torre a toda marcha por un lateral del tablero—. Lástima de caballo.

—¡Ah! —reconoció Rathenau confuso—. No había visto eso. ¿Qué hace el otro?

—¿Qué quieres que haga? —dijo distraídamente Perla anticipando la próxima jugada—. ¿A qué hora hemos de estar en el hotel?

Tras salir Perla del cuarto, Chopin se había acercado a la bandeja que contenía algo de comida (una naranja y pollo frío) y lectura (una exigua obra en rústica, las puntas dobladas, cuadrigráfica, titulada *Vive mejor con tu animal*). Una vez hojeada esta mientras comía lo otro, Chopin se registró los bolsillos, que no le habían vaciado: no faltaba su cartera ni sus llaves, incluida la llave maestra del Parc Palace. Chopin se quedó más tranquilo aunque humillado también de que no le hubieran quitado sus objetos familiares, como si hicieran poco caso a su persona para aplicarle aquellas precauciones elementales; para matar el tiempo releyó todos sus documentos de identidad. Luego se había vuelto a apostar ante la ventana, tratando de identificar las marcas de los coches cuyas exhalaciones veía pasar por el ojo de buey abierto en la pantalla acústica, rayos de color fugitivos, ilegibles como fotos borrosas. No reconoció ninguno a excepción de una larga ambulancia inmaculada, ahusada como un misil, con todos los faros y luces giratorias encendidos, lanzada por el arcén de la autopista.

Con el torso desnudo bajo su bata blanca de cuello subido, un arrogante antillano de veintitrés años pilotaba deportivamente aquella ambulancia. Estaba a su lado, torcido en su asiento, el doctor Belsunce cuyo estrabismo permitía una doble vigilancia del tráfico y la señora tendida en la trasera del vehículo preferente. Con plañidera voz de falsete y labios apretados, nariz estrecha y frente muy despejada, melancolía frágil en la mirada, aquella señora que se parecía bastante a Orane Demazis se quejaba de que no estaba bien, doctor, de que todo daba vueltas. El

médico respondió que no era nada, señora Belon, que era muy normal que todo diera vueltas. En la clínica la pondrán bien. Pare la sirena, Florimond, hombre. No hay modo de oírse.

La CX blanca siguió pasando vehículos por la derecha hasta la puerta de Orléans, y allí empalmó con el cinturón de circunvalación interior que remontó como un salmón el Garona, sin parar el conductor de tocar la sirena a todo gas hasta la puerta de Auteuil. Después de dejar a su paciente tras la verja de la clínica Roussell-Müller, Belsunce quiso regresar al Parc Palace: realmente no hace falta, Florimond, baje un poco. Ya no hay nada que justifique este ruido.

Al cruzar la terraza del hotel el doctor estrechó algunas manos, trivializando algunos síntomas que a su paso pretendían hacerle interpretar gratis. En el vestíbulo, se acercó a la recepción tras una señal del conserje. El conserje era delgado y finamente bigotudo, dos llaves de oro cruzadas adornaban los ojales de su traje color mostaza.

—Hay otra señora que no se encuentra muy bien —anunció—. Desearía verle.

—De acuerdo —dijo Belsunce—, muy bien. Dentro de una hora en mi consulta.

Esta estaba amueblada estilo Imperio y tapizada con un papel pintado verticalmente rayado de color bronce y paja. En las paredes unos marcos contenían grabados, retratos al carboncillo, fotos dedicadas de mujeres de mundo y petroleros. Balizados por recipientes farmacéuticos antiguos (extractos de laponaria, artemisia, estramonio y sena), corrían metros de libros en estantes a un lado y otro del escritorio, en cuya superficie un tazón de imitación antigua contenía una pluma de oca roja astrosa, dos estilográficas de marca y algunos recuerdos, entre ellos una prótesis de cadera montada en un portaminas.

Tras cambiarse la pajarita, el doctor tomó asiento detrás de aquel escritorio esperando a su siguiente paciente, cuyo prototipo suele ser una esposa charlatana, pechugona y llena de sortijas, a la que receta siempre las mismas pastillas. Llamaron, se levantó para abrir: falda y torera negras, breves fragmentos de espejo fijados en las orejas, Suzy Clair no respondía al modelo habitual. ¿Qué le pasa?, preguntó Belsunce con su amable sonrisa.

Fiel a su técnica clínica, el doctor trató de apaciguar a su paciente cuando esta le hubo expuesto sus dificultades para dormir: una mala noche no es sino una mala noche, cada cual tiene su ritmo, no existen reglas en este terreno, hay tantas personas como reacciones. ¿Veía gente? Es bueno ver gente, conversar cansa, luego se duerme mucho mejor. ¿Practicaba algún deporte? Le habló del nuevo estilo de natación que intentaba perfeccionar, un derivado de la india con sacudidas laterales. Luego convendría que paseara por la región, nadie lo diría, pero está llena de cosas bonitas, castillos, por ejemplo, aún quedaba algún pequeño castillo, le prestaría su Toyota, si acaso. Un buen cochecito.

—Entretanto —resopló garrapateando en su bloc—, le voy a recetar una nueva molécula. Espere, debo de tener aún alguna muestra.

Revolviendo en su cajón, acabó sacando una cajita verde claro que tendió a la joven por encima de la mesa. Puede probar esto, empieza con un cuarto al acostarse, vuelva a verme si no se encuentra mejor.

El teléfono se irritaba solo cuando Suzy llegó a su habitación. Al otro lado de la línea, con toda evidencia, el secretario general no sabía muy bien cómo presentarse:

—Veber, Vital Veber. En fin, Vital, si prefiere.

—¿Tiene noticias? —preguntó Suzy.

—Quizá mañana —respondió Veber—. A propósito, el individuo aquel que la molestaba, ¿sabe usted? ¿Ve quién quiero decir? Pues bueno, ahora debería dejarla tranquila. Se ha ido del hotel.

Colgó mientras sonreía de cara a la puerta que se entreabría: Perla acababa de asomar su cara por el resquicio. ¿Todo va bien?, preguntaba.

A su vez, con su ritmo lento, Mouezy-Eon circulaba por el carril de la derecha de la autopista del Sur. Poco antes de la salida de Villejuif, aparcó su R8 agotado al pie de la pantalla acústica y pulsó la tecla *brake* que desencadena un tutti de luces intermitentes. Luego paró el motor antes de ir a buscar al fondo de la guantera una de las estatuillas que fabricaba en sus ratos perdidos con todo tipo de materias, desde el bronce hasta la miga de pan, y que dudaba enormemente, como solía, en exponer, incluso en el discreto salón de fumar del Parc Palace. De un formato de soldadito de plomo, esta representaba a un hombre de expresión firme aunque no rígida, resueltamente erguido en su pedestal: sus labios delgados y sus ojos muy ligeramente rasgados recordaban bastante los del secretario general Veber.

Mouezy-Eon observó unos instantes su figurilla, con la uña del dedo pulgar alisó ligeramente la arista nasal demasiado curvada del modelo, que metió en el bolsillo antes de salir con esfuerzo del R8 aguantándose los riñones con una mano. Accionó una lengüeta bajo el capó que dejó entreabierto, fauces desplegadas, luego dio la vuelta al vehículo y sacó del maletero un triángulo de alarma rojo doblado en un estuche de plástico azul: desplegó el objeto que fue a colocar, apuntalado en su delgada varilla, a unos diez metros detrás del R8. Operaba lentamente con movimientos cansados, subiéndose el cuello del abrigo, estrechando el nudo de la bufanda y no pensando en aquel momento más que en su hijo único, gestor en trámite de divorcio en Laval: no es seguro que Jean-François soporte fácilmente esta separación. Por su parte, Mouezy-Eon nunca había simpatizado mucho con Jocelyne.

Los coches pasaban a gran velocidad muy cerca de él, lo salpicaban con sus olas rompientes de aire frío, polvo y zumbidos deformados. Una vez realizado el montaje de su simulacro de avería, echó a andar a lo largo del arcén hacia el ojo de buey en el que, desde la ventana de su calabozo, Chopin vio enmarcarse unos instantes después la cara cansada del viejo pintor aficionado.

Tras una discreta señal con la mano, Mouezy-Eon dio la vuelta a la pantalla de protección acústica y cruzó la zona de malas hierbas; por capilaridad, la humedad extendía oscuras zonas estalagmíticas en sus zapatos de ante esponjoso. Distante de los jardines de las plantas bajas, bordeó el edificio hasta llegar a su verja, antes de penetrar en él y subir tranquila y normalmente la escalera de aquella casa como si fuera la suya.

En el primer piso, antes que nada había que comprobar que nadie podía dar testimonio de lo que iba a pasar. Mouezy-Eon llamó sin vacilar a las puertas de los vecinos, pronto a exhibir una tarjeta profesional del Gaz de France, detección de escapes, estado de las tuberías. Pero a las tres y pico de la tarde todo el mundo estaba en el trabajo, la escuela o la guardería, el timbre sólo suscitó movimientos de mentón

desconfiados de gatos drogados con Kangourou picado, amodorrados en sus cojines de miraguano sucios.

Mouezy-Eon se sacó la estatuilla del bolsillo. Tras contemplarla por última vez, se encogió de hombros y le arrancó el brazo derecho que remodeló en forma de morcilla. Introduciendo en la cerradura aquel pequeño cilindro —vulgar mezcla de hexógeno de pentrita y elastómero— y adaptando luego un minúsculo detonador, hubo de intentarlo varias veces para hacerlo estallar: tras dos o tres fallos la carga acabó deflagrando con un ruido furtivo, absurdo, de tubo de escape estropeado.

Penetrando en el piso, el prejubilado lo estuvo examinando sin darse prisa alguna en liberar de inmediato a Chopin. Juzgando la partida interrumpida, dirigió una mirada indulgente a la posición del alfil negro, seguida de otra más interesada a las reproducciones de Eustache Le Sueur, Jacques-Charles de Bellange y Lubin Baugin clavadas con chinchetas en las paredes del salón. Media docena de libros se hallaban también en un estante de conglomerado: entre algunos números especiales de la revista *¡Cuatro patas!* leyó títulos como *Educo a mi basset*, *Daneses y dogos* o *Sin la palabra*. El piso parecía haber sido abandonado precipitadamente por una secta de canófilos acosados.

Antes de cuidarse de Chopin, Mouezy-Eon buscó también algunos indicios utilizables de la presencia de Perla Pommeck y Rodion Rathenau, pero salvo unas huellas de salsa en un plato y de estrategia en el tablero, la pareja no había olvidado nada tras ella. Bastaba ahora con darle la vuelta a la llave dejada en la cerradura: detrás de la puerta abierta Chopin acababa de levantarse de la butaca de espuma con una expresión paciente, resuelta pero distraída, dispuesto a todo como en una sala de espera cuando le va a tocar a uno.

—¿Adónde lo llevo? —preguntó Mouezy-Eon después de saludarse—. ¿Quiere descansar un poco o hacer el balance de la situación con el coronel?

—No —contestó Chopin—, vuelvo al hotel.

—No sería prudente —observó el acuarelista—, ahora está quemado allí. El coronel lo desaprobaría.

—Me importa un pito —resumió nerviosamente Chopin—. Vamos.

Salieron del edificio y se dirigieron a la autopista, saltando las barreras de protección y dando luego la vuelta a la pantalla acústica, más allá de la cual los coches incesantes seguían creando ruidosas corrientes de aire. Cuando llegaron al R8 parpadeante, Chopin empezó a tiritar de frío. Me importa un pito el coronel, repitió, tengo algo que resolver allí. Como usted quiera, dijo Mouezy-Eon, que se empeñó en comprobar el nivel de aceite antes de cerrar el capó.

—Además he dejado cosas en el hotel —argumentó Chopin mirando cómo le temblaban los dedos—, material que he de recuperar. Mejor que no se descubra, ¿eh?

—Yo puedo muy bien encargarme de eso —aseguró Mouezy-Eon doblando el

triángulo de alarma—. Si no puede más, hombre, ¿no se da cuenta? Ande, déjelo.

—No, no —castañeteó Chopin—. No.

Habían arrancado, en la primera salida habían dejado la autopista y cruzaban ahora un trozo de barriada muy homogénea, perpetuamente poblada por la misma cantidad de gente. Mouezy-Eon seguía intentando convencer a Chopin.

—Si es sólo por quedar bien, haría mal en preocuparse. Los conozco, ya encontrarán a alguien más en la casa.

—El problema no es ese —reconoció Chopin.

—El problema es todo —recordó Mouezy-Eon—. ¿Se trata, pues, de la chica?

Chopin no contestó. El otro tampoco dijo nada más.

—Bueno —tuvo que acabar enterneciéndose—, veré qué se puede hacer con el doctor.

—¿Qué? —dijo Chopin—. ¿Belsunce? ¿También él es de la casa?

—¿Y qué creía? —preguntó Mouezy-Eon sacándose del bolsillo un *Parisien* regional—. A decir verdad ya no está con nosotros desde el año pasado, encontró algo mejor remunerado con los italianos. Pero parece que de momento es fácil entenderse con ellos. —Tendió el diario a Chopin—. ¿No quiere ver qué ponen en el cine por aquí, en uno de esos pueblos? Más valdría que no se le viera demasiado mientras tanto.

Una hora más tarde Chopin se hallaba, pues, en la oscuridad, que es donde menos se ve a uno, en la fila dieciocho del Pathé-Champigny. La película se llamaba *Paul* y contaba la historia de un chico guapo llamado Paul, pero a quien, una tras otra, abandonaban todas las mujeres. Tras una sexta ruptura grave en el puente Bir-Hakeim, bajo la lluvia, Paul, asqueado, cancelaba su cuenta corriente y renovaba su pasaporte cuando Chopin se durmió. Dos sesiones más tarde, con las uñas ensangrentadas y dos dientes menos, Paul se evadía de una prisión en Yakarta cuando una mano sacudió el hombro de Chopin, que abrió los ojos directamente a la pantalla: ahora el infortunado personaje del título se desgarraba profundamente la carne reptando por debajo de una alambrada, el sudor empapaba su rostro de cobre. Vamos, murmuró Mouezy-Eon. Siguiéndolo hacia la salida de la sala, Chopin se volvió hacia la película —Paul acababa de recibir un tiro en el omóplato.

Fuera estaba también oscuro y bastaban tres pasos para meterse en la ambulancia aparcada delante del cine, con las cortinas corridas. En el volante Fernández sustituía a Florimond. El exguarda de la capilla expiatoria se había puesto la bata blanca del antillano, naturalmente demasiado grande, sobre su camisa, que seguía siendo azul gendarme: las solapas cabalgaban una sobre otra y las hombreras eran como globos. Por supuesto, nada de sirenas a estas horas, Fernández, recomendó Mouezy-Eon. Un poco de luz giratoria por si acaso. ¿No cree que se lo contará todo al coronel?, preguntó audazmente Chopin. Mouezy-Eon sacudió la cabeza. Es un servicio extra.

Ningún problema.

Al acercarse al hotel, Fernández apagó las luces. La CX evitó el edificio principal y se dirigió hacia los aparcamientos, donde el Toyota del doctor Belsunce disfrutaba del privilegio exclusivo de un garaje individual. Chopin bajó de la ambulancia que volvió a irse enseguida. El doctor lo aguardaba allí, en la oscuridad, con la llave en la mano.

—Me alegra volver a verlo —aseguró haciendo deslizar la puerta del garaje—. Ahí tiene, puede instalarse aquí.

Accionó un gran interruptor aislado, haciendo brillar una bombilla desnuda; además de un juego de neumáticos para la nieve, una baca fija y un par de latas de lubricante se amontonaban en el fondo cajas de viejos libros, de viejas prendas de vestir. Dos estatuillas africanas, dos esquíes de madera provistos de fijaciones neolíticas. Luego, un armario sin puerta contenía fajos atados de revistas corporativas, bloques de recetas vírgenes y algunos útiles profesionales fuera de uso en cajas de metal; esfigmomanómetro y estetoscopio rotos además de espátulas y espéculos auriculares, nasales, rectales, oxidados. Presencia de un tonel.

—No hay problema con el coche en esta época —explicó Belsunce—, puede pasar algunas noches fuera.

Mientras arreglaban un rincón para Chopin, el doctor le contó la visita de Suzy, la víspera, absolutamente encantadora, no me había enterado de que se conocían, no lo sabía. O sea, dijo Chopin, es un poco complicado. En cualquier caso está bien de salud, diagnosticó Belsunce, algo nerviosa, por supuesto, necesita relajarse. Le he prestado mi coche para mañana, le tendré al corriente. Las mantas están ahí. Naturalmente esto no es muy cómodo, no resultará habitable para mucho tiempo.

—Procuraré acabar pronto —se imaginó Chopin.

Después de otra noche en blanco, Suzy va a procurarse los hipnóticos recetados por el doctor Belsunce. De pie excesivamente temprano, sale del hotel a eso de las ocho con el Toyota del facultativo.

El centro comercial más próximo es una explanada rodeada de torres fuliginosas entre las que oscila un olor vivo y soso a podredumbre plástica, emparentado con el que emite más de un supermercado. Lejos de embellecer el cuadro, las pocas manchas de color, los vagos salientes ornamentales que tal vez han sosegado la conciencia del arquitecto subrayan por el contrario la pesadez del lugar, como una música centuplica a veces un silencio embarazoso en vez de apagarlo. Con el mismo prurito decorativo, se juzgó pertinente instalar una fuente en medio del enlosado, una especie de esfinge modernista que vomita sin descanso una estrecha cinta de agua desbravada, y algunas mujeres dan la vuelta a esta fuente, cargadas con cestas de la compra, y los hombres que las siguen leen andando su periódico directamente abierto por el hipismo o los anuncios de empleos. Todos parecen cansados de afrontar, o de no poder ya afrontar algo —pero quizá sea una impresión, razona Suzy, quizá sea yo—, excepto el farmacéutico, hombrecillo eficiente y vivaz cruzado por un rayo de bigote, muy lozano en aquel humus rico en tranquilizantes.

Habiéndose procurado los suyos, Suzy sale de la farmacia sin mirar el cielo ni los edificios que definen el cielo. Las torres extienden sus sombras en todos los sentidos, mucho más allá de su capacidad de alcance, parecen producir también ellas esas oleadas de viento sintético, esos movimientos de aire impersonal que sin cesar barren la explanada y hacen bailar las etiquetas sobre las cajas de frutas y verduras tempranas, despojos y pescado fresco, que animan también las diseminaciones de objetos ligeros temblando en el suelo: tickets diversos, envoltorios arrugados, páginas de diarios de la víspera, mechones teñidos delante de la peluquería, hojas secas caídas llegadas de bastante lejos. Divisando un naipe solitario, perdido allí de cara al suelo, Suzy se abstiene de volverlo con la punta del pie como si fuera una vieja piedra plana en una campiña seca, temiendo a las damas de picas tanto como a los nudos de víboras. Pero descifra como puede los textos de las etiquetas, las inscripciones pintadas en los escaparates —platija de primera, atún extra, lenguas y corazones de oferta—, jugando a dar con el modo de empleo del lugar.

Al salir del centro comercial Suzy cruza primero otras zonas análogas, complejos macizos habitables que lo aplastan casi todo a su paso. Más lejos, edificios de usos diversos se ahogan unos a otros, mezclados con incesantes solares en construcción que parecen amenazar con contagiar la totalidad del sector. Así todo edificio vegeta provisionalmente, tímido y resignado, encorvado mientras espera el derribo; hasta la más deslumbrante casa de azulejos, apretada entre almacenes obsoletos, parece

enferma y se marchita a su sombra por efecto de un error judicial.

Como de costumbre, algún flanco de edificios supervivientes permite a veces reconstruir la anatomía de los que estuvieron pegados a él: grandes cuadros de antiguas paredes de cocina, dormitorio o cuarto de baño, es un patchwork de alveolos diversamente empapelados, estucados, alicatados y pintados. De las más o menos tibias intimidades que han pasado por aquellas paredes, expropiadas luego, sólo queda este cadáver desollado de inaccesibles cuadrados con sus colores perdidos, expuestos al frío, al viento, a la vista de todos, y que Suzy descifra mirándolos, reconstruyendo biografías de insectos; desde el nivel del suelo se puede adivinar el antiguo emplazamiento de una cama de matrimonio o un fregadero, una cisterna de wáter, un gran marco ovalado; a veces en el embaldosado de un cuarto de baño queda empotrada una jabonera intacta, que contiene un resto de lluvia espumosa.

La mañana acaba de desempeñar su papel, el almuerzo se prepara en las cocinas, últimos empalmes de salsa entre bastidores esperando que caiga sobre él el gran foco vertical. Suzy se ha puesto sus auriculares mientras conduce, siempre oye sus mismas viejas bandas sonoras («¿Quieres mi conejo, Schumacher?»), no le apetece volver enseguida al Parc Palace, se deja llevar por el coche, le cede la iniciativa como se le afloja la correa al perro, las riendas al caballo a los que se sigue en su divagar, campo libre vigilando sólo que no cocean demasiado, no muerdan a nadie. Luego, viendo una señal que indica Orly, recupera el control del Toyota, hace rumbo al aeropuerto: entre los restaurantes diversos elegirá el más caro, el más alto, donde almorzará sola mirando cómo despegan los aviones.

—No debería tardar —dijo Belsunce entrando—, ¿ha podido dormir un poco? Por lo demás, todo está arreglado, he pagado la habitación y le traigo esto.

Cerró la puerta del garaje, dejó el equipaje de Chopin y luego tendió una bolsa de papel kraft al entomólogo sentado en una caja, con una manta de caballo sobre los hombros. Belsunce tomó asiento en una caja de cartón contigua, después de servirse un vaso del contenido de su tonel. No parece estar muy bien, juzgó su sentido clínico, tomará también uno mientras tanto. Gracias, estornudó Chopin, sí, luego abrió sin apetito la bolsa de kraft, otra vez un plátano y pollo frío, no soy sino un cementerio de pollos. Por un canto, levantaba Belsunce la tapa de su asiento para acordarse de su contenido, una colección bastante enmohecida de *La revista del facultativo*, por debajo de la cuerda extrajo un ejemplar y hojeó el sumario desempolvándolo. Parecía dispuesto a pasar un rato de sosiego allí, tranquilo con su vaso al fondo de su garaje como en un club, tranquilo sobre su caja de cartón como en un sillón de club. Me parece que también he pescado un catarro, dijo Chopin.

—Es propio del tiempo —pronunció Belsunce con sabiduría—. Luego le daré alguna cosita para las rinitis.

Fuera se había levantado un viento nervioso, deshilachando hacia el horizonte del lago una franja de nubes que soltaron unas postreras gotas mientras salían a escape, delimitando su territorio bajo el sol vacilante. Un rayo escéptico entró en el cuarto donde Rodion Rathenau se había echado un rato. Tendido en su cama, el guardaespaldas releía un cómic de espionaje para adultos cuya protagonista poseía fabulosos encantos: Rathenau estaba emocionado, los tacones de sus zapatos imprimían nerviosamente sendos cuartos crecientes oscuros en la colcha beige. Cuando la espía se ponía a hacerle un montón de cosas al espía, Rathenau se imaginaba siempre en el lugar de este, mientras Perla tenía naturalmente en su ensoñación el papel de aquella, aunque siempre se había mostrado intransigente en este aspecto, arguyendo con su vocabulario brutal que joder en el trabajo era joder el trabajo.

El cuarto ofrecía un aspecto de dejadez, todo colgaba más o menos de algo: de la falleba una percha desocupada, dos toallas húmedas color rosa y blanco del respaldo de una silla, donde de una maleta medio cerrada puesta de través salía la larga manga de una prenda interior de invierno. La mesa tenía también su lote de revistas arrugadas, de cervezas vacías en las que se deshacían colillas, de botellas de vino de plástico en las que se desbravaban restos. Rathenau se sobresaltó al abrirse la puerta, en el acto aplastó la revista en su vientre.

—El imbécil se ha escapado —anunció Perla—. Si vieras el estado de la puerta; lo habrán ayudado. Te he buscado por todas partes abajo, ¿qué coño estás haciendo?

Con la intención de contestar a esto, Rathenau se aclaró antes la voz.

—¡Vaya peste hace aquí! —se indignó Perla—. ¿No podrías ventilar de vez en cuando?

Mientras Perla cruzaba la estancia yendo a la ventana, Rathenau, discretamente, se arregló la ropa antes de levantarse deslizando su lectura bajo la cama. No te pongas así, dijo defensivamente, Veber está con el codificador, no hay ningún peligro.

—¡A veces eres de una inconsecuencia, B12! —juzgó su compañera agarrando el teléfono.

—Deja de llamarme así —gritó Rathenau.

En la habitación del codificador, Vital Veber contestó enseguida. Después de que Perla expusiera la situación, la voz del secretario general expresó una irritación helada. Bien, dijo, pues ahora lo buscan, ¿verdad? Y además lo encuentran. Rápido. Y me lo traen. Perla hizo un mohín, colgó sin decir palabra, se volvió hacia Rathenau. Venga, dijo, arriba. Tengo una idea.

—Las cuatro menos cuarto —comprobaba entre tanto el doctor Belsunce cerrando un número especial sobre la enterocolitis—. Lo que tarda. Es muy simpática esa jovencita, pero yo podría tener necesidad del coche. Bueno, voy a ver qué hace.

—No —dijo Chopin—, voy yo.

—No es muy prudente —reflexionó Belsunce.

—Me importa un pito —recordó Chopin.

El facultativo salió el primero del garaje, rozando Chopin las paredes unos metros atrás. De vez en cuando, el otro se volvía para indicarle con gestos discretos el grado de libertad del camino. Evitando la entrada principal, avanzaron hasta la terraza desde donde se accedía al restaurante del hotel, desierto en aquel momento del día. Desde entonces, obrando solo, evitando el ascensor, ocultándose a cada instante en los vanos, las rinconadas, Chopin sólo se cruzó en las escaleras con dos botones absortos en una polémica técnica, y en el pasillo del cuarto un ruido de pasos lo hizo refugiarse un instante en el cuchitril donde guardaban el material las camareras de piso. Vuelto el silencio, cruzó hacia la habitación de Suzy, buscando la llave maestra en el fondo de su bolsillo. Abrió la puerta, pero sólo tuvo tiempo de distinguir, apagado, el televisor angular antes de ser apresado, sujetado, inmovilizado por una llave muy recia en la espalda, con el mismo procedimiento, grosso modo, de la otra noche.

—Es un pesado, Chopin —le murmuró Perla en el cuello—, está resultando una lata. No nos vamos a pasar la vida jugando a esto. ¿O sí?

Chopin sólo deseaba que no lo pincharan en el mismo sitio que la antevíspera, pero no, nada de inyección: simplemente salieron de la estancia empujándolo hacia el ascensor. Perla pulsó el botón del primer piso, bajaron sin mirarse y luego Rathenau dio dos golpes fuertes seguidos de tres débiles en la puerta del codificador: casi

enseguida abrió el propio Veber, con un papel beige entre los dedos, mirando con preocupación por encima de sus gafas de media luna. Ah sí, dijo, pasen.

El secretario general llevaba aquel día una chaqueta de pata de gallo sobre una camisa y pantalón azul intenso; una insignia infinitesimal relucía en el ángulo de su ojal como un ojo de insecto. Detrás de él se extendía una larga mesa al extremo de la cual zumbaba un fax, al otro extremo, más alta y ancha que un sombrero king size, una impresionante bandeja de mariscos estaba flanqueada por una larga botella de Tokay de cuello muy afilado. Tan pronto como entraron los guardaespaldas custodiando a Chopin, un hombre que debía de ser el codificador se eclipsó en la estancia contigua, atrapando una gamba de paso.

—Un momento —dijo Veber.

A su vez salió de la habitación con su papel beige, volvió con un papel blanco, lo metió en una carpeta antes de extraer del fax un tercer documento que hojeó, fruncidas las cejas, pareciendo extraordinariamente ocupado, sin duda lo estorbaban. Luego se quitó las gafas volviéndose hacia los recién llegados, a los que observó unos instantes, con aire totalmente ausente, como si hubiera de hacer un esfuerzo para recordar su identidad, su naturaleza, su modo de reproducirse, o hasta su media horaria o su tiempo de cocción. Acabó sonriendo imperceptiblemente, dibujando con la punta de su índice un ínfimo arabesco:

—Estupendo —pronunció—. Déjennos solos.

El dúo de gorilas pareció decepcionado, Rathenau iba a permitirse una observación prudente, pero Perla le tocó en el hombro y retrocedieron de espaldas hacia la puerta. Estamos ahí, dijo Perla, en el pasillo. Nos quedamos fuera, nunca se sabe. Está bien, dijo Veber, está bien. Aunque no, cambió de idea, ahora ocúpense más bien de la joven. Tráiganmela también.

Solo con Chopin, el secretario general le concedió la misma mirada breve y sin calor que fijara antes en sus documentos: no era muy reconfortante sentirse hojeado así, descifrado de soslayo.

—Siéntese —dijo luego—, tomará algo. Un vasito de vino.

Distracción paterna, indulgente indiferencia: los grandes del mundo no se comportan de otro modo cuando reciben en la cocina al humilde cartero portador de una misiva urgente. Siéntese, repitió. Chopin se sentó rehusando con la cabeza, no gracias. Como quiera, dijo Veber. Luego una pausa.

—No sé qué hace usted en los servicios de información. Será un modesto agente como hay tantos, supongo. Hay montones de individuos como usted por dondequiera que paso; se acostumbra uno.

Nueva mirada, nueva sonrisa helada, nueva pausa. Veber cogió una ostra de en medio de la bandeja, la miró con mucha más ternura y volvió a dejarla, aterrorizada, entre sus hermanas.

—Por lo general no veo a la gente como usted —prosiguió—. No tengo tiempo. Por lo demás, los dejamos hacer, suelen ser inofensivos. En caso de problema, tengo a los de seguridad que para eso están. Usted es un poco distinto. Está esa joven que, con quien...

Se interrumpió, frunciendo de nuevo las cejas, apartando la evocación de Suzy para desarrollar el punto anterior de su discurso:

—En caso de problema con individuos como usted hay dos soluciones, ¿verdad? Se los adopta o se los abate. Personalmente prefiero que se los adopte. Aunque... — Un recuerdo divertido cruzó por su frente—. ¿Y a usted? ¿No le gustaría trabajar para nosotros?

—No creo —dijo Chopin—. No soy más que un técnico, de todos modos.

La sonrisa de Veber se ensanchó una buena docena de angströms. Una luciérnaga se despertó en sus ojos.

—Pues precisamente. Precisamente. Hay precedentes de su tipo, cantidades de precedentes.

Chopin se encogió repetidamente de hombros. Veber sonreía cada vez más, rozando histéricamente la micra. En lo referente a la señora Clair, añadió, pero en aquel instante sonaron nuevos golpes en la puerta. Pues me parece que aquí está.

Suzy entró, inexpresiva, vestida con el conjunto gris que llevaba el día del jardín Shakespeare, sola. Miró a Chopin sin parecer sorprendida, todo eso había de ocurrir un día. A su alrededor se ajetreó en el acto el secretario general, acercándole un sillón, ofreciéndole una copa, disculpándose por las molestias que le habrían causado sus guardaespaldas, sobre todo no se lo tenga muy en cuenta: seres rudos, serviciales pero desgraciadamente primitivos, aunque de fondo excelente bajo una rugosa superficie. No, dijo Suzy, he venido sola. No los he visto.

—Pero tendría que decírmelo ahora —prosiguió ella desilusionada—. Casi me lo prometió ayer, por teléfono. Tiene que decirme dónde está, ahora.

Veber dudó, pareció resignarse. Bueno. Chopin y Suzy le vieron rodear la mesa por el lado de los moluscos y dirigirse hacia la puerta de separación, empujarla, meter la cabeza por la abertura. Está bien, le oyeron decir, puede venir. Una pausa, como de costumbre, y se presentó el codificador.

Se presentó el codificador, cerró la puerta a su espalda y se apoyó contra ella dirigiendo una mirada tranquila a la concurrencia. Suzy acababa de abrir inmensamente los ojos. Oswald, dibujaron sus labios.

—Ahí tiene —cuchicheó Veber inclinándose hacia Chopin—. Fíjese en el señor Clair, por ejemplo. Es un precedente.

Luego el silencio se hace muy pesado por unos instantes, todos se doblan bajo decenas de atmósferas, es agobiante, se ahogan, es el momento ideal para que la puerta de entrada se abra muy bruscamente, para que aparezca por su marco la alta

figura oscura del coronel Seck todo vestido de azul negro como suele. Apretado en su poderoso puño negro, un Colt Diamondback cromado reluce con todos sus destellos, único brillo en la semipenumbra, como brilla un solitario en el traje tubo de una mujer fatal.

—No perdamos tiempo —dijo sonriendo el coronel Seck, apuntando con su arma al secretario general—. Vamos a organizarnos y a proceder del siguiente modo: señor Veber, usted no se mueva. Chopin, lleve a la señora Clair a dar un paseíto por el parque. Bien. Ahora, señor Clair, diríjase hacia esa puerta. Señor Veber, usted siga sin moverse lo más mínimo.

El coronel tenía un aire relajado, seguro de sí, nada parecía poder oponerse a aquel dispositivo perfecto: Veber permanecía inmóvil y Chopin se acercaba a Suzy, pero Oswald Clair no hizo el menor gesto, no se dirigió a ninguna parte, lo que produjo un hueco en el dispositivo perfecto. El fax empezó a zumbiar en aquel hueco: en algún lugar del mundo, lanzaban un mensaje a través del éter en dirección al Parc Palace. Oswald Clair persistía en su inmovilidad, el coronel seguía sonriéndole con fijeza, con sus ojos pronto cargados de una impaciencia inquieta, recordando un poco la cara que pone Tito cuando a Berenice se le olvida su papel.

—Señor Clair, usted se dirige allí —repitió con una voz más insistente y suspicaz.

—Yo no me dirijo a ninguna parte —dijo el codificador sosegadamente—. Quiero garantías primero.

—Oswald, hombre —sonrió Veber con dulzura—. ¿No ve que se lo pide?

Iluminándosele el rostro, se volvió hacia el coronel que se ensombrecía al mismo tiempo como si sólo dispusieran de una sonrisa para dos, una buena y auténtica sonrisa de varios centímetros pero a la vez tan versátil, revoloteando despreocupadamente de uno a otro: de momento, el pájaro pasaba al Este.

—Parece que no quiere —observó Veber—. Quizá quiera quedarse. Quizá incluso la señora quiera quedarse también. Quién sabe.

—La relación de fuerzas me es favorable —sostuvo el coronel, irritado—, téngalo en cuenta. Si no quiere ir de grado, tendrá que ir de todos modos.

—¿Dónde están las garantías que le pide? —preguntó fríamente Veber—. ¿Dónde están sus fuerzas? Del doctor ni siquiera está seguro. ¿Qué le queda aparte de este aficionado y el viejo pintor?

Chopin no reacciona, no detesta el término de aficionado y considera que Veber tiene realmente muy buena información. Pero el coronel vacila; no sabiendo qué contestar, se produce un nuevo hueco en su dispositivo. Imagen fija: agitadas por el viento de Oriente dominante, las ramas de los árboles cercanos golpean regularmente las ventanas, remedando el ruido del aparato proyector. La acción recobra su ritmo cuando la puerta de la suite se abre de nuevo: esta vez es el doctor Belsunce, atareado, paternal, tranquilizador, como cuando de mañana pasaba visita en el hospital, en otros tiempos. Sus ojos independientes saludan a todo el mundo simultáneamente.

—Venía a informarme —declaró—, a ver si todo marcha bien. ¿Todo va como quiere, coronel? ¿La situación está controlada?

—Pues, la verdad —dijo Seck—, un pequeño refuerzo no estaría de más, quizá. ¿Usted estaría más bien conmigo en este asunto o más bien no?

Belsunce reflexionó rápidamente. Nada parece oponerse a ello, concluyó sacando con calma una automática Unique de su bolsillo interior. El coronel se relajó. Gracias, doctor.

—Por favor —dijo el facultativo mientras comprobaba el seguro lateral del artefacto—. De todos modos no puedo negarle esto, después de la deserción de Rapport.

—Tomo nota, Belsunce —dijo agriamente Veber.

Su voz acababa de sonar sin timbre, su rostro se petrificaba. La sonrisa volátil empezaba a aburrirse con él, de un aletazo cruzó el espacio: el coronel sintió que volvía a posarse delicadamente entre sus comisuras, que las apartaba una de otra con ternura.

—Bien —dijo Veber en voz baja—, negociemos. Con ciertas condiciones, es posible, tengo informaciones importantes bastante recientes, habría que ver. ¿Le interesa?

—Personalmente no demasiado —respondió el coronel—, pero su idea complacerá mucho al comité de superficie.

Se rio viendo que Veber palidecía un grado suplementario y se volvió hacia el codificador.

—Ahora, señor Clair —dijo bajando el cañón de su arma—, va a ponerse en manos del doctor. Tendrá todas las garantías. Si no, le disparo en un pie y luego tendrá que ponerse en manos del doctor, de todos modos. Bien. Chopin, usted se encarga de Veber.

—¿Con qué? —preguntó Chopin—. ¿Con qué quiere que me encargue de él?

—¿No ha previsto nada? —se indignó Seck—. ¿No lleva nada encima? Pero, joder, Chopin, ¿es usted profesional o qué?

—Sólo soy un técnico —recordó Chopin.

—Un técnico —repitió el coronel con desprecio—. Pero, hombre, fíjese en Belsunce, saca enseguida lo que hace falta, al menos. ¿No tendrá algo más, doctor, para Chopin?

—Lo siento —dijo Belsunce—. Habría que pasar por mi habitación, no creo que tengamos tiempo. De haberlo sabido, por supuesto.

Exasperado, el coronel se sacó del bolsillo unas esposas que dejó cerca de las ostras. Coja esto. Luego revolvió en sus bolsillos, yendo a buscar junto a su corazón una minúscula Kolibri con culata de nácar rosa que tendió a Chopin de mala gana; sus recomendaciones multiplicadas daban a entender que tenía con aquella

automática una relación sentimental. Se trataba de un recuerdo, ¿verdad?, algo pequeño y frágil y el gatillo era ultrasensible, tendrá que poner mucho cuidado. Evitar sobre todo que se le caiga, naturalmente, y armarla luego *muy* delicadamente sin forzar demasiado hacia la culata, si no, se cargaría el muelle. Después resultaba complicadísimo encontrar piezas de ese modelo. ¿Conforme?

Chopin examinó el arma extraplana con cierto malestar. Es verdad que se puede matar incluso con armas del 2,7, pero, francamente, aquella resultaba muy poco seria, debía de oler más bien a polvos de arroz cuando se disparaba. Es muy pequeña, dijo, pero bueno. Conforme. Vamos allá, dijo el coronel Seck.

Salieron en buen orden: Oswald Clair avanzaba delante de Belsunce cuya Unique hinchaba el bolsillo derecho de su chaqueta, Suzy detrás de ellos, cerrando la marcha el coronel. Luego Chopin se volvió hacia Veber que parecía inquieto, le habló en tono tranquilizador, sonriendo enfermeramente como si fuera un catéter y unas compresas lo que blandía en lugar de las esposas y la Kolibri. Bueno, le dijo, lo siento, pero tendré que inmovilizarlo un poco. Vamos, sus muñecas, por favor. Nos subimos un poco las mangas, nos relajamos un mucho y clac, ya está. Perfecto. Veber no opuso resistencia, ausente, seriamente preocupado por la alusión del coronel al comité de superficie y la defección de su codificador, que era como decir su memoria, sin hablar del absentismo incalificable de sus gorilas en semejante momento. Todo ello olía un poco a final de carrera.

Unos minutos más tarde, cuando los guardaespaldas se anunciaron aplicando el código convenido, Chopin se puso detrás de la puerta que abrió antes de descargar con todas sus fuerzas la culata de la Kolibri contra el hueso occipital de Rathenau. Pese a su alegría por ver desplomarse al instante al guardaespaldas, un escrúpulo maquinal le hizo echar una ojeada a la diminuta arma, comprobando que el golpe no había dañado demasiado el nácar, momento de distracción que aprovechó Perla para arrojarse encima.

Si bien en algún caso se pega uno con las mujeres a las que ama, es cierto que con las otras escasean más las ocasiones. Pero no por ello es menos turbadora la experiencia, aquel cuerpo de mujer violenta adherido a él turbaba a Chopin, le arrebatava tanto más la oportunidad de vencer cuanto que Perla se batía con mucha eficacia, mucho más adiestrada en el cuerpo a cuerpo de lo que suelen estarlo las amadas. Mátelo, Perla, gritaba entretanto Veber, rómpale una vértebra a ese gilipollas.

Rathenau se había enderezado a cuatro patas frotándose la parte posterior del cráneo. Fintando lo mejor que pudo, librándose un instante de la sujeción perlera, Chopin consiguió rechazar con vigor a la joven, haciéndola tropezar con su compañero y desplomarse luego sobre él algo fácilmente, le pareció a Chopin antes de precipitarse por la puerta que había quedado abierta.

—Pero ¿qué coño estaban haciendo? —vociferó el secretario general tendiendo

hacia Rathenau sus muñecas trabadas.

—Buscábamos a la chica —dijo Perla levantándose—. Nos dice que la busquemos, pues la buscamos.

—Son malos —afirmó Veber con amargura—, son los peores. Pero ya está anotado —repitió con vehemencia—, todo está anotado. Quítame esto, Rodion.

—Un momento —dijo Rathenau—. Esperaremos un poco.

—Pero ¿qué es eso, Rodion? —dijo Veber quedándose de una pieza—. ¿Está mal de la cabeza o qué? ¿Quiere hacer el favor de quitarme esto inmediatamente? ¡Pero hombre! Perla.

—Tranquilo —dijo Perla—, tranquilo. No se preocupe. Vamos a esperar sólo un ratito.

Se dirigió hacia la ventana desde la que, por entre las ramas de los árboles, distinguió al grupito que acababa de dar la vuelta al hotel en dirección al césped del campo de golf, bordeando el primer bunker. Chopin los alcanzó corriendo y Perla vio que el coronel Seck tendía enseguida la mano para rescatar su Kolibri sentimental.

El coronel examinó minuciosamente el arma, la husmeó, luego dijo bueno, vale. Está bien. ¿No ha tenido que usarla? Prácticamente no, dijo Chopin. Con paso vivo cruzaron el green cortado al rape, hacia el embarcadero del lago. Esperaron menos de un minuto; Chopin miraba a Suzy, el coronel su Patek-Philippe, Belsunce varias cosas a la vez y Suzy el agua del lago y a su marido, una tras otro. Un crepitar de matraca surgió por la derecha, amplificándose, encarnándose en un fuera borda pilotado por Mouezy-Eon, que maniobró, atracando en el pontón.

—Venga —dijo el coronel—, suban rápido los tres.

—¿Usted no viene? —preguntó Chopin.

—No —respondió el coronel—. Todo eso ya no tiene que ver conmigo ahora.

Suzy subió la primera en la parte posterior del fuera borda. Oswald Clair tomó asiento a su lado y Chopin delante, junto a Mouezy-Eon. Al punto el coronel volvió la espalda, pero el doctor les hizo una seña con la mano cuando la embarcación arrancó hacia la orilla del lago, luego ambos emprendieron la subida hacia el hotel. Ahora, dijo Perla.

Rathenau quitó las esposas a Veber diciendo venga, vamos allá. Salieron de la habitación, luego el secretario general entró en el ascensor con aire vencido, encorvado, preguntándose vagamente dónde diablos había guardado el cianuro. Salieron del hotel, Veber detrás de Perla y Rodion, que bajaban lentamente las gradas de la terraza, desperezándose y relajándose como al final de un partido. Belsunce, al verlos, se sobresaltó llevándose la mano al arma.

—Deje —exclamó el coronel—. Esos dos son míos ahora.

No había lago aquí en otros tiempos, eran grandes canteras de arena que se cegaron. Se echó agua dentro, se pusieron unas barcas encima, se guardó un poco de arena para inventar una playa no lejos de la cual se fijó en el agua un mástil de ancho diámetro erizado de trampolines, plataformas y escaleras metálicas, y que parece un derrick pintado de blanco. El verano próximo pedalearán también los patines, se deslizarán las planchas a vela y resoplarán los remadores de pagaya; cada noche una de las barcas, medio sumergida, tendrá el papel del do octavado en el gran final del crepúsculo, pero aún falta tiempo. De momento comienza la primavera, acaba la hora del té, el cielo está despejado. Funámbulo en la línea quebrada del horizonte, el sol se vierte en cubos de bermellón sobre el agua helada del lago artificial.

Durante la travesía, Chopin no se volvió una sola vez, ni hacia el Parc Palace ni hacia el matrimonio Clair instalado detrás de él, silencioso. La conducción del fuera borda no se le daba muy bien a Mouezy-Eon, no iba en absoluto vestido para ello, además su estilo de pilotaje era el mismo que al volante del R8 salvo que llevaba la lancha a tumba abierta, como para quitársela de encima lo más rápido posible.

Se acercaron, pues, muy pronto a la otra orilla del lago, donde el parque deportivo ofrecía el aspecto de una gran extensión de césped bien peinada a los lados pero víctima de una violenta crisis de crecimiento, atormentada por lo desproporcionado de su dimensión y a disgusto con aquel traje verde demasiado grande, demasiado nuevo, como un joven gigantón bien educado que no sabe qué hacer con su cuerpo. Entre semana, nadie lo frecuentaba a aquellas horas excepto tres corredores a pie que se perseguían sin mirarse, desapareciendo, resurgiendo al filo de las ondulaciones balizadas por arbustos. Nítido, monocromo y bien ordenado, aquel decorado parecía tan falso como un lienzo pintado o una transparencia, el único relieve concreto era un coche negro muy largo estacionado en brusca inclinación no lejos de la orilla —y la figura de un hombre flaco y mate permanecía inmóvil junto al agua, de pie en un sistema de atraque primitivo, una gruesa anilla de hierro empotrada en un saliente de hormigón.

A unos metros de la orilla, Mouezy-Eon tendió un rollo de cuerda a Chopin que lo lanzó a la figura. Esta, inclinada de través, cogió la cuerda que metió en la anilla antes de tirar de la lancha, volviéndosela a lanzar a Chopin. Oswald Clair saltó a tierra antes de atracar del todo y se alejó con paso rápido como si conociera el camino, Suzy iba a su lado, un poco rezagada. Chopin enrolló la cuerda a una cornamusa mientras los miraba acercarse al coche negro: Oswald, en cierto momento, se volvió hacia Suzy, pronunciando unas palabras mientras se golpeaba ligeramente un bolsillo de la chaqueta, ella contestó con una sonrisa helada que Chopin no conocía. Mouezy-Eon paró el motor.

—Adelante —dijo saliendo prudentemente del fuera borda.

Nosotros, en Europa occidental, vemos con muy poca frecuencia automóviles tan grandes como aquel largo coche negro; semejantes modelos ocuparían naturalmente demasiado sitio en nuestros pequeños terrenos. Hay que ir a escudriñar las extensiones inmensas al otro lado del Atlántico o del río Dnieper para descubrir limusinas de aquel tamaño, que una elite obrera ensambla en las cadenas de montaje de las factorías Zil o Buick. A cada lado de aquella, tres puertas de cristales ahumados se abrían a tres hileras de asientos de cuero color gris perla, breves y sofisticadas antenas fijadas en las alas traseras permitían captar todas las señales hertzianas del mundo, y sin gran dificultad habrían podido cenar trece personas alrededor del capó; por su parte, Chopin no había visto nunca un vehículo semejante en la región de París. Siguió a Mouezy-Eon en dirección a él, la figura angulosa cojeaba un poco a unos metros de distancia.

Chopin tampoco había visto nunca al hombre que hablaba con Oswald Clair por el cristal bajado, instalado en un asiento de la hilera central. Era un sexagenario de constitución débil, hundido en un traje gris que se confundía con el tono de su asiento y que parecía menos instalado que absorbido, integrado en el asiento del que sólo emergía su rostro de ojos pequeños y vivos, labios delgados. Sus manos finas parecían también extraídas del asiento, bajadas como brazos del mismo y susceptibles en cualquier momento de volver a subirse en él. El Gauloise amarillo que desenvolvía un hilo de humo gris al extremo de sus dedos parecía así consumirse solo, olvidado en el cenicero fijo en el extremo al cabo del brazo.

Cuando Chopin llegó al coche, seguido de Mouezy-Eon y de la figura instalada de inmediato al volante, Oswald Clair se estaba sacando del bolsillo un objeto diminuto que tendía al hombre sentado en el coche.

—Lo esencial está aquí —decía—. Naturalmente, en estas condiciones, no he podido llevármelo todo.

Chopin no vio la forma exacta del objeto tendido por el marido de Suzy pero realmente era minúsculo, tan pequeño como gruesas las tres paredes de documentos sustraídos seis años atrás por el tráfuga.

—Las normas —dijo Maryland—. Espero que haya podido procurarse las normas.

—Las tres versiones —confirmó Clair—, con las correcciones de Ratine y el memorándum Boyadjian. Encontrará también los protocolos de reunión del grupo Técnica y Previsión, y la mayor parte de sus informes al comité de superficie.

—El comité de superficie —evocó Maryland con melancolía—. Si pudiera poseer algo sobre ello...

—Tengo sus síntesis internas —dijo Clair—. De cuatro años.

—¡Cómo! —se extrañó Maryland—. ¿Lo han dejado salir con eso también?

—No se haga ilusiones —dijo Clair—, a ellos les conviene. Si doy la impresión de marcharme llevándome verdaderos documentos, eso les permite hundir a Veber un poco más. Fuera del comité, nadie sabe que esas informaciones no son ya muy importantes. Hacía ya tiempo que habían previsto modificar su logística, de todos modos, les da igual. Todo eso ya sólo tiene un interés muy relativo.

Los tres corredores a pie aparecieron resoplando como caballos de la prehistoria; uno llevaba una cinta en la frente, el otro un walkman en los oídos, el tercero sólo su pantaloncito blanco; Clair aguardó a que hubiesen pasado antes de continuar:

—Está el expediente Jaspas, ¿se acuerda? Lo tengo también.

—Ese ya lo teníamos —dijo Maryland modestamente—. Lo tenemos.

—Es falso el que tienen. Se lo facilitaron por Morse, ¿no es eso?

—Pues sí —dijo Maryland—. Creo que fue Morse quien... Espere un momento. ¿No querrá decir que Morse?

Clair no contestó.

—Diablos —reflexionó Maryland—, el pequeño Morse. De modo que... Yo que le... ¿Tiene más nombres?

—Algunos, luego unas cositas más, algunas listas.

—Está bien —dijo Maryland aplastando su cigarrillo—, está bien. Veremos todo esto ordenadamente en el debriefing. Suba. Suban todos.

Se repartieron los asientos en el automóvil: Suzy delante junto al chófer, Chopin detrás con Mouezy-Eon. Clair se había puesto al lado de Maryland, en la fila del centro, donde estuvieron comentando la operación.

—Y finalmente —dijo Clair—, con todos esos cambios, se quita de encima al coronel.

—Es verdad que se pasaba un poco de la raya —reconoció Maryland—. Pero sobre todo se había empeñado él, ¿entiende?, hacía mucho tiempo que quería marcharse.

—Me afecta un poco que me cambien por él —pareció enternecerse Clair—. Volverá allá con Veber, supongo. Tendría gracia que le dieran su plaza. A no ser que también se lo quiten de encima.

—No es exactamente por Seck por quien lo cambian —precisó Maryland—, es por la liquidación de Veber. Y el coronel saldrá bien parado, no se preocupe usted. Lo conocí por los años cincuenta, en la universidad Patrice-Lumumba, ya entonces salía bien parado.

La limusina cruzaba las zonas suburbanas hacia París, Chopin ya no escuchaba el diálogo de los jefes. A su lado, Mouezy-Eon estaba callado, después de sacarse del fondo de su abrigo beige un cuaderno de dibujo en el que hacía pequeños croquis instantáneos de tal o cual punto de vista del paisaje que desfilaba. Chopin se preguntaba cómo lograba elegir sus temas en aquel decorado: bajo la aparente

diversidad de las afueras, todas las cosas parecían afectadas por el mismo peso, el mismo sabor, ninguna forma sobre ningún fondo generaba sentido, todo era borroso. Chopin de todos modos tampoco miraba ya nada, reflexionando vagamente en su estado de peón, de comparsa, miope como un topo hundido en el suelo natal. Por último, llegaron a París.

En la calle de Rome, unos obreros del taller de espejos acababan de llenar de restos un camión volquete que se alejaba difundiendo un calidoscopio crepuscular por las fachadas cuando el coche negro se detuvo delante del domicilio de Suzy. Hasta mañana en el despacho, dijo Maryland a Clair, y de nuevo mis respetos y toda mi gratitud, señora. Suzy no contestó, la pareja bajó sin dirigir ninguna mirada a nadie. La izquierda, Vito, dijo Maryland antes de volverse hacia Chopin. ¿Dónde quiere que lo dejemos?

A lo largo de todo el bulevar de Courcelles hasta la plaza de Ternes, Chopin estuvo premeditando cómo pasaría toda la velada, solo junto a su ventana. Una lata de conservas y luego un poco de estilpón, después la película en la televisión, Marianne que desearía muy buenas noches a todo el país, y luego se acaba siempre acostando uno. Y a la mañana siguiente la correspondencia habitual, los prospectos y el folleto, la postal: el océano a un lado, al otro un texto breve: Espérame. Suzy.

—Vale —dijo—. Déjeme aquí.

Notas

[1] Marca muy conocida de las bolas de cera que se introducen en los oídos para amortiguar los ruidos. <<

[2] CHOPIN, F., «Las condiciones experimentales del rendimiento máximo en autonomía de vuelo en la psicodia (*Psychoda alternata*)», *Annales de parasitologie*, xx, n.º 6, 1972, pp. 467-473. <<

[3] BLOCH, J.-B., CHOPIN, F., *et al.*, «Esbozo de una tipología de los dardos en los ectoparásitos de los grandes vertebrados domésticos», *Bull. Soc. Path. Exot.*, XLVI, fasc. n.º 3, 1983, pp. 64-109, 11 lám., 29 fig. <<